

Los silencios de San José

Michel Gasnier



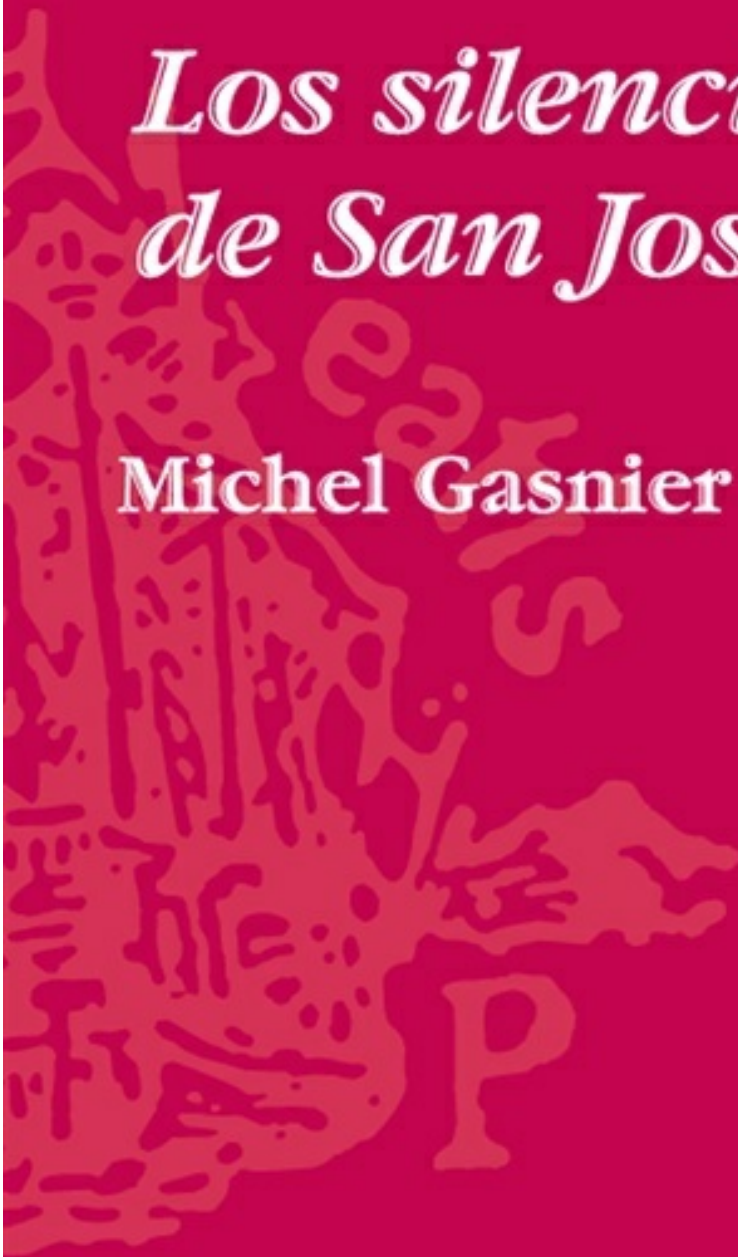
67

Cuadernos Palabra

8ª edición

Los silencios de San José

Michel Gasnier



67

Cuadernos Palabra

8ª edición



Título original: Trente visites a Joseph le silencieux
Colección: Cuadernos Palabra

© Ediciones Palabra, S.A., 2009
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

La versión original de este libro apareció en Editions
Salvator,
Porte du Miroir, Mulhouse (Haut-Rhin), 1960

© Traducción: Joaquín Esteban Perruca
Diseño de cubierta: Carlos Bravo
ISBN: 978-84-9840-650-4
EPUB por: [CrearLibrosDigitales](#)

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este
libro, ni su tratamiento

informático, ni la transmisión de ninguna forma o por
cualquier medio, ya sea

electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros
métodos, sin el

permiso previo y por escrito del editor.

INTRODUCCIÓN

El Evangelio no dedica a San José más que unas cuantas frases. Aparece sin que se nos haya dicho nada sobre su nacimiento y su vida anterior; tampoco se menciona su muerte. No se cita ninguna palabra suya.

Sin embargo, sería un error el querer medir su grandeza y su papel en los designios de Dios por el escaso lugar que ocupa en el Nuevo Testamento.

El Evangelio es siempre lacónico. Tampoco de la Santísima Virgen se nos habla mucho. Sólo dice aquello que es esencial que sepamos, lo que hace una referencia directa al misterio de la Encarnación, dejando a nuestro cuidado el estudiar las Escrituras para extraer de ellas las riquezas que encierran.

Los textos del Evangelio relativos a José están repletos de tesoros ocultos. Los detalles que nos suministran, por sobrios que sean, se convierten, cuando se meditan, en extraordinariamente esclarecedores. Bastan para hacer un retrato suyo exacto y atractivo, en absoluto ficticio. Su vida oculta y aparentemente borrosa, toma a nuestros ojos un relieve impresionante. La oscuridad en la que aparecía estar sumergido, se nos revela radiante de esplendor. Cuando más se escrutan los textos y se medita sobre ellos, más luz proyectan, descubriéndonos cosas grandes y bellas.

Con objeto de suplir los silencios de la Sagrada Escritura, hemos compuesto esta vida de San José con un espíritu semejante al que inspiró nuestra obra *Treinta visitas a Nuestra Señora de Nazaret*¹. Es un ensayo de reconstrucción histórica de la vida de San José y a la vez un estudio sobre su espiritualidad. Lo hemos llamado «el silencioso» para subrayar lo que, a nuestra manera de ver, es una de las características más atractivas de su persona.

¿Se trata, pues, de una obra de imaginación? En absoluto, ya que sigue lo más de cerca posible el relato evangélico y se ajusta siempre a las enseñanzas de la Iglesia. Además, se basa en la considerable aportación de los Padres de la Iglesia, de los Doctores, teólogos y hagiógrafos, con sus reflexiones y deducciones.

Hemos consultado también documentos extrabíblicos y casi contemporáneos suyos, los cuales nos han permitido colocar en su cuadro geográfico e histórico el desarrollo de la vida de José. «El período —escribe justamente Daniel-Rops— durante el cual transcurrió la infancia de la Virgen, se produjo el milagroso acontecimiento de la Anunciación y nació su Hijo, es uno de los mejor conocidos de la historia antigua».

Gracias al historiador Flavio Josefo y al Talmud, que nos suministran numerosos detalles sobre las costumbres israelitas de aquella época, resulta relativamente fácil representarnos con bastante exactitud lo que podía ser la vida de un judío piadoso y observante de la Ley.

El lector podrá hacer fácilmente una distinción entre lo que, procedente del Evangelio, es absolutamente cierto, y lo que, siendo una elaboración tomada de documentos extrabíblicos, o reflexión teológica, no es más que una opinión probable.

Ojalá estas páginas susciten en él una devoción especial hacia aquel a quien la Iglesia

no cesa de exaltar en la misma medida en que él quiso ocultarse y desaparecer.

¿Habrá que repetir lo que Santa Teresa de Jesús dijo sobre él...?: «No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma, que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto se le pide»².

Con su lenguaje poético. Francis Jammes prolonga el texto de Santa Teresa cuando nos hace esta promesa: «¡Oh, amigos míos! No, os lo juro; jamás os abandonará aquel que anda con aire pueblerino, la vara al hombro y la sonrisa en los labios...».

¹ Trente visites a Notre-Dame de Nazareth. Editions Salvator. Porte du Miroir, Mulhouse (Haute-Rhin).

² Libro de su Vida, cap. VI.

Capítulo I

JOSÉ, PREFIGURADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Podríamos por ventura encontrar un hombre como éste, lleno del espíritu de Dios? (Gn 41, 38).

No hay que extrañarse de que los cristianos, generación tras generación, convencidos del papel excepcional desempeñado por José en el misterio de la Encarnación y sabedores, por otra parte de que el Antiguo Testamento anuncia y profetiza el Nuevo, se hayan aplicado a la tarea de buscar, a través de la historia del pueblo elegido, hechos e imágenes capaces de anunciar y prefigurar al padre virginal de Jesús.

Algunos personajes semejantes a José, sobre todo por su misión o por sus virtudes, han llamado su atención.

Hay quien ve en el patriarca Noé, que acogió en el arca la paloma portadora de una rama de olivo en el pico para anunciar el final del diluvio, una imagen de José, protector de María, mística paloma que trae la salvación al mundo alumbrando a Jesús.

Igualmente se ve en Eliezer, servidor de la familia de Isaac, encargado de vigilar a la prometida de su amo, una imagen del que tuvo a su cargo la custodia de la Virgen-Madre.

También se piensa en José cuando se leen algunos textos relativos a Moisés, particularmente aquellos en que se dice que era el más dulce de los hombres y el confidente íntimo de los designios de Dios.

La figura de David evoca igualmente, a los ojos de muchos intérpretes, una imagen lejana de José: «Es, en verdad –escribe San Bernardo–, el hijo de David, un hijo digno de su padre. Es el hijo de David con toda la fuerza del término, no tanto por la carne como por la fe, por la santidad, por la piedad. El Señor le quiso como otro David, capaz de guardar sus secretos...»¹.

Pero si se trata de ver en el Antiguo Testamento un anuncio profético de San José, ninguno mejor que el que nos ofrece el personaje del mismo nombre, hijo del patriarca Jacob. Los papas Pío IX en el decreto que proclamaba a San José patrón de la Iglesia universal, y León XIII en su famosa encíclica de 5 de agosto de 1889, que se hacía eco de lo expresado por numerosos Padres de la Iglesia, y la misma Liturgia así lo expresan claramente. No sólo tenían el mismo nombre, sino que también se parecían en sus virtudes y en su vida entrelazada de pruebas y alegrías, de asombrosas coincidencias.

Uno y otro –dos hombres justos en toda la acepción de esta palabra– se entregaron por igual en cuerpo y alma a la misión que les había sido confiada, evitando que se les tributaran honores que sólo pertenecían a su Amo.

Es sabido cómo los dos Josés, por una serie de circunstancias providenciales, fueron a Egipto: el primero, perseguido por sus hermanos y entregado, por una envidia feroz que prefiguraba la traición que se habría de cometer con Cristo; el segundo, huyendo del furor celoso de Herodes, para salvar a Aquel que debía ser puro trigo de los elegidos.

El José del Antiguo Testamento recibió de Dios el privilegio de interpretar los sueños, siendo advertido así de lo que le había de suceder. El nuevo José, a su vez, recibió por medio de sueños todos los mensajes del Señor.

Parece como si los sueños del primero, aunque verificados en su persona, no vieron su plena realización más que en la misión del segundo. He aquí lo que nos dice del primer José el libro del Génesis (37, 5-10): *«Tuvo también José un sueño que contó a sus hermanos... Díjoles: «Oíd, si queréis, este sueño que he tenido. Estábamos nosotros en el campo atando gavillas y vi que se levantaba mi gavilla y se tenía de pie, y las vuestras la rodeaban y se inclinaban ante la mía, adorándola...» Tuvo José otro sueño, que contó también a sus hermanos, diciendo: «... He visto que el sol, la luna y once estrellas me adoraban». Contó el sueño a su padre y a sus hermanos, y aquél le increpó, diciendo: «¿Qué es ese sueño que has soñado? ¿Acaso vamos a postrarnos en tierra ante ti, yo, tu madre y tus hermanos?»».*

Estos sueños se cumplieron en la vida del primer patriota cuando su padre se trasladó a Egipto con toda su familia y se prosternó efectivamente ante José, convertido en virrey del país y padre nutricio de los pueblos de la tierra. Pero podemos pensar que su sueño prefiguraba el misterio que en Nazaret asombraría al mundo, cuando Jesús, el sol de justicia, y María, alabada por la liturgia como una luminosa luna blanca y bella, se sometieran a la autoridad del jefe de familia, y cuando también toda la asamblea de los sabios aclamase los méritos de quien se había hecho servidor del Verbo encarnado.

El primer José obtuvo la confianza y el favor del Faraón: se convirtió en intendente de los graneros de Egipto, y cuando un hambre aterradora asoló la tierra, logró que allí reinara la abundancia y la prosperidad. El Faraón, asombrado por la sabiduría de su intendente, no tardó en dejar en sus manos el gobierno del reino, diciendo a quienes venían a verle: *Id a José y haced lo que él os diga*. De igual manera, el segundo José recibió el encargo de ganar el pan de la familia de Nazaret, y, más tarde, recibiría por misión –escribe León XIII– «salvaguardar la religión cristiana, ser el defensor titulado de la Iglesia, que es en verdad la casa del Señor y el reinado de Dios sobre la tierra».

Cuando la Biblia nos dice que el Faraón se quitó su anillo y se lo puso en el dedo a José, le vistió con vestiduras de fino lino, le puso un collar de oro, y le hizo montar en su carro mientras los heraldos ordenaban a todos que se arrodillasen a su paso, ¿no anunciaba proféticamente el triunfo de nuestro glorioso San José? ¿Y no nos dice la Iglesia, como antaño el Faraón, que vayamos a José, que nos pongamos bajo su tutela y que tengamos confianza en su sabiduría y en su poder?

Otra virtud, común a ambos, completa el emocionante paralelismo: la castidad. El primero rechazó las vergonzosas incitaciones de la mujer de Putifar, diciéndole: *Mi Amo y Señor ha puesto en mis manos todo lo que posee. Sólo me ha prohibido que te toque, porque eres su mujer. ¿Cómo iba a cometer tan grande villanía, pecando contra Dios?* Enloquecida de despecho, la ignominiosa mujer acusó falsamente a José, que fue encarcelado, prefiriendo la prisión al pecado.

Más perfecta todavía fue la castidad del segundo José que no sólo se abstuvo de todo acto culpable, sino que, sabiendo que Dios había puesto bajo su amparo y protección a la

más pura de las criaturas, la esposa del Espíritu Santo, la consideró siempre como un don de Dios, la trató con soberano respeto y sintió por ella un amor purísimo y una religiosa veneración.

¿Hace falta continuar repasando la Biblia para buscar otras figuras representativas u otras imágenes simbólicas del esposo de María...? Algunos han visto en el jardín de delicias del paraíso terrenal un símbolo de las entrañas de María, tierra fecunda donde germinó Jesús, árbol de la vida cuyo guardián fue José.

Se ha querido también comparar a José con el Arca de la Alianza, que Dios ordenó a Moisés recubrir de una lámina de oro puro (*Ex* 25 y 17): dos querubines igualmente de oro la remataban, uno frente al otro, con la mirada baja y las alas desplegadas, para adorar y proteger el llamado «propiciatorio», pues el Señor se mostraba propicio a las oraciones que se le dirigían. Pues bien, esos dos querubines son como un símbolo de María y José en la actitud de adoración que tuvieron en Belén junto a la cuna de Jesús, hostia de propiciación.

Ante el Arca de la Alianza, se extendía, según la orden dada por el Señor, un velo de fino lino de color púrpura, escarlata y jacinto. Ese velo sustraía el Arca a las miradas profanas, y según una interpretación posterior, ese velo de honor y de respeto anunciaba el papel que tendría José para imponer, con su sola presencia, respeto hacia María, protegiendo el misterio de la Encarnación virginal.

Ni qué decir tiene que nadie pretende que estas semejanzas y simbolismos hayan sido formalmente queridos por el Espíritu Santo. Basta con pensar que se adaptan a la misión propia de José. No dudemos, pues, en saludar en él, haciendo uso del Antiguo Testamento, como lo haremos a lo largo de esta obra, al guardián vigilante del nuevo Paraíso, al ángel protector y adorador del Verbo encarnado, al velo bajo el cual la Trinidad Beatísima realizó la obra más sublime y fecunda.

[1](#) Homilía II, sobre «Missus est».

Capítulo II

LOS ANTEPASADOS DE JOSÉ

Un hombre llamado José, de la casa de David (Lc 1, 27).

Cuando, antes de que naciese Jesús, el ángel del Señor se apareció en sueños a José, le llamó por su título de nobleza: *José, hijo de David*.

Dos evangelistas, San Mateo y San Lucas, nos dan la genealogía que establece que José procedía de la casa real de David. No tiene nada de extraño que los evangelistas se basaran en documentos ciertos para establecer su descendencia, ya que entre los hebreos se consideraba como un deber el conservar la lista de los antepasados. Es sabido que había en el Templo una comisión permanente encargada de examinar y de rectificar los árboles genealógicos de sacerdotes y levitas. Era obligatorio, además, presentar pruebas de pertenencia a tal o cual familia si se quería recuperar los bienes patrimoniales en la época del jubileo, y si se pertenecía a la casa de David, de la cual había de nacer el Mesías, esa obligación era más estricta todavía. Es natural, pues, que José y María se hubiesen preocupado, tanto o más que otros, de conservar cuidadosamente sus tablas genealógicas para probar que Jesús era, en efecto, un descendiente directo de David.

Que el Mesías debía nacer en la casa y familia de David era algo tan claramente expresado en las profecías, que nadie dudaba de ello. *¿De quién ha de ser hijo el Mesías?*, preguntará un día Jesús a los fariseos. *¿De David!*, contestarán todos al unísono. Y, de hecho, será con ese título como muchos se dirigirán a él: *¡Jesús, hijo de David!*

En unas enumeraciones que se diría tomadas de las actas notariales, San Mateo y San Lucas nos dicen quiénes fueron, a través de José, los antepasados de Jesús. Lucas, al parecer, utilizó los archivos familiares guardados en Nazaret, mientras que Mateo debió de tener a su alcance documentos oficiales conservados en Belén. Por otra parte, así como Mateo coloca su genealogía al comienzo de su Evangelio, mostrando cómo Jesús desciende de Abraham, Lucas pone la suya tras el bautismo del Señor y, adoptando un sistema ascendente, se remonta hasta Adán, padre del género humano.

Es evidente que una y otra genealogía difieren notablemente; sólo dos nombres aparecen tanto en una como en otra: los de Salatiel y Zorobabel.

Desde tiempos remotos, los cristianos se han preguntado el porqué de esas divergencias¹. Según San Jerónimo, Juliano el Apóstata negaba la verdad de los relatos evangélicos basándose en ellas. Por eso, desde esa época e incluso antes, se trató de resolver tal dificultad.

Se han formulado muy diversas hipótesis. Desde el siglo III, se viene invocando la doble filiación usada por los hebreos, natural y legal. Según la llamada «ley del levirato», si un hombre casado moría sin dejar hijos, su pariente más próximo debía casarse con la viuda, y los niños nacidos de ese matrimonio llevar el nombre del difunto. Eso explicaría, por ejemplo, que las dos genealogías difieran en el nombre del padre de

José, Helí según Lucas y Jacob según Mateo, pues se supone que había nacido de un matrimonio levirático: tras un segundo casamiento de su madre. José habría tenido como padre natural a Helí. quedando como padre legal Jacob, el esposo difunto. Esta hipótesis pareció a muchos tan seria que fue adoptada por la mayor parte de los Padres de la Iglesia.

Otra hipótesis, bastante más tardía, dice que San Lucas nos habría transmitido la genealogía de María y San Mateo la de José, pero tal explicación sólo es convincente en apariencia, pues se basa en un texto evangélico que no parece autorizarla.

Una tercera solución, más simple, se presenta como mucho más probable. Como los orientales no tenían una concepción tan estrecha de las genealogías como nosotros, que sólo tenemos en cuenta los ascendientes directos, incluían también a los parientes colaterales, lo que dejaba una cierta libertad para componer el árbol genealógico. Al remontarse a los orígenes, además de saltarse varias generaciones, se permitían una serie de bifurcaciones a derecha e izquierda, escogiendo los nombres de quienes les parecían más ilustres o más santos, de esta forma podían establecer varias genealogías en apariencia discordantes.

Cuando San Lucas transcribió la lista genealógica que le suministraron, no podía ignorar la de San Mateo, y, aunque debió constatar sus aparentes divergencias, no se inquietó por ello, sabiendo bien lo que pasaba en aquellos tiempos con los árboles genealógicos. Se habría extrañado mucho si alguien le hubiese dicho que, con el paso del tiempo, esas divergencias iban a constituir una piedra de escándalo para algunos...

Sea como sea, una y otra lista muestran que José era el último eslabón de la cadena antes del nacimiento de Jesús.

¿Resulta acaso sorprendente que se nos haya transmitido la genealogía de Jesucristo a través de José y no de María, teniendo en cuenta que José no tuvo nada que ver en su nacimiento...? La respuesta es que, aparte de que no era costumbre entre los hebreos establecer la genealogía de las mujeres, los evangelistas, al darnos la de José, establecen también la de María, ya que, probablemente, su linaje era el mismo, dado su parentesco.

Con todo, los evangelistas no se preocupan de eso. Aunque afirman claramente la virginidad de María, es normal que, en virtud de las ideas de la época, sólo se refieran al origen oficial de Jesús, a su descendencia de David por José. En él, y sólo en él, ven la auténtica genealogía legal de Cristo. Jesús había sido concebido y engendrado por María en tanto en cuanto era esposa de José, el cual era de la Casa de David, y eso les basta para que Jesús pueda llamarse hijo de David. Se cuidan, eso sí, de precisar además que, como María concibió a su hijo siendo virgen, José se limita a recoger el fruto de esa fecundidad virginal.

«Si se pudiera demostrar –dice San Agustín²– que María no descendía de David, bastaría con que el padre legal de Cristo sí descendiera para que Cristo fuese legítimamente hijo de David». Y el mismo San Agustín escribe: «No temamos trazar la genealogía de Jesús por la línea que desemboca en José, pues si es esposo-virgen también es padre virginal. No temamos colocar al marido por delante de la esposa, según el orden de la naturaleza y la ley de Dios. Si separáramos a José para mencionar sólo a

María, nos diría con razón: «¿Por qué me apartáis de mi esposa...?». «¿Por qué no queréis que la genealogía de Jesús desemboque en mí...?». «Porque tú no has engendrado por obra de la carne», le diríamos. Y él respondería: «¿Acaso María ha engendrado por obra de la carne? Lo que es obra del Espíritu Santo se ha obrado para los dos».

Cuando consideramos las cuarenta generaciones enumeradas en la genealogía de José³, constatamos que cubren dos mil años de historia. Se ha dicho que todo lo que hay de gloria, de virtud, de fe y de piedad en el pueblo de Israel viene a concentrarse en Cristo, heredero de las promesas divinas, pero sería más exacto decir que si los antepasados de José llevan, en efecto, el sello de una elección divina, siguen no obstante siendo plenamente humanos. No todo fue glorioso en esa ascendencia patricia. Hay reyes y pastores, guerreros y poetas, constructores y nómadas. Hay nombres ilustres y nombres oscuros. Hay santos, pero hay también pecadores, como esas cuatro mujeres de las que tres no eran ciertamente irreprochables. Y es que era preciso atestiguar que Jesús, quien se llamaría a sí mismo «hijo del hombre» y que venía a expiar los pecados de los hombres, empezando por los de su pueblo, pertenecía realmente a la raza humana, cuya herencia asumía; que ocupaba su puesto en la humanidad. Si el nombre de tres mujeres pecadoras se intercala en la genealogía no es tan sólo, como se suele decir, para poner más de relieve, por contraste, la pureza y la santidad de Aquella cuyo nombre purísimo estalla al final como radiante aurora: *María, de quien nació Jesús*; es también para dar a entender, desde la primera página del Evangelio, que Jesús vino a salvar a todos, hombres y mujeres, judíos y gentiles, justos y pecadores.

Así pues, José, al final de la genealogía, es como la llave que cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo. Pertenece a la vez a ambos: es el último de los Patriarcas del Antiguo y el primero de los santos del Nuevo. Por otra parte, Dios, al venir a este mundo, escogió como padre un heredero de diecinueve reyes, para que éstos aprendieran que son depositarios de una gran responsabilidad. Pero este descendiente de reyes, que nunca pensó en hacer gala de su noble origen, vivió en la pobreza para dar a entender al mundo que en el reino de los cielos la pobreza es la primera de las noblezas, y que se convierte, cuando se la acepta sin reticencias, en medio seguro de participar de las riquezas divinas.

¹ Por ejemplo. Julio el Africano en una carta a Aristides, citada por Eusebio (Historia Eclesiástica 1, 7).

² De Cons. Evangel. 1, 11, C I, n° 2.

³ La lista de San Mateo comprende tres series de 14 nombres que van respectivamente de Abraham a David, de David a la transmigración de Babilonia y de ésta hasta Jesús. Al trazar las genealogías, los judíos solían establecer una especie de paralelismos. Si cada serie consta de 14 nombres, es, quizá, porque 14 es múltiplo de 7, cifra sagrada en el Antiguo Testamento. Parece cierto, también, que el evangelista quiso recordarnos los tres grandes períodos de la historia de Israel: la época teocrática de los patriarcas y de los jueces, la época de la monarquía y la sacerdotal.

Capítulo III

JOSÉ DE NAZARET

Fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret (Lc 1, 26).

Sería falso imaginar que José, cualesquiera que fuesen su humildad y su santidad, se hubiese desinteresado de la herencia moral y espiritual transmitida por sus antepasados. Las promesas hechas a David y a su descendencia ocupaban un lugar demasiado importante en las Escrituras para que él se creyera con derecho a desdeñarlas. Se sentía solidario con los de su estirpe que le habían precedido, bien para mostrarse digno de sus virtudes, bien para rescatar sus faltas, bien para crear, con su sola presencia en el seno de esa raza predestinada de la que habría de salir el Mesías, un testimonio agradable a Dios.

No desconocía, pues, sus orígenes. Releería a veces la lista genealógica de sus antepasados, no para enorgullecerse, sino para recordar a cada uno de los que se sentía deudor. Sabía que llevaba en las venas sangre de Abraham, cuya fe viva y obediencia total le habían valido ser bendecido en su posteridad. Sangre de Jessé, del que Isaías había dicho: *Un vástago surgirá de ese tronco.*

Los documentos le indicaban la serie de generaciones que le ligaban al rey profeta: tenía por antepasados a Salomón, el más glorioso de los monarcas, cuya reputación de sabiduría había sido universal, el cual había dirigido la construcción del famoso Templo de Jerusalén. A Roboam, cuyo yugo se habían sacudido diez de las tribus. Al santo Josafat; al rey Acáz, a quien el profeta Elías le había profetizado el alumbramiento de una virgen; a Ezequías, rescatado milagrosamente de las fauces de la muerte; a Jeconías, el último de los reyes de Judá; a Zorobabel, que había conducido al pueblo de vuelta de la cautividad.

Así pues, sintiéndose hijo de reyes y de profetas, de patriarcas y de pontífices, heredero de una sangre que incluía todo lo que la tribu de Judá consideraba más ilustre, ¿ignoraría acaso que la corona, sobre todo después de la extinción de la noble familia de los Macabeos, pertenecía a su estirpe por derecho...? Príncipe por nacimiento, José se encontraba, sin embargo, reducido a la modesta situación de artesano de pueblo. En lugar de vivir en las fértiles tierras asignadas antaño a su tribu, habitaba en Nazaret, humilde villorrio sin pretensiones poblado por agricultores y pastores, de tan mediocre reputación que, según señala el Evangelio, un proverbio decía que de Nazaret no podía salir nada bueno.

En Nazaret, efectivamente, vivía José cuando se comprometió formalmente con María y no tenemos motivos para dudar de que naciera allí, o, al menos, de que pasara allí su infancia y su juventud, aunque algunos creen que vio la luz en Belén. Pero si fuera así, quedaría por explicar cómo, al volver allí con su esposa, no hubiera ningún pariente o amigo que les abriera la puerta de su casa y se vieran obligados a buscar hospedaje en la posada.

Ocho días después de nacer, el día de su circuncisión, sus padres le habían impuesto

el nombre de José, honroso entre los judíos desde que el hijo de Jacob, convertido en ministro del Faraón, lo había enaltecido. Sin duda no sospechaban que su hijo lo enaltecería más todavía.

¿Enseñarían a leer a su hijo, llevándole a la escuela del pueblo, cuyo «maestro» solía formar parte del personal de la sinagoga...? Nada nos dice el Evangelio, pero Flavio Josefo atestigua que, por amor a la Ley, muchos jóvenes aprendían a leer, aunque sólo fuese para tener el privilegio de leer en la sinagoga. Por otra parte, ¿cómo José, sabiéndose descendiente de David, no iba a tener deseos de conocer directamente lo que decían las Escrituras de sus antepasados y, sobre todo, lo que anunciaban los profetas en relación con el Mesías que debía salir de su estirpe? ¿Cómo él, que era «justo», como dice el Evangelio, no iba a desear poseer la ciencia de la Ley, cuyo contenido era como el alimento de su alma?

Sea como fuere, al cumplir los doce años se convirtió, como todo buen israelita, en «hijo de la Ley», es decir, que, ante Dios y ante los hombres, quedaba obligado oficialmente a cumplir todas las prescripciones legales, todos los ritos judíos.

También a esa edad tendría que escoger un oficio, no sólo porque era pobre y tenía que ganarse el pan, sino también porque se trataba de una obligación impuesta por las costumbres sagradas de Israel. Lejos de ser algo despreciable entre los judíos –como lo era entre los romanos–, el trabajo manual estaba considerado como un medio de ser bendecido por Dios. Todo judío, incluso si era un rabino o un hombre rico, debía aprender un oficio y saber trabajar con sus manos.

José escogió el oficio de carpintero. ¿Era el de sus padres? ¿Lo eligió porque le gustaba o por una serie de circunstancias fortuitas en apariencia...? Ningún documento nos permite responder a estas preguntas. Aunque tendremos ocasión a menudo de hablar del oficio de José, bástenos, de momento, con subrayar que se trata de un oficio modesto, sin duda uno de los más humildes del pueblo, y que lejos de avergonzarse de él, José tendría como timbre de honor su título de carpintero.

Puede decirse, resumiendo, que la estirpe real de Israel, cuyos orígenes con David habían tenido por cuadro una majada, había vuelto, con José, a su simplicidad primitiva, con la diferencia de que la majada se había convertido en una carpintería.

Así pues, José, en Nazaret, sin bienes ni herencia, vivía del trabajo de sus manos, sin lamentarse por ello. Más feliz en su pobreza que Augusto en el primer trono del mundo, estaba contento con su suerte, ya que Dios quería que fuese pobre. El espectáculo de Roma, dueña de Jerusalén, el recuerdo de las diferentes revoluciones que habían conmovido a su patria, no habían alterado en absoluto la paz de su corazón.

Por otra parte, cuando iba a la sinagoga, todo lo que escuchaba le recordaba el lujo y el esplendor que había rodeado a sus antepasados. Al regresar a su humilde morada, no se sentía nostálgico, envidioso o amargado. No se avergonzaba de su delantal de cuero ni se quejaba de la Providencia que le había despojado de todo. Y cuando iba a Jerusalén para celebrar las fiestas legales, donde encontraba a cada paso vestigios de aquella gloria pasada, tampoco experimentaba ningún sentimiento de amargura. Sin prevalerse jamás ante los hombres de su título de descendiente de David, sin pensar en absoluto en darse

importancia, le bastaba con ser lo que Dios había querido que fuese, aplicándose a su oficio con tanta dedicación y cuidado como si tuviese que regir un reino.

Sin embargo, su pobreza no restaba nada a su nobleza, antes al contrario le revestía de ese brillo discreto a que hizo referencia Jesús en su Sermón de la Montaña, y que le hacía príncipe privilegiado de la primera bienaventuranza. Hijo de David por la carne, lo era mucho más todavía por el corazón y el espíritu. Representaba exactamente ese «justo» que su antepasado había cantado por adelantado acompañándose del salterio.

¿Tenía parientes en Nazaret? También en este punto, carentes de documentos, es difícil responder. Ya hemos dicho que, según San Mateo, su padre se llamaba Jacob y, según San Lucas, Helí, anomalía que puede explicarse, como también hemos dicho, a causa de un probable segundo matrimonio de su madre; según la ley del levirato, uno sería su padre natural y el otro el legal. Sin embargo, según un historiador que vivió en Palestina a comienzos del siglo II, Hegesipo, el cual pudo recoger su información allí mismo, José tenía un hermano llamado Cleofás; este tío de Jesús había esposado una María que el Evangelio designa como «hermana» de la Virgen, la cual era probablemente la madre de los cuatro varones a quienes el Evangelio llama «hermanos» del Señor (Santiago, José, Simón y Judas) y de tres hijas de nombre desconocido. Como es sabido, la expresión «hermanos y hermanas» de Jesús no tiene por qué asombrarnos, pues, en realidad, eran sólo sus primos hermanos. El término «hermano» tiene en la Biblia un significado mucho más amplio que en nuestro idioma¹, por la sencilla razón de que el arameo y el hebreo no tienen palabras para designar a los primos y los sobrinos, utilizando la expresión «hermanos» para hablar de próximos parientes.

En medio, pues, de su familia de Nazaret, José se entregaba a su humilde tarea, preocupado, ante todo, de agradar a Dios observando la Ley. Vestía como los obreros de su corporación, y llevaba en la oreja, según la costumbre, una viruta de madera. Es de suponer, sin embargo, que su rostro reflejaría su dignidad y, más todavía, su santidad. Bajo sus hábitos artesanos, había unas maneras que llamaban la atención, pues no se solían encontrar entre gentes de su oficio. Tenía en su actitud y en su compostura un no sé qué de digno y sosegado que imponía respeto; en su rostro, un aire de dulzura y de bondad, y en sus ojos, un mirar limpio y profundo.

Todos, en la comarca, sabían que pertenecía a la casa de David, pero como era sencillo y humilde y jamás hacía valer sus títulos, y por otra parte la modestia de su oficio desdecía de su nobleza de origen, había quien se resistía a creerlo... ¡Ya era tiempo de que Dios viniese en persona a la tierra para revelar a los hombres en lo que consiste la verdadera grandeza!

¹ Así, a Lot se le llama hermano de Abraham, cuando sólo era su sobrino. A Labán también se le llama hermano de Jacob cuando sólo era su tío; y a los hijos de Oziel y de Aarón, a los hijos de Cis y a las hijas de Eleazar se les llama hermanos, siendo sólo primos.

Capítulo IV

JOSÉ, EL CARPINTERO

¿De dónde le vienen a éste tal sabiduría y tales poderes? ¿No es éste el hijo del carpintero? (Mt 13, 55).

Los evangelistas San Mateo y San Marcos, para designar el oficio de José utilizan un término cuyo sentido general es el de artesano obrero¹. Si nos atuviéramos sólo al significado de esta palabra, podría creerse que José era herrero, ebanista, albañil, alfarero, tintorero... Que ejercía, en fin, uno u otro de los múltiples oficios a que en aquella época se dedicaban los artesanos. Sin embargo, las más antiguas tradiciones son casi unánimes, tanto entre los Padres de la Iglesia como entre los evangelistas apócrifos: José era «faber lignarus», es decir, obrero de la madera, o dicho de otra forma, ebanista, carpintero. Verdad es que San Hilario, San Veda el Venerable² y San Pedro Crisólogo dicen que fue herrero, y San Ambrosio y Teófilo de Antioquía nos lo representan cortando árboles y construyendo casas, pero esas diversas afirmaciones no tienen nada de contradictorio. A un humilde artesano de pueblo le habría sido imposible especializarse, pues no habría tenido suficiente trabajo; se dedicaba, pues, a realizar tareas diversas, entre las cuales las de carpintería y ebanistería parecen haber sido las principales. Tal oficio le obligaba a ser al tiempo un poco leñador, herrero y albañil. Algunos autores³ dicen que les cuesta admitir que ejerciera tales oficios, pues «exigían un ambiente de ruido y una fuerza corporal que no están en armonía con los hábitos de calma y de oración de la Sagrada Familia». En realidad, son más bien estas ideas las que resultan extrañas y ofensivas: creer que el Hombre-Dios, que vino a este mundo para compartir la condición humana, se iba a preocupar de escoger una profesión en que nada hiriera sus delicados tímpanos o la delicadeza de sus manos, es francamente ridículo.

Es la misma incompreensión que empuja a ciertos autores a querer elevar el nivel social de José. Según ellos, habría sido una especie de contratista de obras o de arquitecto, con obreros a sus órdenes... Es decir, una especie de notable de Nazaret. A eso se le llama, simplemente, avergonzarse de la humildad del Evangelio.

No dudemos, pues, en afirmar –en la medida que es posible saberlo– que era un pequeño y oscuro artesano de pueblo que se ganaba penosamente la vida, y que esta oscuridad aparente estaba de completo acuerdo con el espíritu del Misterio de la Encarnación, en el que José iba a verse implicado.

En el siglo II, hacia el año 160, el filósofo San Justino, mártir, escribía: «Jesús pasaba por ser hijo del carpintero José y era él mismo carpintero, pues, mientras permaneció entre los hombres, fabricó piezas de carpintería como arados y yugos». San Justino había nacido en Samaria, concretamente en Napulsa, la antigua Siquem; así pues, había podido recoger testimonios procedentes de la vecina Galilea. Ahora bien, los arados de aquella época, como los actuales, llevaban una reja de hierro que el carpintero se encargaba de forjar personalmente, lo que le obligaba a completar su oficio con el de herrero.

En cualquier caso, es curioso constatar que todavía hoy la fabricación de arados es, con la de hoces y cuchillos, una especialidad de Nazaret. El oficio de José no ha cesado, pues, de constituir una tradición en donde él mismo lo ejerció.

San Cirilo de Jerusalén dice, por su parte, que en sus tiempos todavía se mostraba (vivió en el siglo IV) una pieza de madera en forma de teja, labrada, según se decía, por José y por Jesús.

Uno se siente inclinado a responder afirmativamente a la pregunta que se hace Maurice Brillant en su obra sobre *El pueblo de la Virgen*. «Podría decirse –por emplear un término familiar, pero expresivo– que José en su taller multiforme hacía toda clase de chapuces...»⁴. Trabajaba a la vez el hierro, la madera y el barro. Era el artesano del pueblo al que se recurría cuando había que colocar una puerta, levantar un muro desplomado, reemplazar un armazón podrido, fabricar un mueble o reparar un útil de trabajo. No sólo confeccionaba todas las piezas de madera que entraban en la construcción de las casas de adobe, sino también ruedas para carros, escardillos, rastrillos, cunas, ataúdes, útiles de cocina, taburetes, toneles, y esos baúles o arcones que, en aquella época, sustituían a los armarios para guardar la ropa, los vestidos y los víveres. En ocasiones es posible que también hiciera piezas finas de marquetería.

Los habitantes de Nazaret solicitarían con frecuencia sus servicios; cuando una puerta no cerraba, cuando se rompía la pata de una banqueta, cuando una repisa estaba carcomida, cuando unos recién casados querían poner su casa, se repetía lo que el Faraón decía refiriéndose a su primer ministro: «Id a ver a José».

Su taller, como solía ocurrir en Oriente, estaría situado cerca de su casa, quizá adosado a ella. Como en las tiendas de nuestros pueblos, la puerta estaría siempre abierta y se vería repleto de carros y arados por reparar, de troncos de árboles todavía no aserrados y de vigas y tablones de cedro y de sicómoro apoyados en la fachada. Al fondo, las herramientas colgadas del muro. La Biblia menciona entre ellas el hacha y la sierra, el martillo y el rascador, el compás y el cordel; habría que añadir a esta lista el mazo y el berbiquí, el cepillo y la garlopa.

Es absurdo pensar que José no fuese un buen artesano, reputado tanto por su destreza y habilidad como por su honestidad y rectitud. Se sabía en Nazaret, y sin duda en toda la comarca, que al dirigirse a él se estaba seguro de pagar un precio justo y recibir una obra bien hecha.

Amaba su oficio y lo conocía a fondo. Lo había estudiado y lo había ejercido con la misma meticulosidad con que escrutaba la Ley de Dios. Sabía que ante el Señor el trabajo no es solo una exigencia, sino también un motivo de orgullo, algo noble y redentor; que lejos de considerarlo una esclavitud, hay que verlo como una forma de oración, como un medio de encontrar a Dios y, a la vez, ganarse el pan y la salvación. Por eso, transformar un tronco de árbol en planchas, en útiles o en muebles, era un gozo para él. Le gustaba, al entrar por la mañana en el taller, sentir el olor a madera fresca recién cepillada, ver cómo el sol, entrando por la puerta abierta, hacía brillar el metal de sus herramientas. Se preparaba para su tarea como para una ceremonia religiosa. Cuando se ataba a la cintura su delantal de cuero, lo hacía con la gravedad del sacerdote al

ponerse la casulla, y cuando se inclinaba sobre su banco de carpintero, llenaba de ilusión y de cariño cada gesto experimentando un gozo inexpressable en ejecutar los encargos de su clientela.

No se envanecía de nada, pero se sentía feliz satisfaciendo a sus clientes. Les preguntaba qué tal iba el arado que les había hecho, si aguantaba bien el armazón del techo, y el contento que manifestaban se convertía en suyo.

Se pueden aplicar perfectamente a José —como se ha hecho muchas veces⁵— las frases de Péguy en las que dice que en aquella época el trabajo se consideraba como «un increíble honor» y que se hacía una silla de enea «con el mismo espíritu, el mismo amor y las mismas manos que se alzaron las catedrales». José fabricaba los yugos y los arados como si se tratara de hacer un tabernáculo, pues sabía que toda obra realizada por amor es agradable a Dios.

No protestaba por los callos de sus manos, más duros cada día, por el sudor que perlaba su frente y secaba con el dorso de su mano, antes bien cantaba mientras trabajaba en su taller. Cantaba al ritmo de su mazo y repetía los versículos del salmo 150 que su tatarabuelo David había compuesto:

¡Alabad al Señor con arpas y cítaras!

¡Alabadle con tambores y danzas!

¡Alabadle con instrumentos de cuerda y con flautas!

¡Alabadle con platillos sonoros!

¡Alabadle con platillos resonantes!

El címbalo que José tañía era su hacha, su flauta una regla, su tímpano una garlopa, su salterio una sierra, su cítara un martillo. Mientras los utilizaba, su corazón permanecía unido a Dios y su alma se elevaba hacia él.

El demonio jamás franqueaba la puerta de su taller. Se sentía confundido y desarmado frente a este hombre humilde. Por listo que fuese, no era capaz de comprender el misterio de quien le parecía a la vez indefenso e inexpugnable. No sabía por dónde atacarle, por dónde tentarle. Para tener éxito con un alma, necesita encontrar en ella un mínimo de rebelión, un esbozo del *Non serviam!* Pero este misterioso carpintero parecía tan feliz aserrando troncos de árboles y dando forma a las ruedas de las carretas, que Satanás odiaba hasta el ruido de su martillo y de su sierra, que, a sus oídos, sonaba como una música religiosa. El espectáculo de aquel hombre justo era una tortura para él.

¹ La palabra *faber* es común al *faber terrarius*, que quiere decir herrero, y el *faber lignarius*, carpintero.

² «*Ferrum igne dominantem*», escribe: forjador de hierro tras ablandarlo al fuego. San Isidoro, por su parte, declara a José «*faber factor aeris*», obrero en hierro y en metal.

³ Uno se asombra de encontrar entre ellos al cardenal Lépicier, cuyas palabras citamos: Saint-Joseph, époux de la Tres Sainte Vierge, París 1932, p. 223.

⁴ Chapuz: (del antiguo francés *chapolis*, armazón de silla y carpintero, del verbo *chapolisser*, carpintear). «Obra o labor de poca importancia» (Diccionario de la R.A.E.).

⁵ Especialmente el Rdo. P. Bessieres en *Présence de Joseph*, Lethielleux. editor, p. 51.

Capítulo V

JOSÉ, EL JUSTO

José, como era justo... (Mt 1, 19).

El panegírico de José, tal y como lo hace el Evangelio, es de un laconismo desconcertante para los oídos del hombre actual, tan aficionado a los superlativos, tan amante de las alabanzas ditirámicas. Se limita a una sola palabra: era justo. Sin embargo, al nombrarle así el Evangelio no se queda corto, ya que la palabra expresa una plenitud de santidad. La justicia a que se refiere no es sólo la virtud que consiste en dar a los demás lo que se les debe: es también ese conjunto de perfecciones que ponen al hombre en sintonía total con la ley de Dios, en perfecta adecuación con su voluntad. La palabra justo, en el lenguaje bíblico, designa el compendio de todas las virtudes. El justo del Antiguo Testamento es el mismo que el Evangelio llama santo. Justicia y santidad expresan la misma realidad. El retrato del justo bajo la Antigua Ley se esboza, sobre todo, en los Salmos con una variedad de rasgos cuyo conjunto representa el ideal de la rectitud moral tal y como Dios la quiere para los hombres. El justo es el que se abstiene del mal y hace el bien, el que tiene un corazón puro y es irreprochable en sus intenciones, el que en su conducta observa todo lo prescrito con relación a Dios, al prójimo y a uno mismo. El justo no hace nada sin preguntarse lo que Dios manda o prohíbe: le alaba, le enaltece y bendice su nombre, le merece una confianza sin límites, le presta una obediencia diligente. Conserva, además, su corazón limpio de orgullo, de ambición, de ansia de riquezas. Con su prójimo, practica la sinceridad, la rectitud y la lealtad; le horroriza la mentira, la duplicidad y el fraude. Se esfuerza por ser bueno, bienhechor, compasivo; por atender con amor a quienes necesitan consuelo y socorro. Ejercita, en una palabra, las obras de misericordia temporales y espirituales en toda su plenitud.

¡Bienaventurado –no cesan de proclamar los Salmos– quien obre así! Sobre él se posará la mirada de Dios. Se asemejará al árbol plantado junto a un río, cuyas hojas siempre están verdes y da a su tiempo magníficos frutos. No estará por eso al abrigo de cualquier prueba, pero todo lo que padezca se convertirá, por voluntad divina, en progreso espiritual. Recibirá ciento por uno a la hora de la verdad.

En la vida de José se verificó al pie de la letra el programa de perfección contenido en esta descripción. Fue justo en todas las acepciones del término. No hay que llamarse a engaño ante la falta de relieve de su vida. Si, tal como nos cuenta el Evangelio, nada a los ojos del mundo lo hizo protagonista, interiormente poseía una extraordinaria grandeza, un esplendor moral auténtico, que es lo que cuenta ante Dios. A este justo se le podía aplicar a la letra lo que Jesús dijo en su oración al Padre: *Yo te bendigo, porque has ocultado estas cosas a los sabios y los prudentes y se las has revelado a los humildes*¹.

Moldeados por la gracia divina, su corazón era puro y su voluntad, fuerte. Tenía un

alma profunda y fiel, recta y sencilla, desconocedora de su valía.

Era justo, en primer lugar, respecto a Dios, cuidadoso de agradarle en todo y no desagradarle en nada. Su ocupación constante consistía en escrutar la Ley de Dios para conformar con ella su vida, pensamientos, deseos, palabras y actos. A veces interrumpiría su trabajo para dar reposo a sus brazos, se sentaría en un taburete y reelería los salmos de su tatarabuelo, el rey David. Terminaría sabiéndoselos de memoria y así, al tomar de nuevo la garlopa o la sierra, cantaría versículos que subirían a Dios como humo de incienso:

*He escondido en mi corazón tu oráculo
para no pecar contra ti...²
¡Qué dulces son a mi paladar tus oráculos,
más que la miel para mi boca!³.
Como el ciervo suspira por la fuente de las
aguas,
así mi alma suspira por ti, mi Dios.
Mi alma tiene sed de Yahvé, Dios vivo⁴.
Porque tú, Señor, eres mi esperanza,*

1 Mateo 10, 25; Lucas 11, 21.

2 Salmo 118, 11.

3 Idem, 103.

4 Salmo 41, 2-3.

5 Salmo 70, 5-8.

6 Salmo 78, 8-9.

7 Salmo 79, 3 y 20.

mi confianza desde mi juventud...

Tú eres mi refugio...

Llénese mi boca de tus alabanzas,
de tu gloria continuamente⁵.

José era igualmente justo con los hombres. Vivía alejado de todo orgullo que, en los ambientes orientales, es causa de disputas o de pleitos incesantes. Era cosa sabida en Nazaret que no era parlanchín, que odiaba la maledicencia, el comadreo. Eso no quiere decir que no hablara con nadie. La puerta de su taller siempre estaba abierta y los que pasaban por la calle solían entrar para verle trabajar y entablar diálogo con él. Pero sus visitantes quedaban siempre conmovidos por su sentido común, por el acierto de sus apreciaciones y la indulgencia que emanaba de sus juicios. Se sentían mejores después de haberle oído.

José era justo con todos. Reputado por su conciencia profesional, los que recurrían a él quedaban siempre satisfechos. No dudaba en madrugar y prolongar su jornada hasta la

noche para acabar un encargo urgente. Nunca se excedía en el precio, lo que no era óbice para que –como suele ocurrir en Oriente– hubiera quien regatease y protestase. Algunos abusaban de su bondad, pues sabían que le repugnaban las reclamaciones y los deudores recalcitrantes.

José era del temple de esos justos que, como Simeón y la profetisa Ana, esperaban la redención de Israel y el cumplimiento de las antiguas promesas. Deseaban con toda su alma la venida y la manifestación del Mesías, y creían que «la plenitud de los tiempos», de la que tan a menudo hablaban las Escrituras, estaba cerca. Habían calculado que las setenta semanas de años, cuyo desarrollo había desvelado a Daniel el ángel Gabriel, ya habían pasado, y que los días del Enviado de Dios eran inminentes. Para los que permanecían atentos a las realidades religiosas, existía como un presentimiento confuso de que un mundo nuevo estaba a punto de surgir, que se aproximaba una «edad de oro». Historiadores paganos como Tácito y Suetonio se sintieron obligados a consignarlo en sus obras.

En José, esa espera era especialmente ardiente y hacía palpar su corazón con inmensa alegría. Mientras otros se agitaban inútilmente con la misteriosa revelación y se entregaban a una efervescencia político-religiosa, él pensaba que lo más urgente era rezar. Su corazón ferviente imploraba al Señor constantemente que sonase por fin la hora en que Dios había de enviar a Aquel que traería a la tierra la luz y la salvación.

No sospechaba, por supuesto, que sus deseos iban a verse colmados, que Dios había dirigido sobre él, pobre carpintero de una humilde aldea galilea, sus miradas misericordiosas, y que todas las generaciones futuras le llamarían Bienaventurado. No sabía que habría de ser el último patriarca que cerraría el inmenso cortejo en ruta hacia el Mesías, y que, más privilegiado que sus antecesores, tendría la dicha de llevar en sus brazos a Aquel que tantos profetas y reyes habían deseado ver con sus ojos y oír con sus oídos. Aquel a quien su antepasado David había saludado y cantado tantas veces con el salterio:

*Apresúrate y sálgannos al encuentro tus
misericordias
que estábamos abatidos sobremanera.
Socórrenos, oh Dios, Salvador nuestro, por
la gloria de tu nombre,
libranos y perdónanos nuestros pecados...6.
Despierta tu poder,
ven y sálvanos...
Haz resplandecer tu faz sobre nosotros
y seremos salvos7.*

Nunca pudo imaginar José que iba a ser considerado indispensable para el misterio de la Encarnación y que contribuiría a realizar el gran designio divino de cambiar la angustia humana en transportes de alegría.

Por todo eso, Dios le había querido *justo*, solo faltaba que él estuviera a la altura de

su misión. Dice la teología que siempre que Dios confía una misión a un hombre, le da las gracias necesarias para que la realice. Dios había llenado a José de justicia, de sabiduría y santidad, pues le había predestinado para ser esposo de María, la Madre del Verbo encarnado, y padre virginal de Jesús.

[1](#) Mateo 10, 25; Lucas 11, 21.

[2](#) Salmo 118, 11.

[3](#) Idem, 103.

[4](#) Salmo 41, 2-3.

[5](#) Salmo 70, 5-8.

[6](#) Salmo 78, 8-9.

[7](#) Salmo 79, 3 y 20.

Capítulo VI

LA PREDESTINACIÓN DE JOSÉ

Padre nuestro... el pan nuestro de cada día dánosle hoy... (Mt 6, 11).

Los justos que vivieron antes del advenimiento de Cristo, conocedores de los profetas de la Biblia, tuvieron un alma vibrante de esperanza. Sabiendo que Dios es fiel a su palabra, aguardaban la realización de las promesas: la venida de un Mesías cuya misión consistiría en traer alegría a la Tierra y salvar al mundo, librándole de sus pecados y del poder del Maligno. Ahora bien, si el hecho mismo de esa redención estaba fuera de toda duda, nadie podía prever la desconcertante manera en que, para la sabiduría humana, habría de producirse.

El Hijo de Dios iba a hacerse presente entre los hombres, pero su venida no iba a ser ni repentina ni deslumbrante. Aparecería despojado de toda majestad y entraría en el mundo de forma humilde y discreta. Una vida oculta iba a preceder a su vida pública.

Santo Tomás¹, buscando las razones de esa oscuridad, descubre tres principales. Al venir a salvar el mundo por la Cruz –dice– era preciso que tuviera un cuerpo capaz de padecer; una manifestación gloriosa habría obstaculizado sus designios. Si *hubiesen conocido al Dios de majestad* –afirma San Pablo–, *los judíos no le habrían crucificado*².

Por otra parte, el brillo de su esplendor, además de disminuir el mérito de la fe de sus discípulos, habría hecho dudar de su naturaleza humana y, por lo tanto, de la realidad de sus sufrimientos. Si el hijo de Dios no hubiese tenido necesidad de comer, beber y dormir, si se hubiera librado de las miserias inherentes a la naturaleza humana, habría confirmado el error de quienes creen que no se hizo hombre más que en apariencia. No habría sido verdaderamente el «Emmanuel» anunciado por los profetas, es decir, un Dios anonadado, puesto a nuestro nivel, viviendo con nosotros y como nosotros.

Sin embargo, por humilde que debía ser el nacimiento del Hombre-Dios, era preciso que tuviera al menos un carácter excepcional en un punto. El Hijo eterno de Dios no podía nacer más que de una mujer virgen. Sólo el Espíritu Santo debía ser el autor de su concepción, pues es inimaginable que fuera de otra manera. El Hijo de Dios no podía tener más que un Padre en el sentido exacto y preciso del término. Ciertamente, eso se podía lograr mediante un prodigio, pero se trataba sin duda de un prodigio indispensable.

Ahora bien, si Dios debía revestir la naturaleza humana en el seno de una virgen por obra y gracia del Espíritu Santo, ¿qué iba a pasar con el honor del niño y con el de su madre si los hombres ignoraban el misterio? ¿No quedaban expuestos a ser víctimas del desprecio y del baldón públicos? ¿No recaería la vergüenza sobre Aquel que venía a purificar al mundo de toda mancha lo mismo que sobre Aquella que lo había engendrado?

La Virgen que iba a alumbrar un niño, según la profecía de Isaías, no podía proclamar a los cuatro vientos los favores de que había sido objeto. Además, ¿quién la hubiera creído...? Incluso suponiendo que la modestia, el candor, la gracia, la pureza,

iluminasen su frente, su persona y todo su comportamiento, con una luz vivísima, no habría bastado para garantizar el crédito de su testimonio. Se habrían considerado sus afirmaciones como refinada hipocresía, y cuando el hijo nacido de su carne dijera más tarde a los judíos: *¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?*, éstos le habrían echado en cara el oprobio de su nacimiento.

Ciertamente, Dios habría podido intervenir para revelar milagrosamente el misterio de la concepción virginal de su Hijo. Se habría podido oír una voz proveniente del cielo—como sucedió en el Tabor— declarando que ése era su Hijo bien amado, *nacido de una Virgen*, pero esta forma de obrar no es propia de Dios. A su infinita sabiduría le place, incluso para realizar los más asombrosos milagros, usar los medios más sencillos, menos aparatosos. Para poner la reputación de su Hijo y de la Madre al abrigo de las ultrajantes sospechas de los hombres, le bastó cubrir el misterio de su concepción con el velo de un santo y legítimo matrimonio. Si hacía falta que la Virgen-Madre tuviera un marido para salvar su honor, también era necesario para que fuese padre nutricio del niño que iba a nacer... Asombrosa proposición si se piensa que este Niño era el Verbo divino, y, por lo tanto, padre nutricio de todas las criaturas, Aquel de quien todos los seres reciben su vida, su sustancia y su crecimiento. ¿Iban, pues, a cambiarse los papeles y la criatura convertirse en proveedora de su Creador? Así iba a ser, en efecto. Aquel cuya Providencia abarca la entera creación, va a pedir a una criatura humana que le socorra, porque quiere nacer como los demás niños: desnudo, frágil, inerme, incapaz de proveer por sí mismo a las necesidades más imperiosas de su naturaleza humana, sin poder expresarlas más que mediante gemidos inarticulados y lágrimas... Y así como ha puesto junto a las más humildes cunas un padre y una madre, pondrá también junto a su propia cuna, al lado de su madre, un hombre con verdadero corazón de padre que tendrá como misión alimentarle, vestirle y ofrecerle una morada.

El Verbo eterno encarnado necesitará igualmente un protector que le libre de las pruebas, dificultades y peligros en que habrá de encontrarse, pues su Padre celestial le dejará desprovisto de todo. No tendrá soldados, ni legiones angélicas a su servicio, y mientras no sea suficientemente fuerte como para protegerse a sí mismo, su debilidad infantil reclamará la ayuda de unos brazos para protegerse tras ellos en la hora del peligro.

Todas esas tareas le van a ser confiadas a José. Al comienzo de la creación, la maravillosa sabiduría de Dios dijo a Adán, tras llamarle a la existencia: *No es bueno que el hombre esté solo. Yo le daré una ayuda semejante a él*. Cuando llegó el momento elegido por Dios para reparar el desastre causado por el pecado de la primera pareja, vio que tampoco era bueno que la Virgen diese a luz sola, sin apoyo ni ayuda de nadie.

José fue el fruto de ese gran designio divino. En el pensamiento de Dios, estaba predestinado a dar al niño que había de nacer, y a su madre, un hogar tranquilo, con objeto de que uno y otro pudiesen disfrutar, a los ojos de los hombres, de una situación normal: habría de ser el guardián que rodearía, como con un velo de silencio, de candor, de paz y de respeto, la inocencia de María y la debilidad del niño.

Gracias a José, su honor quedaría libre de toda sospecha, y si un día hubiera de ser

puesto en tela de juicio, sería el testigo más autorizado, el menos sospechoso para atestiguar su integridad.

A la espera de que la identidad del niño quedase desvelada, sería, con su sola presencia silenciosa y santa, el guardián del secreto de la Encarnación virginal. Hasta que los Apóstoles reciban por misión manifestar al mundo el misterio del Hijo de Dios, él, provisionalmente, disimulará este misterio y lo mantendrá oculto a los hombres³.

Por otra parte, los designios de Dios le señalan como escogido para permanecer al lado de la Virgen y de su Hijo, a fin de cuidarlos y conducirlos en días de prueba y de persecución por los caminos y de ganar el pan de todos con el sudor de su frente, en espera de que el niño, convertido en adolescente, fuese iniciado en esa vida laboriosa que habría de llevar durante largos años.

Y es aquí donde hay que admirar la grandeza de la misión recibida por José: dar morada a quien creó el Universo, alimentar a quien es la Providencia mantenedora de todos los seres, vestir a quien da a los lirios del campo un ropaje más maravilloso que el de Salomón, ejercer respecto de Aquel a quien todos los hombres llaman «Padre» la carga y los deberes de la paternidad.

Pero, por sublime que fuera la tarea que Dios confió a José, lo que esperaba de él en primer lugar era su abnegación. Cada vez que Dios llama, sus exigencias implican, para el llamado, la obligación de vaciarse moralmente de sí mismo, con objeto de no tener a la vista más que la búsqueda de los deseos divinos. Por eso, el alma de José debía estar dispuesta a todas las renunciaciones y todas las abnegaciones. Por eso, también, Dios, que le había escogido desde toda la eternidad, le había ido moldeando espiritualmente para que estuviera a la altura de sus funciones.

Mientras tanto, nadie, viendo a José atravesar las callejas de Nazaret, descalzo, con una viga al hombro, camino de su taller, supondría el incomparable destino que Dios tenía reservado a este humilde artesano de aldea, sin el cual nada hubiese sucedido, en el misterio de la Encarnación, tal y como Dios lo había decretado...

¹ Suma Teológica, III, q. 36, a. 1.

² 1 Corintios 2, 8.

³ San Ignacio de Antioquía supone que ese velo debía disimular también el misterio al propio demonio. Es una opinión muy extendida y fundada en la misma Escritura que el demonio no conoció nunca claramente y sin duda que Jesús era el Hijo de Dios. Ignorancia que puede explicarse en razón de que la inteligencia del diablo no logra penetrar nunca del todo las cosas sobrenaturales y los misterios de Dios, pues Él mismo le detiene a las puertas de su santuario.

Capítulo VII

LA PROMETIDA DE JOSÉ

Y el nombre de la Virgen era María... (Lc 1, 26).

Mientras José, en su taller, se dedicaba a sus humildes tareas de carpintero, su espíritu permanecía unido al Señor. Sabía que se aproximaba el tiempo en que se manifestaría Dios, y sus labios suplicaban, con palabras del profeta: Cielos, derramad vuestro rocío, y que las nubes destilen al Justo, ábrase la tierra y germine el Salvador¹.

Todos los justos, en aquella época, repetían esa oración en Israel con tanto más ardor cuanto que todos los signos anunciaban como inminente la venida del Mesías.

De hecho, en una humilde morada de Nazaret, Dios ya había designado a Aquella que había de traerle al mundo. Se llamaba María y era el fruto tardío de Joaquín y de Ana, quienes, según una antigua tradición, la habían obtenido de Dios por sus oraciones, acompañadas de lágrimas y penitencia. El nacimiento de la que todas las generaciones iban a saludar con el título de «Bienaventurada» no se había hecho notar. Era, exteriormente, semejante a los demás niños, pero en su interior Dios la había revestido de santidad y de perfección. Había sido adornada, desde su concepción, con los siete dones del Espíritu Santo, ya que había sido librada de la mancha original. La liturgia no duda en poner en boca de Dios, que la contempla desde el cielo, este clamor de admiración: *Eres hermosísima, María, y no hay en ti ninguna mancha*.

La tradición unánime de los Santos Padres dice que pasó su infancia en el Templo de Jerusalén, a donde ella mismo quiso que la condujeran para ofrecerla al Señor: en virtud de los privilegios con que había sido colmada, había comprendido, tan pronto como tuvo uso de razón, que la única sabiduría de una criatura consiste en entregarse irrevocablemente a su divino Maestro y ponerse en cuerpo y alma a su servicio.

Sin renunciar por eso al amor, antes al contrario, escogiendo el amor eterno y principal, había hecho voto de virginidad. Pertenecía, por supuesto, a la descendencia de David, de la cual había de nacer el Mesías, y deseaba, con más fuerza que cualquier otra mujer en Israel, ver realizadas las promesas de Dios y colaborar en ellas, pero, como no se consideraba digna del favor divino, había ofrecido al Señor su virginidad en holocausto, con objeto de que llegara cuanto antes la hora anunciada de su intervención.

En aquella época, la virginidad, aunque estimada en el pueblo hebreo, era cosa excepcional y generalmente proscrita por la Ley². La espera del Mesías aguijoneaba tanto los espíritus que la renuncia al matrimonio equivalía a negarse a contribuir a la llegada de quien debía restablecer el reino de Israel. Por eso, en su momento, los parientes de María se empeñaron en encontrar un marido para ella. Cuando se lo propusieron, nada objetó, ya que a nadie había revelado el voto que había hecho, convencida de que no la habrían comprendido y menos aprobado. Confiaba exclusivamente en Dios para salir de aquella situación delicada y, en apariencia, contradictoria. Lo único que pedía al Cielo era que pusiese en su camino a un hombre

capaz de comprender, estimar y respetar su promesa de virginidad, a fin de contraer con ella una unión cuyo fundamento fuese tan sólo un amor espiritual.

Los Apócrifos³ imaginaron una serie de leyendas sobre las circunstancias en que se celebraron los esponsales de María, leyendas tenaces que han encontrado un crédito tal a lo largo de los siglos que no hay más remedio que mencionarlas brevemente.

Según esas leyendas, el Sumo Sacerdote habría convocado a todos los jóvenes de la Casa de David que aspiraban a casarse con María, invitándolos a depositar sobre el altar su cayado o bastón, pues el dueño de aquel que floreciera sería el elegido del Señor. Naturalmente, fue el bastón o la vara de José el que floreció...

Entre los defraudados, había un tal Agabo, joven rico y noble que, lleno de rabia y de despecho, huyó al desierto. Es el personaje que se ve en el famoso cuadro de Rafael (*Lo Sposalizio*), quebrando su vara en las rodillas.

La realidad debió ser mucho más simple, y cabe imaginarla así: Como los padres de María probablemente habían muerto, se hallaba bajo la tutela del sacerdote Zacarías, quien, un día, le diría –pues en aquella época se casaba a las jóvenes sin consultarlas demasiado– que sus gestiones habían tenido éxito; que había encontrado un joven bueno para ella. Se llamaba José, era una excelente persona y, como ella, también descendía de David... No era, desde luego, más que un simple obrero –trabajaba con sus manos para ganarse la vida–, pero no ejercía ninguna profesión indigna, incompatible con la práctica de la religión. Por otra parte, tenía fama de ser recto, piadoso y justo...

Cuando María supo que José era la persona elegida, sus temores se disiparon. Seguramente le conocía, pues era de su misma tribu y tal vez pariente lejano. Apreciaría su fe, la elevación de su alma y amaría a este hombre sencillo, de manos callosas, de mirada limpia y de gestos reposados y graves. Sabría que vivía apartado del mal, a la espera ardiente de la venida del Mesías...

José, por su parte, no habría permanecido insensible al misterioso encanto que emanaba de la persona de María. Habría detenido la mirada en su rostro lleno de pureza y se habría sentido profundamente conmovido, como ante la revelación de algo indeciblemente grande. Pensaría que así debían ser los ángeles cuando se mostraban en sus apariciones...

Sea como fuese, María, en su primer encuentro, tuvo que darle a conocer su resolución de permanecer virgen, para evitar que su matrimonio quedara invalidado, y lo haría posando en él su mirada clara y dulce. Hablaría con la misma sinceridad que usaría más tarde con al Ángel de la Anunciación, ya que, convencida de que sus palabras hallarían una resonancia profunda en el alma de ese hombre justo, no tendría inconveniente en proponerle que la acompañara en su camino virginal. Esperaba de él, su futuro esposo, algo más que un simple asentimiento: la promesa de que respetaría su voto sin que nadie le hiciera cambiar de parecer⁴.

Podríamos admitir también, con gran parte de la Tradición, que José había hecho a su vez un voto de virginidad y que, al contraer matrimonio, no hizo más que seguir una costumbre que tenía casi fuerza de ley.

Otra explicación es más plausible: José, que había vivido hasta entonces una vida

casta⁵, al oír de labios de María la belleza y la grandeza de la virginidad, concebiría hacia esta virtud privilegiada un amor y una atracción todavía mayores. Por eso, luego de explicar a María que no podía ofrecerle más que una posición muy modesta, le aseguraría, gozoso, que, para ser más digno de ella haría a Dios un voto semejante al suyo. Sería para ella como un hermano, y se lo garantizaría con una promesa.

Cuando terminara el encuentro, sintiendo compenetradas sus almas con una armonía sin disonancias, uno y otro exultarían de gozo. El corazón de María rebosaría de paz y seguridad. El alma de José se dilataría con un inmenso deseo de ternura protectora. Descendiente de reyes, no poseía palacios, corte, opulencia o celebridad, pero Dios le acababa de dar, con María, un tesoro tal que, a su lado, los de Salomón le parecían miserables. Y en su espíritu, un texto del *Libro de la Sabiduría*, se le ofrecía como la expresión perfecta de sus sentimientos desbordantes de felicidad: *Por Ella y con Ella, poseeré todos los bienes...*

¹ *Isaías 45, 8.*

² *Ese estado «excepcional» se daba entre los esenios, como nos los han dado a conocer los manuscritos descubiertos en Qumram. Los esenios vivían la castidad, pues, aunque el matrimonio les estaba permitido en teoría, su fervor religioso les llevaba a preferir el celibato.*

³ *Sobre todo, el Protoevangelio de Santiago el Menor, el Evangelio de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María y el Evangelio de la infancia del Salvador.*

⁴ *Santo Tomás piensa que, antes de comprometerse con José, María recibió de Dios la seguridad de que él tenía las mismas disposiciones que Ella (cfr IV Sentencias, dist. XXX, q. 11, a. 1).*

⁵ *«La opinión de que José ya había estado casado antes –dice el Diccionario de Teología–, recogida en el Protoevangelio de Santiago, apócrifo, tuvo algunos partidarios entre los Padres de la Iglesia. Hoy está completamente abandonada... La hipótesis de un primer matrimonio de José, del que habrían salido «los hermanos del Señor» choca con tales dificultades que puede darse por segura su no existencia». (Artículo «José»).*

Capítulo VIII

LOS ESPONSALES DE JOSÉ

Estando desposada María, su madre, con José... (Mt 1, 18).

Si hubiera que hacer caso a ciertos apócrifos¹, habría que creer que José, cuando esposó a María, era ya un anciano. Influenciado tal vez por ello, San Epifanio le asigna nada menos que ochenta años...

Parece ser que lo que lleva a éste y otros autores a atribuirle una edad tan avanzada es su preocupación por afirmar mejor la virginidad perpetua de María. Argumento detestable y suposición injuriosa también para José, esta de atribuir su continencia a una supuesta senilidad.

Hay que afirmar, por el contrario, que las costumbres de entonces, como las de ahora, habrían justamente reprobado una unión tan desigual. La boda de un anciano con una adolescente habría sido considerada como una profanación. Por eso, el sentido común nos dice que José tenía que ser joven, no sólo para que la gente pudiera considerarle como padre del divino Niño, sino también para que pudiera ejercer con Él la tarea de protector y de padre nutricio que Dios iba a confiarle. Un israelita solía casarse alrededor de los dieciocho años y nada nos obliga a pensar que José fuese mucho mayor. Algunos documentos de la iconografía antigua² le muestran joven e imberbe, y cuando la imaginería moderna nos lo representa casi con los rasgos de un anciano, queremos creer que es para subrayar, más que su edad, la perfección de sus virtudes, especialmente su prudencia y su madurez.

Ciertos autores se han preguntado si José era o no bien parecido. Apoyándose, por analogía, en el testimonio de la Biblia que nos dice que el José del Antiguo Testamento era agradable y gracioso, responden afirmativamente. No hay ningún inconveniente en admitirlo, aunque el argumento no deja de ser débil. En cualquier caso, podemos estar seguros de que, para María, el encanto varonil de su futuro esposo no era lo más importante.

Entre los judíos, las transacciones que precedían a los esponsales constituían, por parte de los parientes, una especie de chalaneo. Discusiones interminables trataban de precisar minuciosamente la aportación recíproca de los prometidos. Si los esponsales de María y de José no escaparon a este tira y afloja, ¡cuánto les harían sufrir!

En ningún documento consta el lugar en el que se desarrollaron las ceremonias. Fuera en Jerusalén o fuera en Nazaret, asistirían todos los parientes. María y José, que nunca quisieron singularizarse, no se sustraerían a ninguno de los ritos obligatorios, tanto más cuanto que el ceremonial de los esponsales databa de la época de los patriarcas. José tendría que revestirse de una larga túnica sobre la cual pendía un pesado manto. En cuanto al traje de novia de María, la Iglesia de Chartres asegura poseerlo. Le fue donado por Carlos el Calvo en el año 877. Provenía del tesoro imperial de Bizancio y es una larga túnica de color *beige*, sembrada de flores azules, blancas y violeta, bordadas con

aguja y entreverada de oro...

María daría a José la mano, no esa mano fina y delicada que pintaron los artistas del Renacimiento, sino una mano de mujer acostumbrada a lavar, a coser y a amasar el pan. José, por su parte, pondría en su dedo el anillo de oro –símbolo de alianza y de posesión–, diciendo: «Por este anillo, quedas unida a mí, ante Dios, según el rito de Moisés». Luego, entregaría a su prometida el acta del contrato, así como el denario de plata que representaba su dote o su viudedad. Jamás una joven novia, al dar su mano a su joven novio, aportó una felicidad semejante a la que estalló en el corazón de José.

Ya se pertenecían mutuamente, de manera irrevocable. Porque, entre los hebreos, los esponsales no eran una simple promesa de alianza, como ocurre con nuestra petición de mano. Tenían el mismo valor, en la práctica, que el matrimonio. En el Deuteronomio, lo mismo que en el Evangelio, a la prometida se la llama «mujer» del prometido, porque lo es realmente. Si se demostraba su infidelidad, era condenada a la pena de las adúlteras y debía ser lapidada. Si su prometido moría, se la consideraba como viuda, y no podía ser repudiada más que mediante las formalidades exigidas para la esposa legítima. Sin embargo, la cohabitación solía quedar diferida durante un lapso de tiempo que a veces duraba hasta un año. Era preciso –decían los rabinos– dejar a la prometida tiempo suficiente para preparar su equipo y al prometido para cumplir las cláusulas del contrato.

Los esposados, no obstante, mantenían constantes relaciones y sus derechos recíprocos eran idénticos a los de los casados. La esposada podía concebir de su futuro marido sin incurrir en falta. Por eso, las interminables controversias relativas a la situación de María después de concebir al Verbo encarnado –unos afirmando que estaba sólo prometida y otros casada– quedan reducidas a simples e inútiles juegos de palabras.

Así pues, luego de sus esponsales, José y María se separaron y se fueron cada uno a su casa, en espera de la ceremonia oficial de la boda, pero desde ese momento, puesto que se habían hecho ante Dios promesas definitivas, eran ya marido y mujer para siempre.

Seguramente, una cláusula secreta eliminaría uno de los fines esenciales de la unión conyugal. Por el voto de virginidad renunciaban al ejercicio del débito recíproco. Su compromiso no dejaba de ser por eso una verdadera unión, valedera ante Dios y ante los hombres, pues lo que hace al matrimonio perfecto, según Santo Tomás, es «una unión indisoluble de las almas en virtud de la cual los esposos se prometen una fidelidad inviolable».

Uno y otro, pues, ofrecerían a Dios su virginidad como un don que sabían le sería agradable, aunque no podían sospechar las consecuencias. ¿Cómo iban a prever que, renunciando a engendrar según la naturaleza, se estaban preparando para recibir el más sublime de los dones? No podían saber que su unión virginal era obra de Dios, algo preparado y ordenado por Él con vistas a la venida al mundo del Mesías.

La virginidad de María era necesaria para operar la Encarnación del Verbo: «Así como Dios produce a su Hijo en la eternidad por una generación virginal –dice Bossuet–, así también nacerá en el tiempo, engendrado por una madre-virgen».

La virginidad de José no era menos importante, ya que debía salvaguardar la de

María.

He aquí, pues, dos almas vírgenes que se prometían fidelidad, una fidelidad que consistía sobre todo en proteger su mutua virginidad. Obran al contrario, según todas las apariencias, de lo que era preciso hacer para contribuir personalmente a acelerar la hora del advenimiento del Mesías. Han renunciado al honor de ver un día una cuna en su hogar, pero precisamente a causa del valor y del mérito de su renuncia, van a merecer que Dios en persona venga a poner un niño en medio de esta pareja virginal. Y ese niño será Su propio Hijo. Sin saberlo, acaban de firmar un contrato y de pronunciar una promesa que les capacita para recibir la misión excepcionalmente grandiosa que Dios les va a encomendar.

¹ Especialmente, la supuesta Epístola de San Jerónimo y el Evangelio de la Infancia.

² Especialmente en la catacumba romana de San Hipólito una piedra sepulcral del siglo iii, y el sarcófago de S. Celso, en Milán del siglo iv.

Capítulo IX

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo... (Mt 1, 23; Is 7, 14).

Nunca un alma tuvo una alegría parecida a la de José después de sus esponsales. Consideraba su felicidad única en el mundo. No cesaba de repetir las palabras de la Sagrada Escritura: Dichoso el marido de una mujer buena (Eclesiástico 26, 1). La mujer fuerte... vale mucho más que las perlas (Proverbios, 31, 10). Sabía que había tenido una suerte inmensa y, por eso, no dejaba de pensar en su prometida. La llevaba como un sello en su corazón. La amaba cada día más y su agradecimiento a Dios aumentaba en la misma medida.

Guardémonos de creer que el corazón de María permaneciera insensible tras pronunciar su promesa matrimonial. Así como había de ser un día modelo de esposas y de madres, fue también, en la espera, una perfecta prometida. No trataría, en absoluto, de frenar el impulso que la llevaba hacia José. Lejos de sentir por él un cariño ficticio o reprimido, su amor era tanto más vivo cuanto que se alimentaba en el horno de una pureza inmaculada. También le agradecía al Señor el haber escogido para ella un compañero tan dulce y un apoyo tan seguro.

Se amaban mutuamente, admirando cada uno las bellezas morales del otro. De momento, vivían separados, pero la proximidad de sus casas les permitiría verse con frecuencia. Cada vez que se reunían, sus rostros se iluminaban con una sonrisa confiada. Una perfecta corrección inspiraba sus intercambios de afecto, exentos, por otra parte, de cualquier ceremoniosidad que rompiera su sencillez.

A la espera de verse reunidos bajo un mismo techo, mientras María preparaba su modesto equipo, José fabricaba los muebles del futuro hogar. No sospechaban que Dios estaba a punto de visitarles para hacerles instrumentos iniciales del acontecimiento prodigioso que cambiaría la historia del mundo.

Como ya hemos visto, los exégetas han discutido mucho para dilucidar si, en el instante de la Anunciación, María ya estaba casada con José o sólo prometida en esponsales, ya que el texto evangélico permite una u otra interpretación. Que estuviese casada o solamente prometida carece de importancia, ya que los esponsales conferían prácticamente los mismos derechos que el matrimonio y, por lo tanto, pertenecía legalmente a José. Aunque sólo hubiera estado prometida, una maternidad anterior a la formalización del matrimonio no habría manchado en absoluto su honor, antes al contrario, le habría merecido toda clase de felicitaciones, ya que la fecundidad era considerada un gozo y una gloria de la unión conyugal.

María debió de recibir la embajada del ángel Gabriel poco tiempo después de sus esponsales. Convenía que fuese en primavera, ya que el acontecimiento haría salir al mundo, sobrenaturalmente, del largo invierno de la espera. La liturgia lo sitúa a finales de marzo, para poder repetir con el *Cantar de los Cantares*: *El invierno se ha ido, las*

lluvias han cesado, las flores se abren, la higuera tiene yemas, la viña se perfuma, la tórtola canta.

Sería superfluo revivir la escena. El relato del Evangelio está vivo en el recuerdo...

María está en su casa y, a la hora en que el crepúsculo envuelve en sombras la tierra, ella prolonga su oración. De pronto, el ángel se presenta. Calma su turbación y le hace partícipe del gran designio de Dios: es ella la elegida para alumbrar al Mesías. No se llena de orgullo. Piensa solamente en la felicidad que va a inundar al mundo, pero se pregunta también cómo el voto de virginidad que ha pronunciado puede conciliarse con la misión que se le pide, por lo que no duda en preguntar, con precisión y candor, la manera y las circunstancias en que se obrará el prodigio. El ángel la tranquiliza: se convertirá en madre sin perder nada de su integridad virginal, pues el Espíritu Santo en persona será el autor del prodigio. María entonces, serena ya, sabiendo que la mayor sabiduría de la criatura consiste en abrazar la voluntad de Dios, da su consentimiento: *He aquí la esclava del Señor. Hágase en mi según tu palabra.* Inmediatamente, en el seno de María, se opera la Encarnación del Verbo. Se ha consumado el gran misterio del amor de Dios. Las entrañas de María se han convertido en Tabernáculo divino.

Sin embargo, como garantía de su mensaje, el ángel le anuncia que en otro matrimonio bien conocido por ella se ha obrado otro prodigio parecido: *Y he aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido también un hijo en su vejez, y se encuentra ya en el sexto mes aquella que se llamaba estéril, porque para Dios nada es imposible.*

Esta información del ángel embajador fue para María como una señal. Estimó que era su deber, puesto que Dios se tomaba la molestia de facilitarle un signo, ir a comprobarlo personalmente, aunque, evidentemente, no pusiera en duda un solo momento la veracidad del mensaje celestial. Por otra parte, la moción del niño que acababa de concebir en su vientre la impelía hacer ese viaje: el Mesías tenía prisa en ir a santificar a su Precursor.

Al día siguiente de la Anunciación, cuando José fue a visitar a María, nada notó en ella que le hiciera sospechar el misterio a no ser, tal vez, una luz todavía más dulce en su rostro y una gravedad más atenta en su mirada. Pero María no le dijo nada: ni una insinuación, ni una alusión que pudiera hacerle adivinar el divino secreto.

Expresó, sin embargo, un deseo a su prometido: Quería visitar, lo más pronto posible, a su prima Isabel, que le había informado de su inesperado y tardío embarazo, y que, quizá, necesitara su ayuda. José, probablemente, se extrañaría de esa prisa repentina por emprender un viaje del que nada le había dicho hasta entonces, y que implicaba una separación dolorosa. No obstante, convencido de que todos los deseos de su prometida eran siempre razonables, y dispuesto como siempre a aceptar toda clase de sacrificios en prueba de su amor, no le pidió ninguna explicación, diciéndole que, a pesar de que lo sentía mucho, podía irse tranquila.

Algunos autores piensan que José la acompañó. Alegan que, como Isabel vivía lejos —posiblemente en Hebrón o en Karem, hoy Ain-Karim— y se necesitaban cuatro o cinco días de marcha para llegar, no habría dejado irse a María sola, expuesta a los riesgos de un viaje de casi treinta leguas a través de regiones inhospitalarias y malos caminos

jalonados de salteadores y bandoleros. Nada se opone a tal suposición, aunque el texto del evangelio da a entender que viajó sola. De lo que podemos estar seguros es de que el fiel guardián de María procuraría que estuviera segura. Si no la acompañó, la confiaría a un pariente o a una caravana de peregrinos que fueran a Jerusalén para la Pascua.

En cualquier caso no parece ser que asistiera al encuentro entre las dos primas y, sin duda, no escuchó a María entonar el *Magnificat*, pues de haberlo oído se habría enterado del misterio de su maternidad, acontecimiento que sólo conoció por la revelación del Ángel.

La prometida de José partió, pues, dispuesta y presurosa; sabiendo que llevaba en su seno a Aquel que la libraría de todos los peligros, nada turba su tranquilidad. A lo largo del camino irían cuajando en su alma los versículos del *Magnificat* mientras caminaba deprisa, impaciente por contar a su prima *las grandes cosas que Dios había obrado en ella*, por cantar con aquella que –según los Santos Padres– representaba a la Ley Antigua el himno de acción de gracias de los nuevos tiempos.

Durante los tres meses que va a permanecer ausente, José, con el corazón lleno de una inexpresable emoción, esperará su regreso. Los días se le hacen interminables, pero su radiante esperanza le hace olvidar su pena: piensa que pronto va a poder llevar a su casa –que acaba de amueblar y que querría convertir en un palacio– a la que Dios ha destinado para ser reina de su hogar... No sospecha en absoluto que lleva ya en su seno un germen de vida que no es otro que el Hijo de Dios encarnado. Aquel que, más tarde, hará oír esta tremenda advertencia: *El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga...*

Capítulo X

LA DOLOROSA PASIÓN DE JOSÉ

José... resolvió repudiarla en secreto (Mt 1, 19).

María –dice el Evangelio– permaneció unos tres meses con su prima Isabel y luego regresó a su casa. Este lacónico texto nos permite imaginar los sentimientos de la Virgen durante el viaje de vuelta...

Volvió feliz, pensando en José, pero su felicidad era menos clara que a la ida. Sabía que pronto su prometido advertiría su estado, y tal idea le causaba una inquietud que sólo podía paliar pensando en la gloria del Ser divino que llevaba en su seno, adorándole llena de confianza y de abandono.

Al llegar a Nazaret, José la acogería con desbordante gozo, que le impediría reparar en su estado. Sin embargo, los signos de su futura maternidad ya habrían comenzado a manifestarse y ciertos síntomas la traicionarían... Las gentes de Nazaret, al darse cuenta, no dejarían de felicitar a la joven pareja...

Es entonces cuando estalla el drama en el alma de José. Al principio, no termina de creérselo. Está a punto de rechazar como injurias las enhorabuenas, pero pronto comprende que no hay error posible. No cabe duda: María lleva un niño en su vientre... Y ante esta realidad indudable, sucumbe. Su espíritu se hunde en un abismo de agonía...

¿Dudó de la virtud de María? Bastantes Padres de la Iglesia así lo creen: San Justino, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín... Nosotros pensamos que no, pues nos repugna imaginar que la virginidad de María fuese puesta en entredicho, incluso fugitivamente, en el espíritu de José. Preferimos, con mucho, la opinión de San Jerónimo: «José, sabedor de la virtud de María, rodeó de silencio el misterio que ignoraba».

¿Cómo iba a dudar de la inocencia de María? ¿Cómo iba a creerla culpable de esa debilidad...? Rechazaría tal pensamiento como un crimen. Habría creído más fácilmente a quien le hubiera dicho que las aguas del Jordán corrían hacia su fuente o que el monte Hermón había desaparecido. La inocencia de María era patente en todas sus palabras, en todos sus gestos. Seguía siendo igual de cándida, igual de sencilla... Continuaba realizando sus tareas habituales con la misma dedicación, sin artificio ni duplicidad. Ninguna inquietud, ningún gesto equívoco, rompía la serenidad de su sonrisa o la pureza de su semblante. Cuando se acercaba a él, le miraba con sus ojos profundos, más llenos que nunca de amor y de lealtad y le tendía las manos con su naturalidad habitual... No, no es una culpable la que tiene ante él. Además, ¿no le ha hecho partícipe de su voto de virginidad?... Pero, ¿por qué no le dice nada? ¿Por qué calla? ¿No tiene acaso derecho a saber la verdad?

María, con una sola palabra, hubiera podido tranquilizar e inundar de gozo al angustiado José. Si no lo hizo, fue porque no había recibido el mandato de descubrir el secreto del Rey. Pensaría que era conveniente que, por delicadeza, no hiciera ella tal

confidencia a su esposo, y esperaría, llena de confianza, que Dios hablara a José. Y mientras esperaba, rezaría y se abandonaría en manos de la Sabiduría infinita.

Este abandono no impedía que sufriera. Si guardaba silencio era porque tenía una fe heroica, no porque fuera indiferente. Veía la profundísima angustia que atenazaba a su esposo y la sentía como propia, viviendo así su primer misterio doloroso. Observaba en su frente arrugada, en sus rasgos afilados y ensombrecidos, una especie de desesperación tanto más profunda cuanto que no podía compartirla con nadie. Sus ojos estaban enfebrecidos y fatigados, y ella adivinaba que debía estar pasando horribles noches en vela. Le veía ir a su trabajo como a rastras y, sin embargo, continuaba guardando silencio, aceptando la idea atroz de que José alimentase sospechas sobre esa virginidad que él santamente había respetado.

De hecho, en el alma de José se desarrollaba un dramático combate. Dios no ha puesto jamás en una situación como aquella a un alma superior en santidad y amada por Él con amor de predilección. Durante noches y días tuvo que luchar con aquel enigma irresoluble, dándole vueltas y más vueltas. Cada hora que pasaba estrechaba más y más el lazo que apretaba su corazón.

Al principio pensó en interrogar a María. Intentó hablarle varias veces, pero no lo logró. Las palabras preparadas para iniciar el diálogo morían antes de salir de su boca, convencido de que el silencio de su esposa encerraba un misterio cuyo velo no se creía autorizado a levantar.

Se sentía perplejo ante la doble imposibilidad de conservar a María y de condenarla. Su lealtad le prohibía tanto seguirla teniendo por esposa como exponerla a la vergüenza pública. No ignoraba la férrea norma dictada por Moisés que ordenaba, en casos como éste, entregarla a los tribunales de justicia, pero, como estaba convencido de que María era inocente, buscaba la manera de dejarla en libertad salvaguardando al mismo tiempo su honor.

Por una parte no podía conservarla, pues a ello se oponía la Ley. No tenía ningún derecho sobre el fruto que llevaba en sus entrañas, cuyo origen ella le ocultaba, y tampoco quería hacerse solidario de un misterio que le estaba vedado. Se sentía incapaz de construir su matrimonio sobre una mentira.

Por otra parte, no quería tampoco tratar a María como a esas adúlteras a que se refería la Ley. El texto del Evangelio lo señala claramente: Porque era «justo», no quería denunciar a su prometida ante los tribunales, ya que estaba envuelta en un misterio que no le correspondía desvelar, un misterio que presentía que venía de Dios.

Así pues, sólo una cosa podía hacer, incluso a riesgo de difamarse él mismo. Una cosa con la que creía salvaguardar al mismo tiempo el honor de María y la obediencia a la Ley: Se separaría de su prometida no por despecho, sino para respetar un misterio que no le estaba permitido desentrañar. No tendría más remedio que abandonarla, después de devolverle su anillo y de recuperar los presentes que le había hecho en los esponsales... Sí, la dejaría en secreto, sin decir nada a nadie. Tal vez le acusaran de cobardía, pero eso era mejor que acusarla a ella...

Pero José tarda en ejecutar su proyecto. Lo aplaza día tras día, hasta que llega el

momento en que la situación ya no puede prolongarse. Dios, sin duda, ha aceptado su sacrificio –puesto que nada dice–, un sacrificio tan duro como el que pidió a Abraham mandándole sacrificar a Isaac, su único hijo. Por fin, se decide: Mete en un saco lo que se va a llevar, para partir con el alba... Y mientras espera, dice: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué permites que sufra tal martirio?...»

Porque eras agradable a Dios, José, la tentación había de probarte. Porque en la mente del Altísimo estabas predestinado a ser abogado de las causas perdidas, hacia quien volverán sus ojos las almas doloridas en las horas tenebrosas y aplastantes, era preciso que tú mismo lo experimentases, que estuvieras preparado para desempeñar tu papel.

Porque te había correspondido el indecible honor de ser padre adoptivo del Verbo encarnado, tenías que quedar marcado con la Cruz, signo supremo de su Redención. Y esa Cruz debía alcanzarte en el punto más sensible para ti: el amor que profesabas a aquella que, después de Dios, ocupaba el centro de tus pensamientos...

Porque debías ocupar un lugar privilegiado en el drama de nuestra Salvación, tenías que participar en el sufrimiento. No ibas a estar presente, al lado de María, junto a la Cruz del Gólgota, pero tenías que conocer, tú también, y vivir por anticipado, el misterio de Getsemaní y del Viernes Santo.

Sin embargo, tranquilízate, José: pronto se te aparecerá un ángel que apartará la espada, porque Dios se va a contentar con aceptar tu holocausto sin exigir que se realice...

Capítulo XI

EL ANUNCIO A JOSÉ

No temas recibir en tu casa a María, tu esposa... (Mt 1, 20).

Dios había conducido a José hasta el borde de la sima de la desolación, hasta el límite en que el sufrimiento, colmado, no se puede superar. El momento de la atroz separación había llegado.

A la espera de partir en secreto, antes de que amanezca, Dios ha permitido que José, rendido de cansancio y de dolor, se duerma. Y de repente, mientras duerme, un ángel del Señor se le aparece.

Parece razonable presumir que este ángel fuese Gabriel, el mismo que se había aparecido a María para anunciarle la concepción del Salvador, ya que habría sido designado por Dios para ejecutar todas las órdenes concernientes al misterio de la Encarnación.

Habiendo tomado esta resolución –dice San Mateo en su evangelio–, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados...

«José, hijo de David», le dice el ángel. El pobre carpintero de Nazaret, consciente tan sólo de su pequeñez, es llamado con el máximo respeto. Le saluda como descendiente de reyes, le da su título de nobleza, pues ha llegado el momento de recordar las promesas que fueron hechas a su antepasado el rey David y que han empezado ya a cumplirse.

«No temas recibir en tu casa a María, tu esposa». Si José estaba dispuesto a abandonar a María, no era por indignación o despecho, sino por temor. Temía que, quedándose, pareciera que asumía una paternidad a la que no tenía derecho, que se inmiscuía indiscretamente en un misterio que no le concernía, ofendiendo así al Señor.

«Pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo». Esta frase proporciona la clave del enigma y revela la prodigiosa grandeza de lo que se ha realizado en el seno de María. Se trata de una concepción que tiene por autor al Espíritu Santo. El Dios eterno ha intervenido allí donde no había lugar para la carne y la sangre.

«Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados». Aunque José no haya participado en la concepción, no deberá considerarse por eso como un extraño respecto al niño. Antes al contrario, se le anuncia que ejercerá el oficio –con todos sus derechos– de un auténtico padre, en especial el de darle un nombre. Ese nombre designará su misión, pues «Jesús» quiere decir «Salvador»: viene a la tierra, en efecto, para librar a los hombres de la peor esclavitud: la del pecado. Y con ello afirmará su naturaleza divina, pues ¿quién puede librar a la humanidad de su pecado sino Dios?...

José no tuvo oportunidad de dialogar con el ángel como María en el momento de la

Anunciación. Recibe el mensaje de Dios mientras duerme, pero eso le basta para disipar sus temores. Es como el centurión del Evangelio que está acostumbrado a obedecer y a que le obedezcan sin resistencia alguna. Aunque la visión se ha producido en sueños, hay motivos para pensar que fuese una visión de carácter profético, sin lugar para la ilusión o la duda, que llevaba en sí misma la certeza de una procedencia divina. José estaba seguro de que no ha «soñado» en el sentido vulgar del término: es Dios quien se ha dirigido a él por mediación de un ángel.

Inundado de felicidad, se despierta inmediatamente. Le invade una alegría desbordante, equivalente a su anterior angustia. Las sombras desaparecen, la tempestad se disipa. El lazo que anudaba su corazón se rompe y, liberado de su tortura, exulta de júbilo. Todo se ilumina a sus ojos, todo resplandece. Se da cuenta de que Dios le ha confiado no sólo lo más valioso del mundo, sino también –en frase de Monseñor Gay– «lo que vale más que todos los universos posibles...». Comprende que el niño que se ha encarnado en el seno de su prometida es el Mesías, por cuya venida tanto ha rezado. Se acuerda del texto de Isaías: *Una virgen concebirá y alumbrará un hijo...* Y esa Virgen profetizada es María, lo cual no le sorprende, pues conoce mejor que nadie su santidad y sus virtudes. Sí, es digna de convertirse en tabernáculo del Altísimo...

Al mismo tiempo, se dibuja ante sus ojos el papel que le ha sido asignado. Se da cuenta de que, lejos de dejar de ser su esposa al convertirse en madre del Hijo de Dios, lejos de seguir considerándose como un intruso, Dios mismo le ha encargado salvaguardar, con su presencia, el honor de María y del niño, asegurarles con su entrega la necesaria protección. Sin él, el misterio de la Encarnación habría carecido de su armoniosa expresión.

Su misión se le presenta como soberanamente grave. Es un peso exaltante y abrumador a la vez. Se pregunta cómo él, simple trabajador aldeano, ha podido ser elegido para tal tarea y, lejos de enorgullecerse, se siente penetrado de la conciencia de su bajeza y miseria. Pero sabe que Dios lo quiere así y que, en adelante, deberá callar sus temores y sus dudas. Está dispuesto a encarar esa responsabilidad, convencido de que Dios le ayudará.

Enseguida, pues, acepta su misión. No es su costumbre responder a los favores del cielo con protestas de incapacidad. Estima que es más urgente, cuando Dios habla, responder a su llamada con presteza y sin vacilaciones.

Al despertar José de su sueño –dice el Evangelio–, *hizo como el ángel del Señor le había mandado*. Puede imaginarse lo que, en concreto, significan estas palabras. Se apresura a vaciar el saco de viaje y, en cuanto amanece, corre a casa de su prometida. María, que le abre la puerta, comprende inmediatamente, viendo la expresión de su cara, su sonrisa radiante, que Dios le ha revelado el misterio. Es lo que, por supuesto, le anuncia contándole la visión del ángel. María, por su parte, informa, por primera vez a una criatura humana, de la escena que precedió a la Encarnación del Verbo.

Al terminar, José, posando sus ojos, llenos de ternura y de respeto, en el rostro de su esposa, quien, a causa del misterio operado en ella le parece más bella, más pura y más divina, la saludaría como la Flor de Jessé, que, según la profecía, contenía, en germen, la

esperanza de los tiempos futuros. Y, por primera vez, haciéndose eco de las palabras que María había escuchado en la Anunciación y en la Visitación, entonaría la alabanza que los labios humanos habían de repetir incesantemente hasta el fin de los siglos: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Y María respondería, a su vez, repitiendo una vez más los versículos del *Magnificat*...

Luego, hablarían de la ceremonia nupcial, manifestándose de acuerdo en la conveniencia de celebrarla cuanto antes, no sólo porque fuera oportuno socialmente, sino también, y sobre todo, porque José tenía prisa en obedecer las órdenes del cielo y poner así de manifiesto que deseaba incorporarse de lleno al misterio inefable en que Dios había querido implicarle. Deseaba mostrar que aceptaba la paternidad legal del niño y que ocupaba el lugar que se le había asignado. Ella le pertenecía ya, pero cuando él había pronunciado el «sí» de los esponsales, no había dado más que un asentimiento a su unión con una mujer virgen. Ahora, sin embargo, esa virgen se había convertido en madre del Mesías y Dios mismo le había pedido que la aceptara tras –si se puede hablar así– esta divina metamorfosis. Por eso, arde en deseos de pronunciar un nuevo «sí» que le asocie definitiva y plenamente a los imprevisibles destinos –tal vez dolorosos– de la Corredentora del género humano...

Capítulo XII

EL ESPOSO DE MARÍA

*Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús...
(Mt 1, 16).*

El Evangelio de San Mateo nos dice que José, tras la aparición del ángel, hizo lo que le había sido indicado: recibió a María en su casa. Lo cual quiere decir que debía ser, en efecto, sólo la prometida de José, ya que las costumbres no le permitían tenerla en su casa hasta la boda. Así pues, se apresuraría a ratificar mediante el matrimonio la unión que había acordado con ella el día de los esponsales.

Se conoce con bastante precisión cómo se desarrollaban entonces entre los judíos las ceremonias nupciales. Ni qué decir tiene que María y José, respetuosos con los menores detalles de la Ley, observarían exactamente todas las costumbres y ritos tradicionales.

María llevaría el atuendo en uso: una larga túnica multicolor cubierta por un amplio manto. Bajo su velo y ciñendo su pelo cuidadosamente dispuesto, una corona sobredorada.

Al caer la tarde, montaría en un palanquín y la conducirían a la casa de José. Los invitados a la boda, vestidos de blanco, con un anillo de oro en el dedo, la escoltaban, y un grupo de jóvenes doncellas la precedían con una lámpara encendida, mientras otras ondeaban ramas de mirto sobre su cabeza.

Los habitantes de Nazaret, avisados por el sonido de las flautas y los tamboriles, se apretaban curiosos, en las terrazas y a lo largo de las calles para aplaudir a la desposada. Nadie sospechaba que se trataba de la elegida de Dios, en cuyo seno habitaba ya el Mesías, objeto de todos los deseos y anhelos de la nación.

José esperaría a María en el umbral de su morada, vestido también de blanco y coronado de brocado de oro. Uno y otro, ya dentro de la casa, intercambiarían sus anillos y se sentarían mirando a Jerusalén, María a la derecha de José, bajo un dosel o nicho ricamente adornado con objetos dorados y telas pintadas.

Tras la lectura del contrato de sus esponsales, beberían en el mismo vaso, roto enseguida en su presencia con un gesto que significaba que debían estar dispuestos a compartir sus penas y alegrías.

El banquete se desarrollaría en la hospedería de Nazaret, y las fiestas se prolongarían, en un clima de desbordante jolgorio, durante varios días.

José y María ya se pertenecían. Estaban unidos ante Dios y ante los hombres. Dios se había reservado a María, pero se complacía en dar a un hombre mortal, a José, un derecho matrimonial sobre esta criatura privilegiada, bendita entre todas las mujeres. Ponía en sus manos a la que había creado con tanto amor, en la que había pensado desde toda la eternidad, a la que iba a hacer suya con tanto celo.

No había, sin embargo, desigualdad entre los dos esposos. El matrimonio era ajustado. Indudablemente, María, llamada a ser Madre de Dios y elevada por la gracia a la altura de esta función, superaba ampliamente en santidad a José, pero José había oído

del ángel estas palabras tranquilizadoras: «No temas tomar a María por esposa...».

El significado de esta frase, que ya hemos comentado, puede interpretarse así: «Cálmate. Tú eres el que Dios ha escogido para esposo de la que acaba de concebir por obra del Espíritu Santo. Estarás a la altura de tu misión. Ser esposo de la Madre de Dios sería una función aplastante sólo para las fuerzas humanas, pero lo que es imposible para los hombres, es posible con la ayuda de Dios. Tú recibirás las gracias necesarias».

José y María son esposos realmente, no se trata de una simple ficción. Al contrario: nunca, en la tierra, se ha visto una pareja de almas llamadas a vivir juntas unidas por un tan maravilloso amor.

Se aman, por supuesto, sobre todo en Dios. Sus corazones latén al unísono con ternura recíproca bajo la inspiración del Espíritu Santo. Su única ambición es unirse más y más a la voluntad de Dios tres veces Santo; es la aspiración esencial de su ser. El amor del Altísimo constituía la base de su alianza.

Pero es precisamente esto lo que da al amor humano toda su fuerza y su belleza. El apóstol San Pablo dice en la Epístola a los Romanos (8, 38): *Porque persuadido estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro...* Un clamor semejante hace vibrar constantemente el corazón de Jesús y de María. Así como el amor de Dios es incorruptible –dicen–, así nuestro amor es invencible, puesto que se alimenta del de Dios. Y, en consecuencia, se afanan por complacerse mutuamente, tanto más cuanto que esta actitud, lejos de apartarles de Dios, les une a El más y más.

Había sido así desde que se hicieron las primeras promesas. José creía entonces que su amor a María no podría crecer más, pero tras la revelación del ángel aumentó considerablemente. La fuerza de su amor se redobló hasta tal punto que se sentía como un hombre nuevo. Las perfecciones de María se embellecieron a sus ojos porque el niño que llevaba en su seno era el Dios de las promesas, hacia el cual tendían todas sus aspiraciones y deseos: la contemplaba y la veneraba como una nueva Arca de la Alianza, tabernáculo del Santo de los Santos.

María, por su parte, se sentía ligada a él, como al representante de la autoridad de Dios, escogido para ser su coadjutor en el misterio de la Encarnación. Le presta, pues, una confianza y un cariño llenos de deferencia, de sumisión tierna y afectuosa.

Han hecho ambos votos de virginidad, pero eso les une más estrechamente. Precisamente porque su amor es virginal y la carne no tiene en él parte alguna, se encuentra protegido frente a los caprichos, las inquietudes, las amarguras y las decepciones. Las vírgenes tienen una ternura que no conocen los corazones marchitos. Desconocen lo que San Pablo llama «las aflicciones de la carne» en su Carta a los Corintios (1, 7, 28). Santos de cuerpo y espíritu, se aman con un amor capaz de todas las riquezas, de todos los matices. «Oh, Santísima Virgen –exclama Bossuet–, tus llamas son tanto más vivas cuanto que son más puras y más sueltas, y el fuego de la concupiscencia que arde en nuestro cuerpo no puede igualar jamás el ardor de los castos abrazos de los espíritus que el amor a la pureza une».

Por otra parte, nos equivocáramos si pensáramos que su atracción recíproca era solamente mística, que su afecto no tenía nada de sensible. No tenemos ningún motivo para negarles esa limpia ternura que hace palpar el corazón, esa dulzura amorosa que ilumina el corazón de los esposos.

¿Presentía José que a causa de su misión María sería llamada un día por el mundo entero «causa de nuestra alegría»? En cualquier caso, en cuanto la instaló en su casa para vivir con ella una vida en común que sólo la muerte podría interrumpir, María se convirtió para él en fuente de desbordante alegría.

Y mientras que él la rodea de cuidados y atenciones que para ella formarán parte de ese tesoro de pensamientos y de recuerdos que conservará en su corazón, María, por su parte, se comporta como una esposa amorosa y dulce, cuya entrega pronta y alegre está atenta a los menores detalles.

Hay entre ellos una admirable emulación para servirse mutuamente: «Soy tu servidora», dice María. «No —responde José—, soy yo el designado por Dios para servirte».

Y mientras María cose y borda la canastilla del niño, José hace la cuna de madera donde reposará el Hijo del Altísimo, el Rey del Universo, el Salvador del Mundo.

Capítulo XIII

BELÉN

José subió... a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén... (Lc 2, 4).

No se puede tratar de imaginar sin emoción en qué intimidad pasarían María y José los meses que les separaban del esperado nacimiento. Es muy probable que los dos juntos, con el rollo de los profetas en la mano, tratarían de escrutar los oráculos divinos concernientes a la venida del Mesías, no por vana curiosidad, sino para encarar mejor preparados el próximo acontecimiento. Y sobre los textos proféticos que parecían referirse al niño que María sentía ya palpar en ella, proyectaban el nombre de Jesús.

Unas palabras de Miqueas (5, 1), que precisaba que Belén sería donde había de nacer, les dejaba sorprendidos y en suspenso:

*Pero tú, Belén de Efratá,
pequeña entre los clanes de Judá,
de ti me saldrá quien señoreará en Israel,
cuyos orígenes serán de antiguo,
de días de muy remota antigüedad.*

Miqueas, ciertamente, no había podido equivocarse, pero ellos se preguntaban cómo era Belén el lugar designado, y no Nazaret...

Y he aquí que, una mañana, un pregonero que recorre el pueblo haciendo sonar un cuerno anuncia que el emperador Augusto acaba de ordenar que se haga un nuevo censo de sus súbditos; así pues, según la costumbre, ya que la organización del Estado judío reposaba sobre la división de los ciudadanos en tribus, razas y familias, deberían inscribirse no en el lugar de su nacimiento o en su domicilio actual, sino en aquel del cual su familia era oriunda, donde se conservaban los registros civiles de sus antepasados.

Es probable que este edicto de Augusto tuviera una intención vejatoria. «El emperador quiere contar a los hijos de Israel como se cuentan las cabezas de ganado», comentarían los judíos, y tal vez hubiera manifestaciones de cólera y de indignación.

En cuanto a María y José, lejos de pensar en discutir los decretos de una autoridad a la que Dios había permitido que estuviesen sometidos, escucharían con el corazón palpitante la proclamación de la ordenanza imperial. ¿Acaso no era de Belén su antepasado David...? Tendrían, pues, que inscribirse en el censo en aquella ciudad, donde debía cumplirse providencialmente la profecía de Miqueas... Porque también María debería trasladarse a Belén, bien por ser hija única, heredera de sus padres, bien porque la obligación de presentarse personalmente se extendiese a las mujeres, que de los 12 a los 60 años estaban sometidas al impuesto.

Así pues, hicieron sus preparativos de viaje y se pusieron en camino. Es probable que José tuviese un asno, que utilizaría para buscar madera y llevarla a su taller. Las

imágenes tradicionales nos los muestran en ruta, María a lomos del asno y José caminando al lado, con un cayado en la mano y un saco de viaje a la espalda.

De Nazaret a Belén hay unos 120 kilómetros, lo que representa cuatro o cinco jornadas de marcha por Betulia, Siquem, Betel y Jerusalén; pero como era invierno, el viaje resultaba más penoso e incómodo, si bien es de suponer que María, en virtud de su milagrosa maternidad, se viese libre de las molestias del embarazo.

Tal vez hicieran un alto más prolongado en Jerusalén para visitar el Templo y rezar en él. Escucharían a los fieles cantar con voz plañidera las quejas de su espera mortal («¿Cuándo, Señor, piensas enviarnos el libertador prometido?»), y pensarían que muy pronto esos gemidos iban a cesar. ¡Cómo les habría gustado gritar que el Salvador estaba allí, a su lado! Oculto todavía, sí, pero pronto nacido en Belén, tal y como estaba escrito...

El último día de marcha, los dos viajeros divisaron Belén sobre su redondeada colina, en medio de viñas y de huertos opulentos que le habían valido el título de Efratá, «la fructuosa, la fértil», y enseguida pensarían en su tatarabuelo David, que había vivido allí, y en su Descendiente, que allí también había de nacer...

Llegados a la población, se someterían sin tardanza a las obligaciones del censo, observando a la letra el precepto del que habría de decir: *Dad al César lo que es del César...* Se colocan en la fila que espera para inscribirse, donde todos fingen no darse cuenta de que la joven está encinta para no dejarla pasar antes, y José tiene que vigilar para que la muchedumbre impaciente y egoísta no la empuje ni la aplaste... Por fin, logran llegar hasta los escribas, rodeados de soldados con capas rojas. Les hacen las preguntas pertinentes y José responde dando su filiación completa: «José, carpintero, de Nazaret, de la familia de David. Mi mujer, Miriam, de la misma familia...». Quienes les oyen y les ven exhibir sus pergaminos, los miran con curiosidad, preguntándose cómo los descendientes de un linaje tan noble pueden tener tan humilde apariencia. El escriba, por su parte, deseando terminar de una vez, registra los datos con indiferencia, sin sospechar en absoluto que a causa de esta pobre pareja el mundo se ha puesto en movimiento para que se cumplan las profecías...

José hace sin murmurar el juramento de fidelidad y paga el tributo. Luego, se pone a buscar alojamiento, lo que resulta muy difícil, pues la ciudad está llena de gente venida para el censo. Abriéndose camino en medio de la turba de viajeros, se dirige a la hospedería y pregunta al posadero, cortésmente, si le queda algún lugar para pasar la noche. No es exigente; si estuviera solo, ni le molestaría, se contentaría con cualquier rincón, pero le acompaña su joven esposa que espera un niño de un momento a otro y necesita una habitación independiente y tranquila.

El posadero, con aire altivo, mira de hito en hito a los dos viajeros, que esperan con timidez una respuesta. Se da cuenta de que se trata de pobres gentes y piensa que no podrán pagarle mucho. Así pues, dice a José que lo siente en el alma, pero que su casa está llena a rebosar.

José, con el corazón angustiado, continúa preguntando, acompañado de María. Camina por las calles llamando a todas las puertas, pero nadie le hace caso. Lejos de

apiadarse, las gentes le rechazan a causa del embarazo de María. Nadie quiere cargar con las molestias de un posible alumbramiento.

Es conocido el célebre cuadro de Luc Olivier Merson: Es de noche y Jose está en el umbral de una puerta a la que acaba de llamar. En el marco de una ventana aparece alguien que le intima a seguir su camino. Mientras tanto, María, arrodillada en plena calle, vuelve la cabeza como pidiendo al Niño que va a nacer que perdone a los hombres que se niegan a recibirlo.

María y José no se quejan. Saben excusar a todos. Más bien se lamentan de ser inoportunos.

Alguien, por fin, les indica un refugio: una especie de cueva horadada en la roca – semejante a tantas otras de las montañas calcáreas de Judea– que se utiliza como establo y como refugio de mendigos. Sin otra posibilidad, allí se dirigen.

Era, en verdad, un lugar miserable, oscuro y mal ventilado. Un olor acre, a humo y excrementos, se agarra a la garganta. Un lecho de paja semipodrida cubre el suelo. Pegados a la roca, se ven varios pesebres, y, según una tradición piadosa, hay una mula y un buey.

La indignidad del lugar agarrota el corazón de José. «Belén –ha escrito el P. Faber– fue su Cruz». Se cree y se declara responsable de todo. Se acusa ante Dios y ante su esposa, pero María le consuela y le reconforta. Le dice que el misterio de estas deplorables humillaciones responde a un designio providencial del Señor. Conviene que Dios, al venir a liberar a los hombres de sus pecados, comience por darles ejemplo de desprendimiento. Le invita, pues, a arrodillarse y a repetir juntos el *Magnificat*, ese himno de acción de gracias que tiene siempre en los labios...

Capítulo XIV

LA NOCHE TACHONADA DE ESTRELLAS

*Encontraron a María, a José y al Niño acostado en un pesebre
(Lc 2, 16).*

Llegados al establo, José se dedicó a acondicionar, en la medida de lo posible, el miserable refugio. Alumbró un candil y lo colgó de un clavo en la pared; barrió el suelo en un rincón y, con un poco de paja limpia, preparó a María una especie de lecho.

María le había dicho que creía que el niño estaba a punto de nacer y José comprendió que Dios, que la había fecundado, debía ser el único testigo de un alumbramiento cuyo carácter maravilloso no podía imaginar. Así pues, salió para buscar no lejos de allí otro lugar abrigado bajo la roca, pero no pudo dormir: su corazón palpitaba de emoción. Pronto, un presentimiento le hizo comprender que ya podía volver al establo. Corrió hacia él, empujó la puerta carcomida y a la débil luz del candil pudo vislumbrar una escena grandiosa en su sencillez: El niño acababa de nacer; su Madre, a falta de otra cosa, le había recostado sobre la paja de un pesebre y, de rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos ante la cuna improvisada, parecía sumida en un éxtasis de adoración. Cerca también del niño, rumiaban dos animales como queriendo templar con su aliento el rigor de aquella noche invernal.

María, sin perder su integridad virginal y sin necesidad de ninguna ayuda, le había dado a luz milagrosamente: no había tenido que pagar los tributos a que ordinariamente se ven obligadas otras madres. Con sus propias manos, lo había envuelto en pañales y reclinado en el pesebre. Había nacido en plena noche, como haciendo eco a la palabra profética: *El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande. Sobre los que habitan en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz (Is 9, 2)*. Los días de invierno dejaban de ser cada vez más cortos, el sol iniciaba el regreso de su largo viaje.

María, al oír llegar a José, se volvió hacia él y le sonrió. Luego, tomando el cuerpo minúsculo del niño del fondo del estrecho pesebre, se lo entregó...

Imaginando esta escena, no se puede por menos de pensar en otra parecida que puso fin al paraíso terrenal: Eva ofreciendo a Adán el fruto prohibido. Ahora, en Belén, la segunda Eva entrega a José, y en su persona a todos los hombres que han de ser salvados, el fruto bendito de su vientre...

José aparece así como el primer beneficiario del nacimiento de Jesús. Por otra parte, el gesto de María, ofreciéndole antes que a nadie el niño, le designa a nuestra veneración como el primero en grandeza en el orden espiritual.

Hay que reconocer que los niños, al nacer, son más bien feos: una pequeña masa de carne enrojecida y llorosa que carece de la gracia encantadora que tendrán después. El hermano de todos los niños rescatados por Él no sería una excepción. Con todo, José no duda en reconocer en él al Hijo de Dios, diciéndole a María, convencido, que es el niño más bello del mundo...

Tomando, pues, al niño en sus brazos, le apretó contra su pecho mientras se le

saltaban las lágrimas de emoción. Luego, temiendo hacerle daño, sintiéndose indigno de tanto honor, se lo devolvió a María, y se entregaron ambos a una dulce vigilia de oración y contemplación. No se cansaban de mirar aquel frágil angelote de cuyos labios se escapaban débiles vagidos. No se diferencia en nada de los demás niños, a no ser que, en el terreno de la pobreza, nadie, al nacer, podía disputarle el primer puesto.

¿Era posible que ese niño fuese el Enviado de Dios, ese Mesías regio cuya gloria había cantado su antepasado el rey David? *El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, engendrado desde toda la eternidad. Pídemelo y te daré las naciones en herencia y por dominio la tierra entera hasta sus últimos confines (Salmo 2).*

En aquel momento, la espera del Mesías era universal, pero nadie habría imaginado que su advenimiento pudiera ser tan humilde. Israel vivía bajo la opresión de la dominación romana. Por eso, los judíos pensaban que el liberador prometido por Dios vengaría el orgullo nacional: sería terrible y triunfante, rico y poderoso; pondría a Israel al frente de las naciones y le aseguraría la fuerza, la riqueza, la abundancia y la prosperidad. ¿Cómo, pues, creer en un Mesías que no tendría cetro ni corona, armas ni palacios, y cuyo nacimiento recordaba el de un vagabundo...? «En el estado en que le vio José —dice Bossuet—, me cuesta comprender cómo creyó tan fielmente en él».

Pero la fe de José es inexpugnable, no vacila ni conoce ningún cambio. Aparte de que su vida anterior de justicia, de pureza y rectitud ha sido una larga preparación para el reconocimiento del Mesías, todo lo que María le ha revelado ilumina el espectáculo que tiene ante sus ojos con una luz sobrenatural. Comprende que bajo aquella apariencia humilde se oculta una insondable riqueza. No duda en adorar a quien, prisionero en sus pañales, viene a liberar a los hombres, a quien, iluminado por la pálida luz de un candil en la tierra, habita en el cielo rodeado de una luz inaccesible.

Como María le ha enseñado en su *Magnificat*, exalta la potencia y la inmensidad divinas en la misma medida en que se ocultan bajo una pequeñez desconcertante. Reconoce en el recién nacido, que no es capaz de expresarse más que mediante sonidos ininteligibles, la Sabiduría increada del Verbo que el Padre pronuncia en un eterno Hoy.

Su fe traspassa las apariencias y penetra hasta la divinidad. Sus labios se abren para pronunciar los títulos que el Ángel de la Anunciación ha enumerado: Hijo de David, Hijo del Altísimo, Aquel cuyo reino no tendrá fin, Hijo de Dios, Jesús-Salvador...

Este divino niño que a guisa de palacio y de manto real se envuelve en pañales y nace en un establo, cuya única aureola son unas briznas de paja, baja del cielo para enseñar precisamente a los hombres que la verdadera grandeza no necesita brillantes escenarios, que se oculta bajo sencillas apariencias, y que la verdadera riqueza reside en el desprendimiento.

Si los habitantes de Belén no le han recibido en sus moradas, es porque quiere mendigar nuestro amor, no imponerlo. Si llora es porque quiere lavar con sus lágrimas nuestra alma.

José, probablemente, no comprende del todo estos misterios, pero le basta con presentirlos para emocionarse. Los adora en silencio, que es su primer cántico religioso. Pero al tiempo que adora, se afirma en él la conciencia del ministerio que deberá ejercer:

Dios le ha confiado a Su Hijo para ponerle bajo su protección. ¡Con qué fervor responde a las exigencias de esta vocación!

Cuando contempla recostado en el pesebre al niño del que debe ser tutor, afluyen a su corazón sentimientos de fuerza y de calma; se llena de tanta emoción como si fuera de su misma sangre; tendrá para él entrañas de padre. Lo que no es por la naturaleza, lo será por la fuerza del amor. Sólo vivirá para él. Renueva a Dios la promesa de darle todos los instantes de su existencia, la fuerza de sus brazos, el sudor de su frente, la sangre de sus venas. Sólo le pide su gracia, para poder estar a la altura de su misión.

Capítulo XV

LAS PRIMERAS GOTAS DE SANGRE DEL SALVADOR

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al niño... José le puso por nombre Jesús (Lc 2, 21; Mt 1, 25).

Mientras que María y José, incansables, continuaban en contemplativa vigilia junto al Hijo de Dios encarnado, los Ángeles del Señor, no lejos de allí, en lo hondo de un valle, se aparecían a un grupo de pastores que cuidaban de sus rebaños. Escuchad la gran noticia –les dijeron– y *alegraos. Os ha nacido un Salvador. Le reconoceréis por estas señas: está envuelto en pañales y recostado en un pesebre.*

Las primeras invitaciones que Dios hacía en la tierra para ir a visitar a su Hijo revestido de la naturaleza humana iban dirigidas a los más pequeños, a los humildes de recto corazón, a los que los Salmos llaman «los pobres de Yahvé»: los privilegiados cuyo oficio les identificaba con el antepasado del Mesías, David, el rey-pastor; aquellos entre los cuales se colocaría también Aquel que un día habría de decir: *Yo soy el Buen Pastor...*

Los pastores respondieron inmediatamente a la invitación. No les fue difícil encontrar al recién nacido que el ángel les había descrito. Varias personas se encargarían de informarles. Les dirían que, efectivamente, un hombre, al anochecer, había llamado a varias puertas pidiendo albergue para él y su joven esposa, la cual estaba a punto de dar a luz, pero que, no habiendo logrado su propósito, les habían visto dirigirse hacia un establo horadado en la roca... Y allí, en efecto, los pastores encontraron *a María y a José con el niño*, como nos cuenta el Evangelio.

José les recibiría y les contaría en pocas palabras cómo se había visto obligado a buscar cobijo en tan miserable lugar; luego, les llevaría hasta su esposa...

Cuando María, con expresión radiante, ejerciendo por primera vez ante los hombres su función de Madre de Dios y Mediadora, tomó en sus brazos al recién nacido para que lo vieran, José acercaría el candil al rostro del pequeño, e, instintivamente, los visitantes se postrarían de rodillas.

A José, esta intervención de los pastores le parecería como una visita del mismo Dios. Su corazón se inundaría de emoción, pues planeaba sobre el establo un no sé qué de grandioso entre tanta simplicidad. Luego, recibiría con gratitud los presentes de los pastores: leche, manteca, miel, lana, un corderillo tal vez... Finalmente les preguntaría también si conocían alguna morada más decente en Belén. Y mientras los pastores volvían junto a sus rebaños llenos de alegría, contando a todo el mundo lo que habían visto y oído, José se dirigía a Belén para inscribir al niño en el registro civil y visitar una casa vacía que le habían indicado, de cuyo emplazamiento habla la tradición. Allí, al parecer, debió vivir la Sagrada Familia luego de abandonar el establo.

También se informaría sobre la posibilidad de ganarse la vida en Belén, pues pudiendo trabajar, se habría avergonzado de vivir de limosna. Además, la estación

lluviosa y fría no hacía aconsejable regresar a Nazaret hasta que el niño fuese un poco mayor.

Es seguro que la Sagrada Familia permaneció en Belén hasta su huida a Egipto; incluso al volver del exilio, José pensó quedarse allí definitivamente. Tal vez creyera que así cumpliría mejor su misión, pues las Sagradas Escrituras designaban a Belén, la ciudad de David, como privilegiada entre todas. Pensaría, pues, que allí, después de nacer, debía vivir el Mesías a fin de que los hombres le reconocieran.

Al cumplirse el octavo día a partir del nacimiento, era preciso, según la Ley, circuncidar al niño. Era un rito que Yahvé había prescrito a Abraham para que su sello quedase impreso en la carne del pueblo elegido en señal de perpetua alianza.

José hubiera podido pensar que, como el recién nacido era Hijo de Dios, no tenía necesidad de someterse a ese rito, pero comprendía que no había llegado el momento de revelar su identidad. Si Dios había querido ocultar el misterio de su nacimiento bajo el velo del matrimonio, el sustraerse ostensiblemente a las leyes de Israel hubiese sido contradecir los designios de Dios.

Según la costumbre, convocaría a los parientes y amigos que habitaban en los alrededores, entre ellos, probablemente, Zacarías e Isabel, dando, con tal motivo, una pequeña fiesta familiar semejante a las que se celebran hoy con ocasión del bautismo.

A José correspondía –y no a un sacerdote, como el arte ha hecho suponer– el honor de imprimir en el cuerpo del niño el signo tradicional del pueblo de Dios. Al hacer la incisión, diría: «Bendito sea Yahvé, el Señor, que ha santificado a su bienamado desde el seno de su madre y grabado su Ley en nuestra carne. Marca a sus hijos con el signo de la Alianza para comunicarles las bendiciones de Abraham, nuestro padre». Y los asistentes responderían con el salmista: «Bienaventurado el que has escogido para hijo».

Al tiempo que José hacía la incisión, pronunciaría el nombre que el cielo, lo mismo que a María, le había ordenado imponerle. A María, el ángel de la Anunciación le había dicho: «Darás al hijo que alumbrarás el nombre de Jesús». Y a José: «María dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús». En este punto, pues, Dios había conferido a José un derecho igual al de María, afirmando así que la autoridad que tenía sobre el niño era la de un verdadero padre, pues se trataba, en este caso, de una función paternal.

No es necesario creer que José, al cortar la carne e imponer un nombre al niño, tuviese una noción clara y precisa del valor simbólico de lo que hacía. Se contentaría, quizá, con deplorar el tener que hacerle sufrir, aunque actuase con espíritu religioso de plena obediencia a la Ley. Su corazón sufriría al oír llorar al niño y ver correr su sangre. Es a nosotros a quienes corresponde penetrar en el significado del rito realizado por José.

En el pueblo hebreo, el nombre tenía una importancia primordial: su significado provenía generalmente de las circunstancias del nacimiento del niño o del futuro que se le pronosticaba. En este caso, sin embargo, era Dios mismo quien había escogido para su Hijo el nombre que había de tener, dejando a José la gloria de imponérselo: se trataba de un nombre que era la expresión exacta de su misión de Salvador, nombre que figuraría un día en la inscripción clavada en la Cruz y del cual nos dirá San Pablo que está por encima de todo nombre y que, al pronunciarlo, toda rodilla debe doblarse en el cielo, en

la tierra y en los infiernos; un nombre, en fin, que multitud de hombres habrían de repetir con alegría y lágrimas de amor hasta la consumación de los siglos.

El nombre de Jesús era bastante corriente en Israel. Otros lo habían tenido y lo tienen todavía. Había sido el de Josué, hijo de Nun, y el del hijo de Josadech, pero esas figuras anunciaban al que vendría a salvar no de la miseria, el cansancio o el exilio, sino del pecado y la muerte eterna. Sabiendo a ciencia cierta que el destino del niño verificaría el nombre que le iba a imponer –pues ese nombre estaba como inscrito en su carne– le dijo por primera vez: «Te llamarás Jesús». Que es como si le hubiera dicho: «Serás el Salvador del mundo. Hacia ti tienden todas las esperanzas de salvación expresadas en las Escrituras».

Y como José era ministro de un Dios que quería que su Hijo viniese a la tierra bajo el signo del dolor, era preciso que la imposición del nombre estuviese acompañada de un comienzo de sufrimiento. Uniendo, pues, el gesto a la palabra, inauguró el misterio de la redención del mundo haciendo verter las primeras gotas de esa Sangre redentora que tendría todos sus efectos en la Pasión dolorosa. Hizo brotar de su fuente el río de salvación y de misericordia que ya nunca dejaría de correr en favor del mundo: el niño que lloraba y pataleaba al recibir su nombre iniciaba su oficio de Salvador.

Cuando terminó la ceremonia, los invitados se fueron y María se puso a curar la herida del niño. ¡Con qué entusiasmo pronunciaría José las dos sílabas del nombre que acababa de imponerle! ¡Cuántas maravillas y promesas descubriría en el nombre de Jesús...! Experimentaría a la letra lo que San Bernardo expresaría más tarde: que ese nombre es música para los oídos, miel para los labios, encanto para el corazón...

Cada vez que pronunciaba el nombre de Jesús, se acordaba del misterio que encerraba y anunciaba en sus dos sílabas. Como María en la Anunciación, aceptaba todos los posibles sufrimientos que supondría para el niño su misión de Salvador, los cuales probablemente repercutirían en su corazón de padre, como ya lo acababa de experimentar.

Capítulo XVI

LA PROFECÍA DE SIMEÓN

Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él (Lc 2, 33).

Es de hacer notar que en las páginas del Evangelio que cuentan la infancia de Jesús, José, lejos de pasar inadvertido, aparece siempre actuando de acuerdo con María. «José subió a Belén con María... Mientras ellos estaban allí... Los pastores encontraron a María y a José... Ellos le llevaron a Jerusalén... Su padre y su madre estaban maravillados... Simeón los bendijo... Ellos volvieron a Galilea... Sus padres iban todos los años a Jerusalén... Ellos le encontraron en el Templo... Les estaba sujeto...».

No nos asombremos, pues, de verle, acompañando a su esposa cuando, cuarenta días después de aquella maravillosa noche, María se dirigió a Jerusalén con objeto de purificarse y de presentar al niño en el Templo. Ella no quería sustraerse a la Ley, aunque, evidentemente, hubiera podido creerse dispensada. ¿Acaso tenía necesidad de ser presentado a Dios Aquel que era el mismo Dios? ¿Tenía ella necesidad de purificarse cuando su alumbramiento no había hecho más que aumentar el esplendor de su virginidad...?

José, sin embargo, se mostró de acuerdo con ella a fin de que todo lo que estaba prescrito en casos semejantes fuese exactamente observado hasta en el menor detalle.

Se pusieron, pues, en camino, con el corazón rebosante de alegría, pensando que iban a cumplir un acto de religiosa obediencia: no sospechaban que lo que consideraban un misterio de alegría iba a verse acompañado de un trágico anuncio de dolor.

Jesús, en brazos de María y escoltado por José, entró por primera vez en la ciudad que había de verle un día con la Cruz a cuestas camino del Calvario.

A las puertas del Templo, José compró dos tórtolas para la ofrenda, ya que carecía de recursos para comprar un cordero. Así pues, la humilde pareja quedó encuadrada en el grupo de los pobres y, por eso, nadie se fijó en ella cuando atravesaron la explanada.

Sin embargo, algo inesperado sucedió. Un anciano, inspirado por Dios, se destacó de entre la multitud allí apiñada, compuesta de mendigos, de peregrinos y de cambistas. Se llamaba Simeón y era –nos dice el Evangelio– *un hombre justo y temeroso de Dios*. Viva personificación de Israel, su única aspiración era ver al Mesías. Cuando descubrió a Jesús en brazos de su madre, el Espíritu Santo que habitaba en él le advirtió en secreto que ese niño era el esperado desde hacía siglos, el prometido de Dios. Aproximándose con respeto, pidió que le permitieran tomarle en sus brazos y luego, alzándole, bendijo a Dios y temblando de emoción, con el rostro iluminado con una especie de éxtasis, entonó un himno de victoria y de acción de gracias:

*Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo
en paz, según tu palabra:
porque han visto mis ojos tu salud,
la que has preparado ante la faz de todos los*

*pueblos;
luz para iluminación de las gentes
y gloria de tu pueblo, Israel.*

El padre y la madre de Jesús –añade el Evangelio– estaban maravillados de las cosas que se decían de él. Y no es que las palabras que acababan de oír fuesen para ellos una revelación, sino que les admiraba constatar cómo la venida de su niño al mundo era saludada por tantos testigos inspirados.

Tras bendecir a Dios, se volvió a José y María bendiciéndoles también como para animarles en la tarea que habrían de cumplir. ¿Sospechaba que en su persona bendecía a las dos criaturas que habrían de ocupar el primer rango en la escala de la santidad, a las que las generaciones futuras bendecirían con alabanza sin fin?

Simeón unió a José y a María en una misma bendición, ya que ambos habían contribuido, aunque en distinta medida, a la venida del Mesías. Mas he aquí que ahora se dirige sólo a María. A esta joven madre, que acaba de serlo, no temerá hacer una aterradora predicción: *Tu hijo ha venido al mundo para ruina y resurrección de muchos... Será un signo de contradicción. En cuanto a ti, una espada atravesará tu alma.*

A José no le dijo nada que le atañera personalmente. El instinto profético de Simeón parecía excluirle del doloroso destino del Gólgota, ya que él no estaría presente. No obstante, su alma también se vería traspasada por una espada. Escucharía al anciano con el corazón angustiado. ¿Cómo no iba a escuchar con indecible dolor lo que acababa de decir sobre su hijo adoptivo y su querida esposa...? La predicción le golpeaba tanto más cruelmente cuanto que lo que acababa de oír era al mismo tiempo tan vago y tan preciso que se podía temer cualquier cosa.

Así pues, Jesús tendría que sufrir contradicción: sería rechazado por una parte de la nación que esperaba desde hacía mucho tiempo a su liberador. Los hombres, por su causa, quedarían separados en dos campos opuestos; unos blasfemarían de él, los otros le adorarían: para unos sería causa de salvación, para otros de caída.

Las palabras que Simeón ha dirigido a su esposa también le causan pena: acaba de oír que está condenada a sufrir intensamente. ¡Cómo habría preferido José que hubiese sido a él a quien le anunciaran todo eso! Al fin y al cabo, su función consistía en soportarlo todo. Pero su esposa, tan dulce, tan pura, tan santa... ¿Era posible que Dios la destinara al dolor? ¿Por qué el anciano no se lo había dicho a él?

Con todo, la profecía de Simeón le hiere en lo más profundo de su ser. Las palabras que ha oído se graban en su espíritu y empiezan a angustiarle. En adelante, no podrá mirar a su esposa y al niño sin que enseguida se yerga ante sus ojos el pensamiento de los anunciados dolores. Esperando ver surgir la espada de la profecía, proseguirá su camino con una llaga en el corazón que nunca se cerrará.

A pesar de todo, no se queja ni se irrita. Permanece fuerte y sumiso. Ha recibido la misión de poner al niño el nombre de Jesús-Salvador y comprende intuitivamente que la salvación sólo puede operarse mediante el sufrimiento. Pronuncia, pues, un generoso *fiat* y se siente dispuesto a seguir al Mesías y a su Madre en su vía dolorosa. «Señor –dice–,

aunque sea un pobre hombre, indigno de colaborar en tus designios redentores, si necesitas una víctima, piensa en mí y no en ellos».

María y José entran en el Templo. La ceremonia se desarrolla sin pompa ni aparato. José deposita sobre el altar las dos tórtolas, excusándose ante el sacerdote por no poder ofrecer nada mejor a causa de su pobreza, y el sacerdote recita sobre María la oración prescrita. Luego, José saca de su bolsa los cinco siclos de plata exigidos para rescatar a Aquel que ha venido a rescatar al mundo.

La ceremonia ha terminado. Rápidamente, el sacerdote se aleja sin saber que acaba de verse implicado en el momento más glorioso de la historia del Templo. Ignora que el niño que acaba de mirar con indiferencia es el Verbo encarnado que al entrar en este mundo ha dicho a su Padre celestial: *He aquí que vengo para hacer Tu voluntad*.

Después, los dos esposos parten de nuevo hacia Belén, donde José ha decidido establecer provisionalmente su morada, pero el camino de vuelta no es tan alegre como el de ida. Hablan poco. Las palabras proféticas de Simeón continúan angustiándoles.

María lleva en brazos al niño y le estrecha contra su corazón pensando en el destino trágico que le espera. José, por su parte, va adquiriendo una conciencia cada vez más viva de su vocación. Sabe que su papel va a ser importante y difícil: conservar, alimentar y proteger hasta el día de su sacrificio a Aquel que se ha hecho oblación para los hombres.

Por la noche, ya de vuelta a su humilde morada de Belén, antes de retirarse a descansar, se inclina sobre la cuna de Jesús y, recordando el Cántico de Simeón, interpreta sus palabras aplicándoselas a él mismo: «No dejes, Señor, partir todavía a tu siervo, pues este Niño que me has confiado me necesitará hasta el día de su manifestación, cuando revele a los hombres que es la salvación de los pueblos y la luz de las naciones...».

Capítulo XVII

HACIA EL EXILIO

Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto (Mt 2, 13).

El día de la Presentación, Simeón, mostrando a Jesús, había dicho: Este niño será signo de contradicción. José no tardaría en experimentar la verdad de esta profecía.

Sin duda había oído hablar de Herodes, cuya vida estaba llena de escándalos, de abominaciones y de atrocidades. Tras asesinar a su mujer y a tres de sus hijos, una embajada judía fue a ver a Augusto y le dijo que la situación de los muertos era preferible a la de los vivos perseguidos por el tirano. José, sin embargo, no podía siquiera imaginarse que su cólera y su sanguinaria envidia estaban a punto de volverse contra Jesús.

¿Cuánto tiempo transcurrió entre la Presentación en el Templo y la llegada de los Magos? La liturgia, obligada a concentrar los misterios, celebra los dos acontecimientos con un breve intervalo, aunque debieron de transcurrir varios meses; algunos exegetas incluso hablan de un año o más.

El Evangelio que nos cuenta la visita de los Magos a Belén no menciona la presencia de José. Tal vez había encontrado un empleo y se hallaba trabajando. Pero si no estaba presente cuando llegaron, es inimaginable que no fuera avisado enseguida por María y se apresurara a acudir.

Como no estaba autorizado para desvelar el misterio de Dios, no diría a los Magos que él no era el padre de ese niño. Seguramente se sentiría un tanto intimidado por esos señores orientales que se presentaban con tan brillante séquito; se mantendría, modesto, discreto, en un segundo plano, pero su corazón se vería inundado de alegría, al constatar que, avisados por la estrella que se desplazaba en el firmamento, los grandes y los sabios de la tierra que acababan de llegar de un lejano país venían a unirse con los pobres y los pastores en torno al hijo de María.

Debió sentirse estrechamente compenetrado con la fe cándida y vigorosa de los Magos, con el valor y la calma que los había empujado, a una simple señal, a ponerse en ruta a través del desierto; y a preguntar, una vez llegados a Jerusalén, no si había nacido el rey de los judíos, sino *dónde*. No parecían estar extrañados ni decepcionados por haber emprendido un viaje tal para encontrarse ante un pobre niño que no hablaba todavía. Lejos de sorprenderse por la debilidad aparente de ese rey, se postraron delante de él, radiantes.

Habían venido cargados de presentes, como es habitual entre los orientales cuando visitan a un superior. A los pies de la cuna de Jesús, José vio el oro de Ofir, el incienso de Arabia y la mirra de Etiopía. El oro, como homenaje a la realeza del niño, el incienso para proclamar su divinidad, la mirra para honrar su humanidad.

Al ver estos presentes simbólicos, José renovaría en su corazón la ofrenda de todo su ser. «Yo también –diría silenciosamente– te reconozco, Jesús mío, como rey. Toma el

oro de mi amor y mi sumisión. Adoro tu divinidad: toma el incienso de mi fe. Proclamo que eres Salvador: recibe la mirra de mis brazos y de todas mis energías, hasta la misma muerte, para colaborar en tu obra de salvación»...

No se trataba de una simple ofrenda verbal. Había llegado para José el tiempo de obrar en consecuencia. Los Magos, en efecto, habían sido avisados sobrenaturalmente para que no volvieran a ver a Herodes y regresaron por otro camino. Y José por su parte, recibió una advertencia más grave: *Un ángel del Señor* —escribe San Mateo— *se le apareció en sueños y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te diga, pues Herodes va a buscar al Niño para matarle».* El, enseguida, se levantó, tomó al Niño y a su Madre durante la noche y partió hacia Egipto.

Leyendo este texto del Evangelio, que narra el suceso de la manera más sencilla, como siempre, da la impresión de que se trata de la cosa más simple, más natural. Sin embargo, ¡qué fe y qué grandeza se deja entrever en José!

Lejos de escandalizarse por la orden que acaba de recibir, no piensa más que en ejecutarla. Cualquier otra persona se hubiese visto turbada y desconcertada. No era para menos. ¡El hijo de Dios huyendo ante los hombres! ¿Acaso no habían anunciado las Escrituras que haría reinar la paz...? Pero nada más nacer, los hombres le persiguen... ¿Acaso no había dicho el ángel que se llamaría Jesús, pues sería Salvador? ¡Extraño Salvador que tiene que huir y exiliarse aprovechando las sombras de la noche! ¿Qué hace, pues, su Padre, en lo alto de los cielos...? «Un ángel llegó de pronto —escribe Bossuet—, como un mensajero asustando, de tal forma que el cielo parece estar alarmado y el terror haberse extendido por él antes de pasar a la tierra». El que es dueño del rayo y tiene a su disposición legiones de ángeles, ¿podrá menos que un miserable reyezuelo de la tierra, orgulloso de su ridículo ejército...? ¡Qué incoherente parece todo esto!

Por otra parte, ¿no tenía derecho José a lamentarse diciendo que se le sacaba de su sitio sin poder prepararse? No se le daba tiempo para organizar esta huida a una tierra extraña, se le avisaba en el último momento y se le ordenaba, con desenvoltura, que permaneciera en ella hasta nuevo aviso...

José, sin embargo, no piensa ni dice nada de esto. Ha leído en Isaías (55, 9) una idea que hace suya: *Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos.* Por otra parte, apoyando su fe en la de María, cuyas menores expresiones aportan a su espíritu luces tranquilizadoras, no se arroga el derecho de juzgar, de criticar y menos aún de censurar los designios adorables de Dios; no se queja de este niño incómodo, que, desde su más tierna infancia, acarrea la persecución. Después de todo —se dice—, esta orden de partida nocturna para escapar de Herodes no es más desconcertante que el hecho mismo de la Encarnación. ¿No forma parte acaso del mismo misterio?

Sin duda, a Dios le sería fácil desbaratar los proyectos de Herodes, ya que es todopoderoso y guía a los astros por el cielo, pero ha venido a la tierra para abrazar nuestra condición humana; es preciso, por tanto, que sea semejante a nosotros en todo. No tiene por qué hacer milagros para sustraerse a las persecuciones, ya que la victoria

que viene a ganar sobre nuestros pecados quiere realizarla mediante la humildad y el anonadamiento. Pero, por otra parte, no debe morir ni ser asesinado con los Inocentes, ya que no ha hecho más que comenzar su tarea. Es él, José, a quien Dios precisamente ha elegido para ponerse al servicio de María y del niño, esos dos seres a quien quiere más que a sí mismo. Si el ángel no le ha dicho que va a acompañarles, es que debe ser él quien los proteja. No se le ha llamado a desempeñar el papel de padre del Hijo de Dios sin tener que sacrificarse para cumplir esta tarea con toda su grandeza. Por eso, no tiene más que un deseo, una aspiración, una pasión: servir a los designios de Dios, a cualquier precio.

Así pues, se levanta sin tardanza, despierta a María y le cuenta el sueño que acaba de tener. María se precipita hacia la cuna en que Jesús duerme apaciblemente, como ajeno – Él, el Dios omnisciente– a todo lo que se trama contra Él. Le toma en sus brazos procurando no despertarle y luego, apresuradamente, recogen lo más necesario –la ropa del niño, mantas, algunos vestidos, un poco de comida–, y lo meten en un saco de tosca arpillera. José esconde en su cinturón el oro de los Magos y sus escasos ahorros; duda un momento preguntándose si debe llevar sus útiles de trabajo, pero al final renuncia pensando que su peso y su volumen retrasarían la marcha. Finalmente, va al establo, desata al asno –ajeno a la caminata que le aguarda– y, en el silencio de la noche, procurando tomar las sendas más apartadas, sin hacer ruido, huye, llevando con él su doble tesoro...

Capítulo XVIII

LA VIDA EN EGIPTO

José permaneció en Egipto hasta la muerte de Herodes (Mt 2, 15).

Mientras los Magos, de regreso al Oriente, evitaban pasar por Jerusalén, José huía hacia Occidente llevando consigo a María y al niño.

Muchos exegetas de la antigüedad se preguntaron por qué el ángel había señalado Egipto como lugar de refugio. Las razones místicas que dan son, sin duda, válidas, pero conviene no olvidar el hecho de que Egipto era el país más próximo y que bastaban algunos días de marcha para alcanzar sus fronteras; además, solía ser el refugio de aquellos infortunados que la persecución o el hambre arrojaban de Israel.

Al tomar el camino de Egipto, José se acordaría de aquel otro José –el cual, según los designios de Dios, lo había prefigurado sin saberlo– que, dieciocho siglos antes, tuvo que seguir la misma ruta cuando fue vendido por sus hermanos.

Se iba dejando detrás de él su hogar, su tranquilidad, sus útiles de trabajo, sin saber lo que encontraría allí ni cuánto tiempo duraría su exilio. Dios le había dicho como en otra ocasión le dijo a Abraham: *Sal de tu país, de tu familia y de la casa de tu padre para el país que yo te mostraré... Y había partido obedeciendo a Dios para librar del furor de Herodes a Jesús y su Madre.*

Ahora les mira angustiado, preguntándose cómo podrán soportar este éxodo inhumano. Su prisa nos enseña a lo que hay que estar dispuesto para guardar a Jesús. Aguijonea y hostiga al asno que marcha con paso cansino, llevando a sus lomos a María, que protege y abriga con su manto al rey del mundo.

Si hiciéramos caso de los evangelios apócrifos, innumerables milagros se habrían multiplicado al paso de los fugitivos. Los ángeles les habrían acompañado con su protección invisible y hasta la misma naturaleza –animales y vegetales– les habría procurado ayuda y protección.

La realidad debió ser muy diferente. De hecho, sin la vigilancia de José, jamás Jesús habría estado más desamparado, más abandonado, más expuesto a todos los peligros.

Con toda seguridad tuvieron que pasar varias noches al raso. De día, evitarían atravesar pueblos y ciudades, mirando atrás con frecuencia para comprobar que nadie les perseguía. En las encrucijadas, se plantearían qué camino tomar, temiendo preguntar a alguien. Las gentes que encontraban en el camino los contemplaban con extrañeza, preguntándose por qué esos tres pobres seres viajaban así, sin escolta, camino de tierras deshabitadas e incultas.

Mientras allá lejos, en Jerusalén, Herodes daba órdenes sanguinarias para asesinar a los niños de Belén y abría así el cielo, sin quererlo, a una legión de inocentes a quienes los siglos venideros no dejarían de ofrendar coronas de lirios y rosas, ellos seguían caminando sin reposo, deteniéndose tan sólo para que María pudiese dar de mamar al Niño o para aliviar su sed y llenar su bota de agua en una fuente. Exhaustos, extenuados,

con sus vestiduras rotas y los pies llagados por la larga marcha, llegarían a la frontera de Egipto. Sólo entonces cesó la opresión de su corazón, aunque para ser sustituida por la pena de entrar en un país que, tras haber perseguido a sus antepasados, se había convertido en sede de la impiedad y la idolatría. Allí se adoraba cualquier cosa: el sol, el cocodrilo, el buey... todo excepto al verdadero Dios.

Según ciertos relatos maravillosos, cuando atravesaron la frontera las estatuas de los ídolos cayeron de su pedestal y se rompieron en mil pedazos, leyenda que no tiene otro fundamento que una interpretación demasiado literal de un texto de Isaías: *Ved cómo Yavé... llega a Egipto, ante él tiemblan todos los ídolos...* (18, 1).

Franqueada la frontera, les quedaban todavía seis largas jornadas de marcha para alcanzar el corazón del país. Atravesaron las aguas del Nilo, recordando que en ellas habían abrevado los rebaños de Jacob y flotado el canastillo en que fue depositado Moisés. Pronto verían aparecer en el horizonte la silueta de las prodigiosas pirámides, especialmente la de Kheops, en cuya construcción habían trabajado cien mil esclavos durante treinta años.

Algunos pintores han representado a María con el niño en sus brazos durmiendo entre las garras de la Esfinge. Si tal escena llegó a producirse, cuando José, antes de acostarse él mismo a los pies del monstruo de piedra envuelto en una manta, contemplase su imagen, pensaría que el enigma que pesaba sobre el mundo desde el paraíso terrestre tenía su respuesta en el niño que dormía sobre el seno de su madre.

La tradición dice que la Sagrada Familia pasó algún tiempo en Heliópolis, donde había una importante colonia de judíos emigrados y donde Ptolomeo Filométer había permitido la construcción de un templo que casi rivalizaba con el de Jerusalén en riqueza, esplendor y veneración.

Esa misma tradición señala otros lugares en los que la Sagrada Familia vivió sucesivamente, lo que se explicaba por las dificultades de José para encontrar trabajo. Cuando se es pobre y extranjero, no se conoce el idioma del país, no se tienen herramientas propias, y para colmo, no se pueden dar más que vagas explicaciones sobre los motivos de la expatriación, ¡cuántas miradas recelosas y sonrisas insolentes hay que soportar!

Se reproducirían las mismas escenas que en Belén. En busca de un empleo, por humilde que fuese, iría a llamar en todas las puertas, preguntando tímidamente dónde podría encontrar trabajo. Soportaría todas las decepciones con el mismo temple resignado: «No me importa pasar hambre –diría en su oración–, pero, Señor, no permitas que a mi esposa le falte el pan». Y, siguiendo vagas indicaciones, reanudaría su busca.

Con seguridad, conocería frecuentemente el paro forzoso, las prolongadas estancias junto al tajo o en las plazas públicas, donde los patronos contrataban obreros para duros trabajos mal retribuidos a los que no estaba acostumbrado. Si bien, al regresar a casa, por la tarde, la ternura de María y las sonrisas de Jesús, al tomarle en sus brazos, le proporcionaban un consuelo y un estímulo inefables.

Es muy posible también que María, para ayudar a su esposo, tuviera que ponerse a bordar y tejer con sus hábiles dedos. Y podemos imaginárnosla apresurándose por las

calles para llevar su labor acabada o recoger alguna otra, como todavía lo hacen hoy las humildes costureras.

Precarias, igualmente, debieron ser sus moradas sucesivas a lo largo de sus diversos desplazamientos por aquellos lugares en que no había colonias judías para procurarles un refugio: chozas o cabañas de paja construidas tal vez por él mismo junto a un muro o una casa en ruinas. Otras veces tendrían que contentarse con un abrigo provisional bajo los arcos o las bóvedas de un monumento; incluso podemos pensar que algunas noches tendrían que compartir las condiciones de los que hoy en día llamamos vagabundos.

En Egipto conocieron, con toda seguridad, la soledad, la miseria, con su cortejo de males de todas clases. Los tomarían por galileos aventureros que se habían trasladado a Egipto con la esperanza falaz de encontrar allí una vida más fácil, y se encogerían de hombros ante tal candor. En cuanto a ellos, se guardarían muy mucho de desvelar las verdaderas causas de su exilio, y, para extremar la prudencia, procurarían no pronunciar jamás el nombre de Belén.

Pero María y José no protestaban jamás de su suerte y su pobreza. ¿Acaso el mismo Jesús no les había dado ejemplo en el misterio de su nacimiento...? Habían comprendido que había escogido voluntariamente venir a este mundo en un establo. Para darse ánimo, les bastaba con pensar que la vida de privaciones que rodeaba al niño era conforme con sus designios y aceptaban alegremente prolongar el misterio de Belén...

Capítulo XIX

EL REGRESO A NAZARET

Levantándose, tomó al niño y a la madre y partió a la tierra de Israel (Mt 2, 21).

El Evangelio de San Mateo sólo dedica unas palabras para hablarnos de la estancia de la Sagrada Familia en Egipto. Allí permaneció –escribe– hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el ministerio del profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo». No se puede imaginar mayor laconismo.

¿Cuánto tiempo duró su estancia? Sólo podemos hacer conjeturas. En este punto, las opiniones varían mucho. San Buenaventura llega a proponer siete años, mientras que algunos Padres de la Iglesia hablan de unos cuarenta meses. Los evangelios apócrifos, para dar tiempo a la realización de sus numerosos milagros, suponen que la estancia fue de tres años. Pero los exegetas tienen razones bastante serias para limitar el exilio a un tiempo no superior a uno o dos años.

Muerto ya Herodes –leemos en San Mateo–, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño». Levantándose, tomó al niño y a la madre y partió para la tierra de Israel.

Destaquemos, en primer lugar, que, una vez más, es por intermedio de un ángel como Dios hace conocer a José su Voluntad. «Los negocios secretos que este gran hombre tenía que tratar con el augusto senado de la adorable Trinidad –escribe San Leonardo de Puerto Mauricio– ponen constantemente en movimiento a los mensajeros celestes». Es, en efecto, la tercera vez que el Evangelio atribuye a José la visita de un ángel. Una cuarta, en el camino de vuelta, recibirá la misma embajada de manera análoga.

Puede uno preguntarse por qué San José recibió durante el sueño los avisos de Dios, mientras otros personajes, como Zacarías y los pastores de Belén, vieron a los ángeles en estado de vigilia y, cuando por otra parte, la Iglesia nos advierte que no conviene fiarse de los sueños para interpretar los designios de Dios. Suele responderse que los sueños que tuvo José se vieron acompañados del sentimiento seguro de que Dios se había servido de ese medio para manifestarse a él, y que, si Dios utilizó con José esa manera modesta y sin brillo de darle a conocer su voluntad, fue porque quería subrayar a nuestros ojos la viveza de su fe: le bastó el menor signo, el toque más secreto, para ponerse en movimiento. Era un servidor fiel, cuyo espíritu, en constante acecho de la gracia, esperaba la manifestación de la voluntad divina. Su sumisión nos resulta más bella, más grande, por el hecho de que su mismo sueño se nos aparece como una especie de estado de vigilia durante el cual su lámpara permanece encendida en espera de la llegada del Maestro...

Cuando José recibió la indicación de que podía regresar a Palestina –pues el peligro había cesado–, se estremeció de alegría. Miró a Jesús con amor, con un amor

enriquecido por el temor que había tenido de perderle. Sin duda, tanto María como él habían sentido que su corazón se desgarraba al tener conocimiento de la matanza de los Inocentes. Habían sabido también que una terrible enfermedad hacía estragos en el cuerpo de Herodes, que una úlcera devoraba su carne, llenando todo su palacio de un olor insoportable. Los gusanos no esperaban a la muerte para cebarse en su cuerpo. El desgraciado había tratado de quitarse la vida, pero se lo habían impedido, y de buena o mala gana, acababa de sufrir el castigo de sus crímenes: había muerto a poco de ordenar que ejecutaran a su propio hijo, Antípater.

La alegría de José al saber que podían regresar a su patria no fue, sin embargo, completa. El ángel nada le había revelado sobre el lugar en que deberían establecerse y no sabía dónde ir. Se preguntaba también cómo encontraría su casa y su taller y lo que respondería cuando le preguntaran sobre su ausencia y los motivos de su exilio.

Deseoso como siempre de hacer la voluntad de Dios, apresuró los preparativos del viaje y abandonó enseguida la tierra de Egipto, donde había sufrido más por su atmósfera de idolatría que por las privaciones propias y de los suyos.

Antiguas tradiciones dicen que el regreso lo hicieron por vía marítima. Era, en efecto, el viaje más corto y menos caro, por lo que es probable que tomaran pasaje en un navío en algún puerto egipcio, quizás Alejandría, si hacemos caso de los relatos que corrieron durante mucho tiempo entre los coptos.

Durante la travesía, que duraría tres o cuatro días, José, consciente de sus responsabilidades, estaría atento a las conversaciones de los pasajeros, e incluso les preguntaría también sobre la situación del país. Desembarcarían en Ascalón, en Joppe o en Jammia. José pensó primero en volver a Belén, creyendo que así cumplía los designios de Dios y las profecías. Puede ser, incluso, que allí pensara encontrar más facilidades para ejercer su oficio... Aún hoy día, suelen ser los belenitas a quienes se busca con más frecuencia para los trabajos estacionales de la construcción.

Todavía dudó, al poner pie en tierra. Pero al llegar a la frontera de Palestina, se enteró de que Arquelao reinaba en Judea y temió establecerse en esa provincia. Digno hijo de su padre, acababa de mandar decapitar tres mil de sus súbditos en el mismo Templo. Pensó que era más seguro ir a Galilea, que se encontraba bajo la jurisdicción de Herodes Antipas, el cual parecía mostrar intenciones pacíficas y benévolas. Un sueño confirmó a José en su resolución.

Si la palabra profética de Miqueas parecía poner a Belén en primera fila de las ciudades privilegiadas, otro oráculo designaba también a Nazaret. Para no fatigar al niño y a su madre, no avanzó a marchas forzadas como cuando huyeron. Viajaron en cortas etapas.

En Nazaret, encontró de nuevo a sus parientes y vecinos, que se asombrarían al verlos y les harían toda clase de preguntas embarazosas sobre los motivos de su ausencia. José las esquivaría a su manera, procurando no mentir y al mismo tiempo no decir nada que pudiera hacerles sospechar la verdad.

Encontraría su casa en un lamentable estado de abandono, pero no se entretendría en lamentarse, ni en invectivas contra los que la habían saqueado. Más bien los excusaría,

alegando en descargo suyo que pensarían que sus dueños la habían abandonado.

Enseguida se puso a repararla. Tapó los agujeros de los muros, enjalbegó la fachada y se aplicó a recobrar su antigua clientela. Poco a poco, las herramientas volvieron a llenar su taller, y un letrero, encima de la puerta, anunciaría su oficio: *José, carpintero*.

Capítulo XX

HALLADO EN EL TEMPLO

Al volverse ellos, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo echasen de ver (Lc 2, 43).

Según lo prescrito en la Ley, todos los israelitas debían realizar una peregrinación al Templo de Jerusalén en cada una de las fiestas anuales de la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. Cuando vivían lejos –como era el caso para los de Nazaret–, bastaba con que acudieran durante una de las tres fiestas. La Ley no decía nada de las mujeres, pero la costumbre era que acompañasen a su marido. Ni qué decir tiene que José y María observaban puntualmente el precepto.

Cuando Jesús alcanzó la edad de doce años –convirtiéndose de golpe en «hijo de la ley» –tuvo que someterse también a esta observancia. Así pues, subió a Jerusalén con sus padres. Nos gusta representárnoslo en medio de una caravana, cantando por el camino el «Cántico de las Subidas»: *Como el ciervo suspira por las fuentes de agua viva, así suspira mi alma por ti, Señor... Los que confían en el Señor serán tan firmes como la montaña sobre la que está construida Sión... ¡qué bueno es y qué agradable para los hermanos el caminar todos juntos...!*

En Jerusalén, durante una semana, los tres miembros de la Sagrada Familia –María, Madre de la Iglesia universal, José, futuro protector de la Iglesia, y Jesús, Dios eterno y cabeza de esa misma Iglesia–, perdidos entre la multitud, sin buscar el hacer prevalecer sus títulos para reclamar prioridades, aceptando más bien los empujones y los últimos lugares, asistieron a las ceremonias de culto en el Templo.

Una vez terminada la fiesta, las caravanas volvían a formarse con la confusión y la exuberancia que caracteriza habitualmente a las concentraciones orientales; luego, se ponían en camino.

Cuando la caravana de que formaba parte la Sagrada Familia había cubierto su primera jornada de viaje, María y José comprobaron, desconcertados, que Jesús no estaba presente. No hay por qué asombrarse de que tardaran tanto en darse cuenta. Jesús tenía doce años y por eso, la Ley, cuyo «hijo» ya era, le concedía una cierta libertad. Hubiese sido inoportuno que sus padres le vigilaran de manera demasiado estrecha. Por otra parte, podía escoger, dentro de la misma caravana, entre los grupos de hombres o de mujeres. Al no volver a su lado, José pensaría que estaba con María –y se alegraría por ella–, mientras que la Virgen, por su parte, se imaginaría el gozo que sentiría José al tener a Jesús junto a él. Incluso pudiera ser que Jesús hubiese dicho a María, al partir la caravana, que pensaba permanecer con su «Padre», y que Ella no hubiese comprendido de qué «padre» se trataba...

Sea como fuere, una pesada angustia se apoderó de ellos. Mil suposiciones pasarían por su mente. ¿Se habría extraviado y caído en manos de unos malhechores? ¿Les habría abandonado para emprender su misteriosa misión? ¿Habría sonado la hora de la espada predicha por Simeón? Tal vez oyeran murmurar a su alrededor: «Si hubiesen estado más

vigilantes, no le habrían perdido...».

Inmediatamente, regresaron a Jerusalén, recorriendo el mismo camino a la inversa. Tienen el corazón en un puño y caminan en silencio. La pena de José es tan viva como la de María. En el paraíso terrestre, Adán había acusado a Eva y ésta a la serpiente. Aquí, sin embargo, cada uno se acusa a sí mismo y excusa al otro. Ninguno de los dos piensa en hacer recaer en el otro la prueba que le humilla. José se pregunta si Dios no le ha castigado por cumplir mal su tarea, y se lo dice a María, la cual responde. «¡No, no!... ¡Soy yo la que debía haber tenido más cuidado!».

De regreso a Jerusalén, emprenden a través de las calles y callejas de la ciudad una búsqueda punzante, una especie de *via-crucis* que anticipa el que recorrerá su hijo un día, con la cruz en sus hombros...

Preguntan a los viandantes, describiendo a su hijo, pero nadie es capaz de informarles, nadie sabe nada. Y cuando divisan, aunque sea de lejos, un adolescente de la talla de Jesús, echan a correr para sufrir enseguida una nueva decepción.

Prosiguen su búsqueda —él con el rostro contraído, ella curvada por el dolor—, enseñando a las generaciones futuras cómo hay que comportarse cuando se tiene la desgracia de perder a Jesús.

Por fin, al tercer día, lo encuentran en una sala del Templo rodeado por los doctores judíos que, según la costumbre, en las fiestas de la Pascua organizaban una especie de congresos de teología en los que hacían gala de erudición y sutileza. Jesús estaba sentado en una estera, como un alumno, pero el asombro que manifestaban los que él interrogaba ponía de manifiesto que su inteligencia era magistral.

Ante tal espectáculo, María y José no pudieron ocultar su sorpresa. Era la primera vez que Jesús manifestaba un resplandor de su sabiduría increada. Por otra parte, ¿cómo era posible que él, que hasta entonces había dado ejemplo de todas las virtudes, se hubiera sustraído a su autoridad y guardara una calma tal, conociendo como debía conocer la terrible ansiedad de sus padres?...

Comprenden que deben decirle algo, pero José se coloca en un segundo plano, pensando que es María la que debe intervenir en este caso, por estar más comprometida que él en el misterio de la Encarnación.

Así pues, ella deja escapar una exclamación en la que se manifiesta toda su alma maternal: *Hijo mío, ¿por qué has obrado así con nosotros?* Queja amorosa y afectuoso reproche. Deseo también de conocer el motivo de una conducta tan contraria a las costumbres de un hijo siempre respetuoso y sumiso.

Jesús no se excusa ni pide perdón, sino que a la legítima pregunta de su madre, responde: *¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*

Esta respuesta de Jesús, acompañada sin duda de una sonrisa, puede entenderse de dos maneras. Según una, no les reprocha que le hayan buscado, sino que no hayan acudido enseguida al Templo, único sitio donde podía estar, ya que era la casa de su Padre; sin embargo, atenerse a ese único sentido sería tanto como suavizar unas palabras de un alcance mucho más profundo y sublime. Según la otra, Jesús quiso, al salir de la

infancia, recordar a sus padres su filiación divina y la trascendencia de su misión. Les advirtió que la obediencia que les tenía estaba subordinada a la que debía prestar a su Padre celestial. Era preciso que supieran que todo lo que sucediese en su vida estaría conforme con esa voluntad, en virtud de la cual se había encarnado. Habrá, por eso, cosas que les sorprenderán; quiso, pues prevenirles y prepararles para el «escándalo» de la Redención por la Cruz.

Antes de volver al silencio de Nazaret y a esa postura que el Evangelio resume con las palabras «les estaba sujeto», quiso enseñarnos –Él, que diría que no llamáramos a nadie en la tierra nuestro padre, pues sólo tenemos uno, el que habita en los cielos– que nuestra principal ocupación, como la suya, debe consistir en buscar los intereses y la gloria de Dios.

Sus palabras, pues, no significaban que quisiera eludir la tutela de sus padres. Al contrario, les tenía un amor y una sumisión incomparables. Por otra parte, ¿cómo un Dios que dictó a los hombres con tanta solemnidad el precepto de honrar padre y madre no habría comenzado él mismo por subrayar con su ejemplo la gravedad del mandamiento?... Lo que quería decirnos era que nuestras obediencias deben estar jerarquizadas y que el servicio de Dios debe anteponerse a los más legítimos afectos.

El Evangelio nos dice que ni María ni José comprendieron lo que Jesús quería decirles. Ciertamente, no podían engañarse en cuanto a su más profundo sentido, pero se preguntaban por qué Jesús, que hasta entonces había llevado una vida oculta hasta el punto de no haber mostrado nunca el menor signo de su divinidad, había querido evidenciar esta actitud misteriosa en tan singulares condiciones. Lo que no comprendían era que su hijo, todavía tan joven, rompiendo totalmente con su habitual actitud de sumisión, se mostrara bruscamente como Hijo de Dios y pareciera evadir, como molesta, la tutela de sus padres.

Su humildad les hizo confesar que no acababan de comprender las palabras de Jesús. Comprenderlas plenamente hubiese sido abarcar todos los misterios de la Encarnación y de la misma Trinidad. Pero José y María estaban sometidos, como toda criatura, a la ley del progreso. Jesús quería estimular su curiosidad religiosa y comprometerles en esa vía que señalará a quien quiera ser su discípulo: *Buscad y hallaréis. Pedid y recibiréis. Llamad y se os abrirá...*

Capítulo XXI

LA TAREA PATERNAL DE JOSÉ

Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando (Lc 2, 48).

San Lucas parece complacerse en dar a José el nombre de padre de Jesús y unirle al de María bajo la apelación común de «parentes eius», sus padres... Sin embargo, este evangelista, que había sido confidente de María, conocía más que ningún otro todo lo concerniente al nacimiento del Mesías y sabía perfectamente que José no era padre por generación carnal. Así pues, como hace notar Suárez, sólo por inspiración especial de Dios usó esos términos.

Por otra parte, la expresión de que se sirve San Lucas la encontramos también en labios de María. Cuando encuentra a Jesús en el Templo, la oímos pronunciar estas palabras: *¿Por qué nos has hecho eso? Tu padre y yo, llenos de angustia, te andábamos buscando...* Al hablar de su esposo, no vacila en darle el título de «padre». Era, sin duda, el nombre que utilizaba habitualmente en la intimidad de su hogar de Nazaret, y que no teme —ella, Virgen prudentísima— pronunciarla públicamente ante los doctores de la Ley. Y es que, profundamente iluminada sobre el misterio de la Encarnación, no se cree con derecho a ocultar, en ocasión tan solemne, esta verdad: que José debe ser llamado, con toda sinceridad, padre de Jesús.

Conviene que sepamos de qué manera le corresponde este título y tratemos de descubrir la realidad oculta bajo esa palabra.

Se distinguen habitualmente dos clases de paternidad: la natural, que lleva consigo la transmisión de la vida, de la que resulta la venida al mundo de un nuevo ser, y la adoptiva, que es una simple atribución por la cual un hombre se compromete a reconocer y aceptar legalmente como suyo un niño engendrado por otro. Sin embargo, ninguna de estas dos paternidades convienen en absoluto a José. La primera dice demasiado y la segunda poco. Es histórica y teológicamente cierto que José, según el modo ordinario y natural, no fue padre de Jesús, el cual no tuvo padre humano. ¿Quiere decir esto que fue solamente su padre adoptivo o «putativo», según la expresión consagrada por el uso y sancionada por la liturgia de la fiesta del 19 de marzo?... «Adoremos a Cristo, hijo de Dios, que aceptó pasar en la tierra por hijo de José». Es el mismo término que utilizan los soberanos Pontífices en numerosos documentos oficiales.

Sin embargo, los teólogos se inclinan cada vez más unánimemente a declarar que las expresiones corrientes —padre adoptivo, padre putativo, padre nutricio— son minimizantes y no dicen más que una verdad incompleta. Esos títulos, por honorables que sean, sólo expresan una paternidad fáctica, ficticia, prestada: una especie de simple protección. Ahora bien, la realidad sobrepasa esos calificativos. La adopción, por ejemplo, supone esencialmente que un extraño, por afecto, escoge al que trata como un hijo. Pero en ningún momento José fue un extraño para Jesús, ni Jesús para José: desde que se encarnó en María, al hacerse divinamente fecunda, Jesús perteneció

legítimamente a José, ya que el esposo y la esposa, según el orden querido y establecido por Dios, son una sola cosa y sus bienes comunes.

No es fácil, desde luego, calificar la paternidad de José de una manera precisa; representa, si se puede decir así, un caso único en la historia de la paternidad, que requiere, si el vocabulario ofrece la posibilidad, un título nuevo, adaptado a la función ejercida.

Recordemos, de entrada, que la generación humana de Jesús en la genealogía que nos dan los Evangelios es la de José. El hecho merece ser subrayado. No dudemos en repetir la expresión de Bossuet, tomada por él mismo de San Juan Crisóstomo: «Dios ha dado a José todo lo que pertenece a un padre, sin detrimento de la virginidad». Dicho de otra manera: José no tuvo ninguna participación en el nacimiento natural de Jesús, pero exceptuando eso, su paternidad implica todos los privilegios, todos los deberes, todos los derechos que normalmente tiene en el hogar un padre de familia, de tal forma que el título que le conviene mejor es el de *padre virginal de Jesús*¹.

José es padre de Jesús por derecho de matrimonio. María, a consecuencia del contrato matrimonial, reconocido por la ley y sancionado por Dios, era el bien de José y, por lo tanto, todo lo que le podía suceder eventualmente a María, incluso milagrosamente, se convertía inmediatamente en propiedad de José, su esposo. En consecuencia, Jesús nacido de la carne de su esposa, la cual le pertenecía en razón del sagrado lazo y de la donación propia del matrimonio, tenía un necesario parentesco con José, y al revés. Además, al ocupar José un lugar insustituible al lado de María, había sido ese instrumento considerado indispensable por Dios para que el misterio de la Encarnación pudiese insertarse en el seno de una familia compuesta por las tres unidades habituales. No convenía que el hogar donde había de nacer el niño se viese desprovisto de su cabeza.

Junto a ese papel que se puede considerar negativo, José tuvo también otro activo en el nacimiento de Jesús. ¿No fue acaso el Hombre-Dios fruto de la virginidad de María? ¿No fue grata al Señor a causa de su pureza, por la que el Espíritu Santo pudo realizar en ella su divino designio? En cierto sentido, fue su virginidad lo que la hizo fecunda. Ahora bien, ¿no fue José el que, al respetar la virginidad de María, había como preparado las vías al Espíritu Santo y hecho posible esa fecundidad milagrosa?... Fue él, en efecto, quien conservó la virginidad de su esposa, estimada por Dios indispensable; y los dos, de común acuerdo, la habían ofrecido al cielo como un bien que fue aceptado, a cambio del cual recibieron ambos un hijo que les pertenecía por igual, ya que era como el fruto de su alianza virginal.

José, indudablemente, no dio a ese hijo su sangre, pero esa sangre tenía que ser alimentada, mantenida, enriquecida. Y fue el humilde carpintero quien, con el sudor de su frente, se encargó de hacerlo. Jesús comerá el pan que José ganará con su trabajo y gracias a él alcanzará la talla humana que necesitaba para salvar al mundo al ser clavado en la Cruz.

Con ese alimento, adquirido gracias al duro trabajo de José, Jesús llenará sus venas con la sangre generosa que derramará hasta la última gota y correrá hasta la

consumación de los siglos en nuestros altares durante el Santo Sacrificio de la Misa. Así, José tuvo su parte activa en la sangre de la Redención.

Tenía, pues, derecho a llamar a Jesús «hijo» suyo y a considerarle como tal. Por eso los Padres de la Iglesia no dudan en verle junto a Jesús, como «la sombra de Dios Padre», según una expresión consagrada. Fue, en palabras de Olier, «como un sacramento del Padre eterno bajo el cual Dios ha puesto, una vez engendrado, su Verbo, encarnado en María». Y porque el verdadero Padre de Jesús, que lo engendra desde la eternidad según su naturaleza divina, confió a José la misión de ser en la tierra su vicario de alguna manera, tuvo, al mismo tiempo, que poner en él algo del amor infinito que tiene al Verbo.

El ángel había precisado: *Le pondrás por nombre Jesús*. Dicho de otra manera: «El padre de este niño es Dios, pero Él te transmite sus derechos. Eres tú el designado para hacer de padre. Tendrás con él un verdadero corazón paternal y ejercerás sobre él tus derechos de padre».

José, pues, cuidó de Jesús, amándole a la vez como su hijo y adorándole como su Dios. Y el espectáculo –que tenía constantemente ante los ojos– de un Dios que daba al mundo su amor infinito era un estímulo para amarle más y más y entregarse cada vez con más generosidad.

Amaba a Jesús como si realmente le hubiera engendrado, como un don misterioso de Dios otorgado a su pobre vida humana. Le consagró sin reservas, de forma total, sus fuerzas, su tiempo, sus inquietudes, sus cuidados. No esperaba otra recompensa que poder vivir su consagración cada vez mejor. Su amor era a la vez dulce y fuerte, tranquilo y ferviente, apacible y ardiente, emotivo y tierno. Podemos representárnoslo tomando al niño en sus brazos, meciéndole con canciones, acunándole para que se duerma, sonriéndole, paseándole, fabricándole graciosos juguetes, jugando él mismo con él como hacen todos los padres, prodigándole sus caricias como actos de adoración y testimonio del más profundo afecto.

Dejemos a los apócrifos imaginando un pequeño niño –prodigio ajeno a la verdadera infancia–, viviendo aparte como en un nimbo glorioso, con costumbres impropias de su edad y una potencia milagrosa sobrecogedora. En realidad, el Hombre-Dios había escogido, al venir al mundo, aparecer como un niño corriente. No iba por delante de su edad, no hablaría –él, que era el Verbo divino– antes que los demás niños. Y José, al cubrirle de tiernas caricias, se maravillaría precisamente de ver dormir al custodio de Israel, siempre vigilante, de ver llorar al que es la alegría de los elegidos, de ver jugar como un niño al Creador del Universo.

Según las costumbres judías, el niño, en el hogar, estaba al cuidado de su madre hasta la edad de cinco años. Luego, el padre empezaba a ocuparse de él más activamente, enseñándole la Ley de Dios y los preceptos mosaicos. Grande sería la alegría de José cuando llegara el momento de realizar esa función paternal, constatando que su hijo *crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres*. De sus labios se elevarían silenciosamente al Señor, para expresarle su felicidad y darle gracias, las palabras del Cantar de los Cantares:

*Mi amado es rubio y sonrosado,
se distingue entre diez mil.
Su persona emana encanto y gracia.
Mi amado es mío y yo soy suyo...*

[1](#) El congreso nacional celebrado del 1 al 9 de agosto de 1955 en el Oratorio de san José de Mont-Royal, en Canadá formuló el siguiente voto: que además de las fórmulas tradicionales de «padre putativo» y de «padre nutricio», no se tema utilizar la expresión «padre virginal», empleada en la oración aprobada por San Pío X».

Capítulo XXII

LA SANTA CASA DE NAZARET

Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto (Lc 2, 51).

Al encontrar a Jesús en el Templo, María había exclamado: Hijo mío, ¿por qué has obrado así con nosotros? Pregunta que incluye a José. Y como si temiese que el niño pensara que era ella la única en amarle y en sufrir por su amor, insiste: *Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.*

Al responder que si no sabían que debía ocuparse primero en las cosas de su Padre, Jesús no desautorizaba a su madre, que acaba de llamar a José padre suyo, sino que eleva su pensamiento hacia su Padre eterno, en cuyos intereses debe aplicarse por completo. Es la primera vez que menciona a su Padre celestial, pero ¡con qué claridad!

Ni María ni José le preguntan nada más, aunque, como nos dice el Evangelio, no comprendieron del todo el sentido de sus palabras. Ni siquiera en el camino de vuelta se atreven a interrogarle, aunque conservaron en su corazón lo que les había dicho, para meditar sobre ello.

Como María, José se mantiene en la reserva de la reflexión. Comprende que la trascendencia del niño acaba de fulgurar. Quizá más que María, sentía la necesidad de penetrar esta respuesta, que parecía querer desviar la atención de él, pobre carpintero, para evocar el pensamiento del otro «padre». Tal vez se reprochaba el haber tratado a su hijo demasiado familiarmente. Captó enseguida que Jesús era, ante todo, del Padre de los cielos, a quien pertenecía infinitamente más que a sí mismo.

Sin embargo, la respuesta de Jesús, que parecía querer subrayar la distancia que los separaba, se va a ver seguida de una emocionante sumisión. El encuentro en el Templo esclarece el misterio de José, como las bodas de Caná iluminarán el de María. En Caná, el rechazo aparente de Jesús –*¿Qué nos importa a ti y a mí?... Aún no ha llegado mi hora*– se verá seguido de un maravilloso milagro. Es como si Jesús hubiese querido exponer primero la imposibilidad de responder a la petición de su madre para hacer luego más patente el triunfo de su oración.

De manera semejante, en Jerusalén, las palabras que parecen dejar a José al margen fueron pronunciadas para hacer más admirable la frase del Evangelio que sigue inmediatamente: *Les estaba sujeto*. Jesús empieza por mostrarse dueño y maestro de quienes tienen el encargo de enseñarle; afirma su filiación divina y, por lo tanto, su soberana independencia, pero sólo es para mejor poner de relieve la perfección de la obediencia con que nos dará ejemplo. Su ocupación continua va a ser obedecer exactamente en todo lo que se le mande. Obedecerá más especialmente a José, que le ha sido dado como padre, y que es cabeza de familia. Todos sus actos, sus actividades, su alimento, su reposo, todo, será reglamentado por las órdenes de José.

Cuando Jesús habla de «los asuntos de su Padre» quiere decir que busca su gloria sometiéndose en todo a sus padres; a María, sin duda, pero también a José, «sombra de

su Padre», que representaba en el hogar de Nazaret la primera autoridad. ¿No podemos asegurar que era a él al primero que obedecía en todo?

Si la obediencia de Jesús manifiesta su incomprensible humildad, subraya también la incomparable dignidad de aquel a quien se sometía. Las palabras de Jesús van a incrustarse en el espíritu de José como una luz permanente que le ayudará a ajustar toda su vida a los designios divinos. Siente interponerse entre Jesús y él un misterio inaccesible, pero este pensamiento no le paraliza en absoluto. Antes al contrario, le ayuda a ejercer con más perfecta rectitud la función que le ha sido encargada cerca de Aquel que ha de considerar a la vez como su hijo según la naturaleza humana y su maestro según la naturaleza divina. Trata de conciliar esa incompatibilidad aparente de mandar sin apremio a quien adora como Dios. Lo hace, por lo demás, sin temor ni turbación, ya que así lo quiere Dios, viendo en el ejercicio de su autoridad la ocasión de ejercer el mandato que el Señor le ha confiado y, en consecuencia, de obedecerle.

Si se hubiese dejado llevar sólo por su fe, habría exclamado como más tarde San Pedro: *Jamás permitiré que tú me laves los pies*. Pero, haciendo callar su fe, acepta las atenciones que Jesús tiene con él, adorando esa obediencia inaudita que vino a traer a la tierra para dar ejemplo a los hombres. Espectáculo que es para él fuente inagotable de humildad.

Así pues, se encargó de educar al Verbo encarnado, proposición turbadora que, sin embargo, expresa una realidad. La unión hipostática, en efecto, dejaba a las dos naturalezas sin mezcla ni confusión alguna, de tal forma que Jesús, en cuanto Dios, poseía desde su concepción la plenitud de la sabiduría y de la ciencia. Ahora bien, en cuanto hombre, y desde el punto de vista puramente natural, estaba sujeto a la ley del desarrollo como los demás niños, a los que hay que enseñarles y explicarles todo. Su vida interior de pleno conocimiento quedaba oculta a la mirada de los hombres. No hacía nada que no conviniera a su edad: tenía que aprender a andar, a hablar, a leer, a repetir palabra por palabra los textos de los Libros Santos, a explorar el mundo y sus maravillas. Enseñarle todo eso fue la gran tarea conjunta de María y José.

José educó a Jesús, en primer lugar, con su ejemplo y su conducta. Hay en el alma de los niños una tendencia innata, una necesidad instintiva de leer en el rostro de quienes los rodean y reproducir sus maneras. El rostro de José fue, con el de María, el primer espejo de perfección para Jesús. Sus gestos, su conducta, su forma de hablar, fueron objeto de sus primeras observaciones. Los ojos del niño estaban fijos en José, el espectáculo de este varón piadosísimo y el contacto con su espíritu contemplativo constituyeron su primera lección.

Les estaba sujeto. Es decir, que no hacía nada sin contar con ellos. Se mostraba lleno de sumisión y deferencia respetuosas, de delicada cortesía, de pronta abnegación, de docilidad total. Obedecía con una naturalidad desconcertante. Nunca se vio joven más atento a los consejos de su padre ni más modesto en las preguntas que hacía; honraba a José con un culto religioso y filial, viendo en él la imagen de su Padre celestial.

Fue José quien le informó de todo lo que su encargo paternal le inducía a enseñar a su hijo. Por él, Jesús se enraizó tan profundamente en la estirpe humana que más tarde

podrá darse a sí mismo, con justicia, el título de «hijo del hombre».

José le explicó la Ley, le inició en el ritual, le enseñó la historia y las tradiciones de su pueblo, los proverbios de su raza. Pero sobre todo le enseñó a rezar, obligación que en Israel incumbía, en primer lugar, a los padres. Le repetiría las grandes consignas extraídas de los Libros Santos:

*El Señor nuestro Dios es el único Señor.
Amarás al Señor tu Dios
con todo tu corazón, con toda tu alma y con
todas tus fuerzas.
A Dios pertenece el país,
a Dios su destino...
Es el Señor nuestro Dios
el que nos hizo salir de Egipto
para ser nuestro verdadero Dios...*

Jesús prestaría una atención respetuosa a las palabras de José. Todas las mañanas y todas las tardes recitaría con él y con María –que nunca pensaría en abandonar su papel femenino para dirigir la oración–, la profesión de fe del piadoso israelita.

En las jambas y en el dintel de la puerta, lo mismo que en todas las casas judías, una cajita de madera, colgada, guardaría un pergamino con textos de la Sagrada Escritura. Cuando José saliera de la casa, tocaría la cajita con gesto parecido al de un cristiano que, al entrar en la iglesia, moja sus dedos en el agua bendita. Es bonito imaginarle tomando a Jesús en sus brazos para que alcanzara e hiciera lo mismo...

También José, al despuntar el sábado, conduciría a Jesús a la sinagoga. Entrarían con la cabeza cubierta y babuchas en los pies. Escucharían las lecturas del texto santo (el comentario de la Ley), harían las postraciones acostumbradas y responderían a las letanías. Por la tarde, después de asistir a otra ceremonia, irían a visitar a los ancianos, a los enfermos, a los afligidos, a todos aquellos a quienes Jesús proclamaría bienaventurados en el Sermón de la Montaña. Otras veces darían juntos un paseo que se llamaba sabático –y por tanto necesariamente corto, dadas las exigencias de la Ley–.

José llevaría a Jesús y a María por los senderos florecidos de anémonas. Procuraría que su hijo se fijara en la belleza polícroma de la Creación, y en todo lo que decía se notaba su interés por suscitar un pensamiento religioso. Le mostraría cómo en primavera la higuera produce sus primeros frutos, cómo hay que podar las cepas de la vid para que den más uvas. Dirigiría su atención hacia las ovejas errantes, hacia los halcones que se juntan para devorar su presa, hacia la solidez de las casas construidas sobre la roca, hacia los campos baldíos a causa de la pereza de sus dueños, hacia la belleza de los lirios del campo que, sin hilar ni sembrar, deben todo su esplendor a la magnificencia divina, hacia la cizaña que envenena el trigo, hacia la simiente que germina de una u otra forma según la calidad de la tierra... Le enseñaría a interpretar el aspecto del cielo, diciéndole: «Cuando al caer la tarde el cielo se pone rojo, al día siguiente hará bueno, pero si es por la mañana, amenaza tormenta». O bien: «Cuando una nube se alza por poniente, es que

se acerca la lluvia. Y si el viento sopla del sudeste, hará calor».

Más tarde, Jesús hablará de todas estas cosas en su predicación (*Mt* 16, 2-3, *Lc* 12, 24-25). Pero no nos está vedado pensar que Jesús las oyera antes de labios de José. Y leyendo las parábolas del Evangelio, podemos ver en ellas, emocionados, esa ciencia experimental que, sin duda, debió recibir en sus primeros años de José.

Capítulo XXIII

JOSÉ Y SU APRENDIZ

¿No es el carpintero, el hijo de María? (Mc 6, 3).

Ha pasado el tiempo en que María, ocupada en compras y en tareas fuera del hogar, dejaba al niño Jesús en el taller de José durante algunas horas; en que José, encantado, le veía divertirse, entre el serrín, con las virutas y trozos de madera caídos del banco de carpintero, o en las ensortijadas láminas surgidas de la garlopa o del cepillo.

Ha pasado el tiempo en que Jesús frecuentaba la escuela del *rabbí* y su voz se mezclaba con la de sus condiscípulos que recitaban en voz alta los textos de la Ley. El tiempo es ido en que, al caer la tarde, de vuelta al hogar, José se sentaba cerca de él y, a la luz de un candil, le hacía estudiar las lecciones y repetir lo que había aprendido...

Y es que Jesús ha crecido. Después de ayudar a su madre en las pequeñas tareas del hogar, ha ido pasando insensiblemente a depender de José, con quien sus relaciones son cada vez más directas y frecuentes. Ahora pasa el día en el taller de José.

Ha empezado por ver cómo trabaja su padre y ayudarle en pequeñas tareas: «¿Quieres alcanzarme el martillo?» «¿No te importaría coger el serrín y llevárselo a tu madre?»... Una antigua estampa representa a José cepillando en el banquillo a la caída de la tarde, mientras Jesús, a su lado, sostiene un candil para alumbrarle.

Por fin llega el día en que José le permite utilizar sus herramientas. Su ancha mano cubre la del joven aprendiz para guiarlo con habilidad y precaución. Y bajo su dirección, el que había creado como en un juego el Universo esplendoroso, aprende a cortar planchas de madera, a ensamblar las piezas, a pulir los objetos... Quien más tarde dirá *Tomad sobre vosotros mi yugo* (Mt 11, 28) sabía por experiencia cómo se fabricaban.

Jesús no hace nada sin preguntar a José. Ningún aprendiz se ha mostrado nunca tan atento a los consejos ni tan dócil a ellos. No hay por qué pensar que las primeras piezas salidas de sus manos fuesen perfectas, pues era conveniente que la Perfección, increada y creadora, al encarnarse, aprendiese en la escuela de una criatura. Sin embargo, no tardó en ser iniciado en todas las habilidades del oficio. Sus brazos jóvenes y vigorosos realizaron con seguridad y suavidad los más complicados trabajos. Supo dar, a pequeños hachazos, la forma de yugo a un trozo de madera o igualar un nudo. Supo manejar fácilmente el cincel y el mazo, sacar hábilmente el hilo del cáñamo que hace girar el berbiquí.

Pronto, cuando preguntara a José cómo hacer tal o cual cosa, éste le respondería: «Hazlo como te parezca... Lo harás mejor que yo». En adelante trabajarán desde el alba al ocaso codo a codo, haciendo los mismos trabajos. Al despuntar el día, ya están en el taller. Abren de par en par la puerta para que entre la luz del sol; reina allí un penetrante y saludable olor a madera y a resina. El banquillo ocupa el centro, las herramientas están colgadas de las paredes. En espera de que María venga a recogerlos, el serrín y las virutas barridas el día antes forman un montón en una esquina. Empiezan por ponerse un

delantal de cuero, ya que, en el trabajo, no llevan esa pesada y embarazosa túnica, cubierta de dorados, con que los representan las imágenes de las iglesias. Reemprenden su tarea donde la dejaron la víspera o inician una nueva.

Su taller de carpintería no se distingue de los demás. No hay corriente eléctrica que accionen las herramientas; sólo la fuerza de sus brazos. Un carpintero actual que visitara –si fuera posible– el taller de Nazaret, se asombraría de los toscos útiles de trabajo que vería allí.

Sus manos son duras y callosas. A veces se hieren con los instrumentos cortantes. Claudel habla de «un dedo de José que a menudo estaba envuelto en un trapo, como suele ocurrir con los que trabajan la madera». Sí así era, María sería la encargada de curárselo.

Trabajan sin pausa, envueltos en el chirrido monótono de la sierra y el golpear constante del martillo. La cuchilla del cepillo rechina y las virutas vuelan por los aires. De vez en cuando tienen que secarse con la manga remangada el sudor que perla su frente.

Inclinados sobre el caballete, ensamblan a mazazos los diversos elementos de un arado. Procuran también trazar una línea recta sobre la plancha de madera que van a partir en dos, hacer un marco de ventana y una celosía que encajen perfectamente, ya que es para la sinagoga y tiene que aumentar la sensación de recogimiento...

Casi siempre trabajan en silencio. De vez en cuando, entonan un salmo cuyos versículos alternan, como un oficio recitado a coro. Pero no hay que pensar que su taller fuera de una especie de celda monástica. Está abierto a todo el mundo. El mismo Claudel ha dicho que su «tienda debía ser muy visitada por los niños, como lo suelen ser todas las carpinterías». ¿Cómo pensar que le molestaran a quien más tarde diría *dejad que los niños se acerquen a mí?*...

Los viandantes y los vecinos entran también con frecuencia. Sus lenguas volubles se entregan a interminables lamentaciones sobre los tiempos que corren, e informan a los dos artesanos –ajenos a esas cotillerías– de «lo que se dice» en el pueblo o en los pueblos vecinos, así como de los rumores políticos. Jesús y José escucharían todo sin interrumpir su tarea y sin perder la serenidad. El padre dejaría hablar al hijo, ya que había en sus palabras una profundidad inaudita que asombraba a los visitantes y les dejaba desconcertados. Sin dejar de mostrarse fiel y respetuoso observador de la Ley, tenía una manera de pensar que rompía todos los esquemas hasta entonces admitidos.

En cuanto a los clientes, aunque siempre quedaban satisfechos del trabajo de los dos artesanos, solían discutir el precio, regatear incansables y retrasar el pago. Entonces José, recordando que tenía que ganar el pan con el sudor de su frente y velar por su familia, se mantenía firme. «El precio que le pido es justo. ¡Hay que amar la justicia!». Cuando los clientes se llevaban los yugos, los arados o los toneles, ni siquiera sospechaban que habían sido hechos por las mismas manos que forjaron la bóveda de los cielos. ¿Qué no daríamos nosotros por poseer uno de esos arados fabricados por Jesús? Pero tenemos algo mejor: el madero de la Cruz en que llevó a cabo su tarea suprema, hacia la cual se ordenaban todas las demás.

Ya se ha puesto el sol y ambos siguen trabajando. Retrasan la hora de regresar a casa porque tienen un trabajo urgente que hacer... Cuando eso ocurre, la silueta de María aparece en el umbral. Se admira de los bellos muebles de cedro o de sicómoro que salen de sus manos, pero, al mismo tiempo, les recuerda que es hora de cenar y que la sopa caliente aguarda en la mesa. Ellos, entonces, se excusan por la demora. «Es que ese arado tiene que estar para mañana...» Y regresan a casa fatigados, pero contentos de estar juntos. Tantas horas de trabajo han hinchado sus manos y su espalda se curva de estar inclinados sobre el banco.

No siempre trabajan en el taller. A veces van al bosque para cortar algunos árboles que compren allí mismo; los talan, los trocean y los llevan a un cobertizo para almacenarlos. Otras, trabajan a domicilio. Salen muy temprano en dirección a una granja para reparar un techo, montar una prensa, hacer un armazón o colocar una puerta. Marchan juntos, en silencio, con el saco de las herramientas al hombro y un cesto de provisiones preparado por María en la mano.

Probablemente, dispondrían de un asno, ya que en Oriente sólo los mendigos carecen de tan humilde montura. En él cargarían todo lo que por su peso o su volumen no pudieran llevar a la espalda. También tendrían un trocito de tierra. En un antiguo documento egipcio se habla de un tal Pavetis, carpintero, que alquilaba una tierra cultivable, lo que hoy se llama «huerto del obrero». Cuando Jesús hable más tarde de siembras y cosechas, de terrenos fértiles o pedregosos, del trigo que crece, de la cizaña, de la higuera estéril, de precios en el mercado, del grano que brota por sí solo, de la gallina y los polluelos, de los obreros de la viña, del surco que abre el arado, de los lirios del campo, de la plantación inútil, se expresará con conocimiento de causa, hablándonos de cosas que ha visto y ha palpado con sus manos trabajando en el huerto familiar cultivado por él mismo.

Es posible también que, cuando no tuvieran trabajo en el taller, Jesús y José fueran a buscarlo a los almacenes de Tariquea, en la ribera sur del lago de Genesaret, la más próxima a Nazaret. Allí, los martillos siempre sonaban, clavando las cajas y calafateando los barriles llenos de peces en salmuera.

Lo que parece indudable es que, lejos de limitarse a su oficio, practicaban ampliamente otros. Hacemos nuestras las reflexiones del Padre Bernard, autor de *El Misterio de Jesús*¹: «Los artesanos de los pueblos y ciudades pequeñas están muy ligados a los campesinos. Generalmente, no se sienten tan sujetos a su oficio ni especializados en su arte como para no prestar de buen grado ayuda a los agricultores, sobre todo en los momentos de más trabajo: en la siega, en la vendimia, en el vareo de los olivos. Jesús no podía mantenerse distante de aquellos a quienes venía a salvar. Quien un día contaría la parábola del buen samaritano y, antes de morir, diría que nos daba un mandamiento nuevo, *que os améis los unos a los otros como yo os he amado*, no podía por menos de darnos ejemplo...».

[1](#) Tomo I, p. 227, Editions Salvator. Mulhouse.

Capítulo XXIV

TAMBIÉN JESÚS EDUCA A JOSÉ

Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia (Lc 2, 52).

Debemos representarnos el taller de Nazaret como prolongación de Belén y preparación del Calvario. Se trata del mismo misterio de enseñanza, o, más bien, de enseñanzas que se complementan. En Belén aprendemos la necesidad del desprendimiento y la renuncia; en Nazaret, la dignidad del trabajo, su valor santificador y redentor.

Es de lamentar que se repita a menudo, con inexactitud, que Dios, al venir a este mundo, se hizo obrero manual para escoger lo que hay de más bajo y despreciable. En realidad es todo lo contrario, ya que vino a enseñarnos todo lo que tiene de grande el uso de las fuerzas que nos ha dado; a decirnos que el cumplimiento de cualquier tarea, por oscura que sea, es a sus ojos algo tan sagrado que no consideró indigno de su divinidad aplicarse él mismo a ella.

Jesús y José forman parte así de la llamada clase obrera, cuyo trabajo han santificado.

Externamente, nada distinguía su taller del de los demás, pero el amor que animaba a los dos artesanos resaltaba y sublimaba su labor. Cada uno de los movimientos de sus manos, afanadas de la mañana a la noche, es como una liturgia, como la ofrenda y la consagración de todo su ser al Dios Creador.

¿Por qué escogió Jesús ser un obrero de la madera? Sin duda porque ésta es uno de los elementos más necesarios y más extendidos por la tierra: debía servirse de ella para realizar nuestra Redención, como la Iglesia debía servirse, siguiendo sus enseñanzas, de la piedra para los altares, del agua para el bautismo, del pan y el vino para la Eucaristía, del aceite para otros sacramentos.

Por la madera del árbol maldito del Paraíso terrestre, vino nuestra perdición; era preciso, pues, que se convirtiese en instrumento de salvación. Un pesebre de madera acogió al Mesías en Belén; un día, sobre el Gólgota, se alzaría una Cruz de madera sobre la cual se extenderá, clavado con clavos, en un abrazo sangriento y mortal. En el intervalo, durante su vida oculta en Nazaret, pasa los años trabajando la madera y puliéndola con amor. Cuando pasa su mano por una viga de roble, de cedro o de olivo para palpar los nudos y las vetas, su gesto semeja una caricia a esa materia que va a permitirle salvar el mundo.

Isaías había profetizado:

*Un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado,
lleva sobre sus hombros el imperio.*

Este imperio que pesa sobre sus hombros son, por el momento, las vigas de madera

que lleva cuando trabaja. Todos los días, objetos de madera confeccionados por él salen de su taller. Porque pronto su voz va a proclamar que él es el pan vivo descendido del Cielo y el que come de mi carne y bebe de mi sangre tiene vida eterna, el trigo y la vid gozarán de una honra suprema en la futura Iglesia. Pero no hay que olvidar que serán necesarios arados para que se abran los surcos y surjan de la gleba las espigas doradas y maduren las uvas bermejas. El tiempo de la siembra se acerca, pero hay que preparar los aperos que servirán para la siega...

Y los dos artesanos se afanan serenamente en su taller. Suelen permanecer en silencio, porque no tienen necesidad de palabras para hacerse comprender y sentir su corazón y su alma en armonía. Jesús admira a quien honra como padre; detiene su mirada complacido sobre este hombre justo que trabaja junto a él y que es la más hermosa expresión de esa santidad que viene a traer al mundo. Le ve prudente, paciente, buen consejero, previsor, entregado; su alma es impermeable al orgullo y su corazón caritativo le empuja a darse constantemente a los demás. Interiormente repite lo que se dijo en los días de la Creación: *Y vio Dios que era bueno...* Jesús ve que José es una obra maestra, y da gracias a su Padre celestial por la grandeza moral y religiosa que se esconde en este justo, totalmente adaptado a la función que le ha sido encomendada y cuya alma es tan dócil y abierta a la gracia.

En el taller, Jesús es el aprendiz y José es el patrón, pero a menudo el patrón contempla a su aprendiz para aprender. Viéndole inclinado sobre el banquillo evoca las palabras del Ángel en la Anunciación, que María le ha repetido tantas veces: *Será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos de los siglos. Y su reino no tendrá fin.* Quizá les desconcierta que el «Hijo del Altísimo» se conforme con la oscura tarea de un artesano pueblerino. Sin darse cuenta claramente de su misión entre los hombres, adivina que lo que hace Jesús está relacionado con el nombre que él mismo, por mandato de Dios, le ha puesto: *Jesús*, es decir, Salvador, que coincide con lo que los Profetas, especialmente Isaías y Zacarías¹, anunciaron del Mesías: la dulzura, la humildad, la mansedumbre de este elegido de Yahvé que no gritará, no alzará la voz en las calles, no romperá la caña cascada ni apagará la mecha que todavía humea.

José no le comunica su asombro ante su tardanza en darse a conocer al mundo, ante el paso del tiempo sin que en apariencia aporte nada a la salvación anunciada. Sabe que todo lo que ve debe tener un sentido, y se entrega a la voluntad de Dios.

María vivirá más tiempo que él cerca de Jesús, pues morirá, probablemente –lo veremos–, antes de su manifestación al pueblo. Pero, mientras espera, es él el más favorecido, pues están juntos todo el día. A su lado trabaja, come, duerme... Con él reza.

Como el árbol plantado al borde de las aguas, del que hablan los Salmos, que conserva sus hojas siempre verdes y da frutos abundantes, así José, viviendo siempre cerca de la fuente de todas las gracias y de toda vida, vio su fe fortalecida, su amor enriquecido. El Evangelio se le manifestaba de manera concreta, familiar, continua.

Incluso antes de nacer Jesús, el amor que le tenía se había visto fecundado por las lágrimas y la angustia. Más tarde se desarrollaría con los cuidados que le prodigaba, con

los temores y las privaciones que tuvo que sufrir por su causa, con la protección que le dio en el exilio. Al salir Jesús de la infancia y no tener necesidad de la misma solicitud, convertido ya en un compañero de su vida, José se aplicaría a conformar totalmente su voluntad con la de él. Nutre su vida espiritual con lo que ve y oye, cuyo recuerdo conserva fielmente en su memoria.

No vive más que para Jesús. Él es el objeto de sus aspiraciones y de sus deseos.

Está a su lado. Eso le basta. Realiza el programa que más tarde San Pablo propondrá a los filipenses: *Mihi vivere Christus est. Mi vida se resume en una palabra: Cristo.*

Y en la medida en que Jesús se le manifiesta, su obediencia a Dios se hace más sólida; su alimento, como el de Jesús, es hacer la voluntad del Padre.

[1](#) Isaías, 42, 2-4; Zacarías, 9, 9.

Capítulo XXV

LA «TRINIDAD» DE NAZARET

Y los tres sólo son uno (Jn 5, 7).

Nazaret no era en absoluto una ciudad famosa. Era más bien un pueblo insignificante; antiguo, sin duda, pero sin historia. Un proverbio de la época ridiculizaba su pequeñez. Está distribuido en anfiteatro en la ladera de una colina, rodeado de trigales, de huertos y de viñas y un tanto apartado de las vías de comunicación que discurrían a sus pies, como desdeñándolo.

La etimología más probable de Nazaret es En-Nazira, que quiere decir guardián, pero una tradición que parece tener su origen en San Jerónimo dice que significa «ciudad de las flores». Ciertamente, el espectáculo que ofrece en primavera, le hace merecedor de este nombre.

Sus calles eran más bien callejuelas que trepaban estrechas y sinuosas. Muchas de sus casas se adosaban a la ladera, como todavía algunas hoy.

En una de esas casas vivía la Sagrada Familia, que no se distinguiría en nada de las demás. La fachada sería de mampostería, pero la mayor parte del resto –no más de dos o tres piezas– estaría horadada en la roca calcárea. La habitación más grande, a la que daría acceso la puerta de entrada, serviría de comedor y cuarto de estar. En el interior, habría alguna más. La zona de la casa construida de mampostería estaría cubierta por una terraza, a la que se subiría por una escalera exterior.

Nada de lujo ni de confort. Sobre el suelo, de tierra batida, unas alfombras de esparto. El mobiliario, semejante al de las gentes de su clase: unas camas, unos arcones para la ropa, los utensilios de cocina, un ánfora, una rueda de molino, algunos tapices y cojines para los visitantes...

En esta humilde morada no hay –escribe Claudel– más que «tres personas que se aman y van a cambiar la faz del mundo». Son sólo tres, pero el mutuo amor que las anima, nunca desmentido, cada vez más íntimo, más tierno y más fuerte, las une en una unidad maravillosa que nos hace pensar en la Trinidad eterna, de la que diría San Juan: *Et hi tres unum sunt*, y los tres sólo son uno. El amor une sus almas en una sola y su corazón en un solo corazón. Su comunión es constante.

Los tres tienen distinta dignidad, pero el orden querido por Dios es perfectamente observado. José se somete a la voluntad divina, María está subordinada a José y Jesús obedece a ambos. La precedencia, pues, es inversa a su excelencia. El último de los tres en dignidad y grandeza es el primero en autoridad. Se trata de un orden conforme a la ley evangélica que quiere que los primeros sean los últimos y los últimos los primeros... Una lección de Dios que nos dice que el poder es más un servicio que un privilegio.

José representa la autoridad divina. Se sabe muy por debajo de su hijo y de su esposa, y pensando en la distancia que le separa de Dios y de la más pura de las criaturas, su espíritu zozobra. Con todo, cuando llega la hora de ejercer su autoridad, no

se inquieta ni vacila.

Con la misma espontaneidad, Jesús y María vuelven sus ojos hacia él como hacia el que ha sido designado por Dios para comunicarles sus consignas, y, lejos de sentirse frustrados al obrar así, comprenden que es para ellos el único medio de compenetrarse más y más con la voluntad de Dios.

Pero aunque mandan sobre Jesús y éste les obedece, María y José le consideran su Maestro y su modelo. Hay en él tal santidad, que sienten un impulso irresistible de imitarle. Es el espejo de su ideal y tratan de grabar en ellos el sello de su perfección, como él mismo dirá más tarde que es la marca, la señal del Padre.

Los tres llevan una vida oculta. A ojos de sus compatriotas, no son más que unos israelitas piadosos, fervientes, fieles, observantes de la Ley. Su conducta es edificante, pero sus prácticas religiosas, aunque llaman la atención, no tienen nada de espectacular, de insólito, de especial. Nada hace transparentar las riquezas que desbordan sus almas. Nada dan a conocer del secreto divino, hasta tal punto que los parientes próximos de Jesús no sabrán descubrir en él al Verbo hecho carne.

Viven discretamente, sin tratar de prevalecerse de sus privilegios y de sus títulos. En apariencia, su vida es tan ordinaria, tan sin historia, tan sin brillo, que el Evangelio nada tiene que decirnos de ella. Se diría que se trata de una especie de acuerdo tácito el que los evangelistas silencien la vida que llevaba la Sagrada Familia en Nazaret.

Uno está tentado de lamentarse: «Señor, ¿no has dicho que no conviene poner la luz bajo el celemín? ¿Por qué tardaste tanto en manifestarte? Y si querías ocultarte tú, ¿por qué no permitiste que el mundo conociera la santidad de quien elegiste como padre, y de tu madre?».

La hora de la revelación llegará un día. Mientras tanto, antes de predicar, hay que dar ejemplo. Antes de enseñar a los demás a guardar silencio, a desaparecer, a ser abnegados, humildes, es preciso que Jesús y los que sigan su camino comiencen por ofrecer a los hombres el espectáculo de todas esas virtudes. Es preciso que el mundo sepa que lo más provechoso, lo más útil, lo más evangélico, es lo que no tiene oropel, lo que se consume en el cumplimiento silencioso del deber cotidiano.

El ritmo de las jornadas de los tres miembros de la Sagrada Familia es, pues, el mismo de las demás familias de Nazaret. El *Libro de la Sabiduría*, al describir a la «mujer fuerte», dice que *se levanta antes de que amanezca para preparar la comida de los suyos*. Así obraría María. Presentaría a Jesús y a José sus asientos, les serviría la comida, se preocuparía por su trabajo. Y José, en la mesa, bendeciría los alimentos y, según la costumbre, sería el primero en partir el pan y beber el vino. Luego, mientras María pone orden en la casa, barre, da de comer a las gallinas, va a la fuente y al mercado, amasa el pan, enciende el horno y hace un bizcocho, los dos carpinteros trabajan en el taller. Cuando vuelvan a mediodía, todo estará a punto.

Por la tarde, María les esperaría sentada a la puerta y saldría a su encuentro al verles venir. Les mostraría su alegría y contemplaría con amor su rostro cubierto de polvo y sudor. Tomaría entre las suyas sus manos callosas, fatigadas para ella.

En cuanto a ellos, le entregarían las ganancias del día. Escasas, sin duda, pues por

concienzudo e intenso que fuera su trabajo, la clientela abusaría de su escrupulosa honestidad. Pero María sonríe y les dice que es más que suficiente; incluso les sugiere dar una parte a alguna familia del pueblo que pasa necesidad.

Las horas que siguen, a la caída de la tarde, son para ellos de descanso y de intimidad familiar. Todos y cada uno se sienten felices de estar juntos y elevan al Señor sus alabanzas y acciones de gracias.

Son momentos de conversaciones piadosas, de efusiones ávidamente esperadas, en los que Jesús, antes de enseñar la buena nueva del Evangelio, ofrece las primicias a los que humanamente es tributario.

Y cuando llegara el momento de irse a dormir, María y José se preguntarían como más tarde los discípulos de Emaús: *¿No arde acaso nuestro corazón cuando nos habla y nos explica las Escrituras?...*

Capítulo XXVI

LOS ÚLTIMOS AÑOS

*En cuanto a mi hijo José, le veo que crece, que no deja de crecer
(Gn 49, 22).*

Cuando el patriarca Jacob sintió que iba a morir, hizo llamar a sus hijos. Antes de bendecirlos, les anunció proféticamente el destino que entreveía para cada uno de ellos. Al llegarle el turno a José, su preferido, el entusiasmo se apoderó de él y, evocando el prodigioso ascenso de quien se había convertido en primer ministro del Faraón, exclamó: *En cuanto a mi hijo José, le veo que crece, que no deja de crecer...*

Estas palabras de Jacob moribundo las aplica la Iglesia a otro José, hijo de otro Jacob, el humilde carpintero de Nazaret. El crecimiento a que se refiere es el progreso continuo de su culto, el de la misión que se le encomienda respecto a la Iglesia y también al desarrollo constante de su vida espiritual.

Antes de verse elevado a la dignidad de esposo de María, ya se le dio el título de «justo», pero su «justicia» se vio enormemente acrecentada en la atmósfera del hogar de Nazaret.

Cuanto más cerca se está, física y moralmente, de la fuente de la santidad, más abundantemente se recibe la gracia. Pues bien, José tenía constantemente ante su vista el espectáculo de la perfección inmaculada de María y de la santidad increada del Dios hecho Hombre. ¿Cómo el contacto de las virtudes que ambos tenían en grado eminente no se las iba a contagiar?

El Evangelio nos dice que, al acercarse María, Juan el Bautista, todavía en el seno de su madre, quedó santificado. José, que vivía bajo el resplandor inmediato del «sol de justicia» y de la que, habiéndole engendrado, había recibido la misión de traerle al mundo, tuvo que verse inundado de efluvios santificantes.

Cuando Jesús niño echaba sus bracitos al cuello de José, para acariciarle, no cabe duda que esta manifestación afectuosa se veía acompañada de una compenetración más estrecha con su divinidad. Luego, a medida que Jesús fue creciendo en compañía de José, éste recibiría una efusión cada vez más abundante de luces y de amor. Su vida se desarrollaba en el silencio y la oscuridad, pero esa oscuridad silenciosa escondía una asombrosa disponibilidad. A fuerza de plegarse a las exigencias divinas y de responder a las llamadas de la gracia con una generosidad sin reservas, había pasado a formar parte, de una manera excelente, de ese grupo de almas de buena voluntad a las que los ángeles de Belén habían anunciado la paz.

Mientras que para muchos hombres su preocupación más absorbente, su único ideal, es procurar aparentar, brillar, pavonearse, José sólo tenía una ambición: tomar conciencia, de manera cada vez más viva, de su papel y de su misión, para ejercerla en plena comunión con el Padre celestial. Procuraba esclarecer el presente a la luz del pasado y le gustaba rememorar todo lo que había visto y oído, recordar cómo Dios le había conducido por un camino de gozos y dolores.

Los cristianos que contemplan el misterio de José, descubren en su vida, lo mismo que en la de María, siete dolores y siete gozos. Y como nuestras consideraciones se acercan a su término, vamos a desgranar, en retrospectiva, el rosario de las alegrías y de las penas con que Dios fue puliendo su alma.

La primera e indecible angustia le asaltó cuando advirtió en su prometida señales de una próxima maternidad. Su corazón se rompía pensando en que tendría que separarse de ella. Pero cuando el ángel le tranquilizó, diciéndole que la criatura que llevaba en su vientre era obra del Espíritu Santo, la espantosa pesadilla se transformó en un canto de alabanza y en un respeto y un cariño redoblados.

Su corazón se vio traspasado por segunda vez cuando, en el momento en que iba a nacer Jesús, todas las puertas de Belén se cerraron ante él y tuvo que refugiarse en un miserable establo. Nada tenía para acoger dignamente al Niño-Dios. Pero, qué alegría cuando pudo recibir al recién nacido de manos de María, apretarle contra su corazón, arrodillarse a sus pies para adorarlo y ver cómo acudían, enviados por Dios para rendirle homenaje, los pastores y los Magos.

Un tercer golpe lo recibió el día en que su oficio paternal le obligó a marcar la carne del niño con la circuncisión, vertiendo así sus primeras gotas de sangre. Pero en ese mismo instante se sintió feliz de imponerle, pronunciándolo el primero, el nombre de Jesús, que los siglos futuros pronunciarían con tanto amor. Iluminado sobre el significado de ese nombre, entreveía ya la obra de salvación realizada por el sacrificio de este niño, cuya carne acababa de cortar.

El cuarto dolor se lo causó el anciano Simeón cuando, descorriendo el velo del porvenir, había anunciado que Jesús sería para los hombres un signo de contradicción y que su Madre vería un día traspasado su corazón. Pero, al mismo tiempo, una nueva profecía había venido a consolar inmensamente su alma. Jesús iba a ser la luz de las naciones y la gloria de Israel.

La predicción de Simeón no tardaría en realizarse con ocasión de la huida a Egipto. Sería su quinto dolor. Tuvo que exiliarse precipitadamente, para sustraer a Jesús de la ira de Herodes. Pero tuvo también el gozo de gastarse y agotarse en servicio de Jesús y de María, realizando junto a ellos la función que Dios le había confiado. Su exilio sería un desierto florecido.

A su regreso de Egipto, nada más poner pie en el suelo palestino, se estremeció de nuevo al saber que la ferocidad de Herodes se prolongaba en su hijo Arquelaos, que reinaba en Judea. Pero, sin tardar, Dios hizo brillar sobre esta nueva angustia una luz consoladora que le inspiró buscar refugio en Nazaret, ese querido pueblo donde el ángel de la Anunciación había traído su embajada a María. Allí, con Jesús y ella, reemprendería la vida familiar en dulce intimidad.

Finalmente, el séptimo dolor alcanzó a José en pleno corazón el día en que perdió a Jesús en Jerusalén y, con indecible aflicción, lo estuvo buscando durante tres días, imaginándose los mayores peligros y desgracias. Pero, ¡qué alegría cuando lo encontró! Su amor se vio enriquecido tras el temor que había experimentado de verse separado de él para siempre.

Así pues –pensaba José–, las pruebas no me han faltado, pero Dios me ha compensado con enormes alegrías. Se repetía las palabras que Tobías había escuchado (XII, 13): *Porque eras agradable a Dios, la tentación tenía que probarte*. Lejos de protestar, había encontrado en sus dolores crucificantes la ocasión de acrecentar sus virtudes y enriquecer su amorosa fidelidad.

En cuanto a sus alegrías, decía a Dios que no merecía tantas, que le había tratado con demasiada magnificencia y que su vida era corta para darle gracias. Que, por lo demás, era el servidor de sus designios y que, si Él estimaba que su tarea había terminado, aceptaba abandonar la tierra con la misma sumisión...

Capítulo XXVII

LA MUERTE DEL BUEN SERVIDOR

*Ahora, Señor, puedes dejar partir en paz a tu siervo, pues mis ojos han visto tu salvación, que has preparado a la faz de todos los pueblos
(Lc 2, 29).*

Se habla tan poco de José en el Evangelio que ni siquiera refiere su muerte, como tampoco cuenta su nacimiento. Sólo se hace mención de él en tanto en cuanto su vida esclarece la de Jesús, es decir, desde el día en que se compromete con María hasta el momento en que su hijo adoptivo, convertido en adulto, ya no tiene necesidad de él.

Por eso, si se quiere hablar de la muerte de José, es preciso suplir al Evangelio y buscar en su silencio indicaciones que la meditación incesante de los siglos cristianos ha transformado en resplandores de probabilidad.

De hecho, no conocemos nada de esa muerte, de su tiempo y de sus circunstancias, aunque todos los autores están de acuerdo en estimar que José murió antes de la manifestación de Jesús en su ministerio público. El Evangelio parece sugerirnoslo cuando el anciano Simeón, el día de la Presentación de Jesús en el Templo, al desvelar el futuro, anuncia *sólo* a María que la traspasará una espada de dolor. ¿No habría asociado a su esposo, allí presente, si su clarividencia inspirada le hubiese visto junto a ella en la hora suprema de la prueba definitiva?... José no aparece en el momento de la Pasión, y si Jesús, a punto de expirar, confió su Madre a San Juan, ¿no es todo ello una prueba, al menos probable, de que la muerte le había arrebatado a su fiel apoyo...?

Tampoco se le menciona a lo largo de la vida pública del Señor. Sin embargo, los galileos llaman a Jesús, el hijo del carpintero, lo que indica, probablemente, que no había pasado mucho tiempo desde su muerte, pues que sus paisanos le recordaban todavía.

Es fácil sospechar que la presencia de José cuando Jesús comenzó su predicación habría podido crear malentendidos en los oyentes, sobre todo al oírle hablar constantemente de su «Padre».

Se puede conjeturar, por lo tanto, que José no murió de viejo. Si se casó, como parece lógico, a una edad en armonía con la de su esposa, no debía tener más de sesenta años cuando murió. Así pues, debió debilitarse muy deprisa. Los cuidados atentos y la delicada dedicación de María sólo lograron retardar su tránsito. Había consumido sus fuerzas, hasta el límite de lo posible, en el taller, donde Jesús, desde hacía tiempo, cargaba con las tareas más duras. Un día, al regresar del trabajo, él, que nunca se quejaba, se sentiría cansado, con una fatiga que le mareaba, le hacía tiritar y ponía frío en su corazón. Se extendería sobre la esterilla y, enseguida, María y Jesús, alarmados, acudirían a su lado para prodigarle sus cuidados y tratar de atenuar sus dolores.

José comprendería que le había llegado la hora de abandonar esta tierra y, lejos de protestar, él, que toda su vida no había querido ser más que el servidor de los designios del Señor, se pondría más que nunca en las manos del Dios.

Acogería la enfermedad lo mismo que todo lo demás, como enviada por Dios. Le

diría que es Señor de todas las cosas y que le corresponde señalar la hora de nuestra partida, lo mismo que la de nuestra llegada. La perspectiva de la muerte se le aparecía como un medio supremo de aceptar la voluntad del divino Maestro.

Comprendía que su tarea había terminado y creía que había hecho todo lo posible para conducirla a buen término. El Padre Eterno le había confiado al Verbo encarnado y a su Madre para que los protegiera y fuese su padre nutricio. No les había proporcionado, ciertamente, ni el excesivo bienestar ni la riqueza, pero, con la ayuda de Dios, les había procurado lo necesario. Desde hacía tiempo, su aprendiz se había convertido en maestro carpintero, y ya no tenía necesidad de sus lecciones.

Por otra parte, presentía que su presencia al lado de Jesús, lejos de ser necesaria, podía serle embarazosa. El mundo no debía creer que él era el verdadero padre de ese hombre joven. Absteniéndose de toda curiosidad, nunca había hecho a su hijo adoptivo preguntas concernientes a la hora y la forma en que se manifestaría. Quizá se habría sentido asombrado alguna vez por la similitud de su vida con la de los demás, e incluso de que pareciese querer hundirse cada vez más en la oscuridad de su tenducho, pero sospechaba que eso no podía ser siempre así y que Jesús no tardaría mucho en revelarse al mundo como enviado de Dios.

«Sí —se decía—, es bueno, es oportuno que yo me vaya». Y acordándose del cántico de despedida de Simeón, repetía los versículos adaptándolos a su propia misión: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu servidor partir en paz. He guardado el secreto inefable. No me he quedado con nada. De nada me he aprovechado. No he discutido nunca tus designios. Mis ojos no han visto la plena manifestación de la salvación prometida al mundo. Del Mesías, no he conocido más que las humillaciones y la oscuridad. Hasta ahora, ha pasado su vida como yo, cepillando planchas de madera. No ha iniciado su misión, Él, que es el Salvador de los hombres y la luz del mundo. Pero eso no es cosa mía. He visto ya bastante como para cantar el *Magnificat*, que María me ha enseñado. He asistido a la siembra y me basta con saber que la cosecha está cerca. Será mejor que yo no esté cuando llegue ese momento; los hombres creerán más fácilmente que Jesús no tiene un padre según la carne».

Estos pensamientos, que verosímilmente pasarían por su cabeza, no los expresaría con palabras; estaba tan habituado a callarse para dejar hablar a Dios que no le parecía necesario abandonar su silencio. Retengamos, no obstante, estas palabras que San Francisco de Sales pone en sus labios: «Niño mío, de la misma manera que tu Padre celestial puso tu cuerpo en mis manos cuando viniste al mundo, yo, al dejar este mundo, pongo mi espíritu en las tuyas».

Sin ruido, sin quejas, sin dejar testamento, se preparó para morir. Como los sacramentos no habían sido instituidos, no pudo recibir al viático ni la extremaunción, pero tuvo a su lado a la fuente de la gracia y a la mediadora de la gracia, rodeándole con toda su ternura y toda su dedicación.

El Padre Patrigani, en una obra célebre sobre San José, contemplándole en su muerte, le interpela así: «Tuviste continuamente junto a tu lecho a Jesús y María, prestándote diligentemente los mismos servicios que les habías prodigado durante toda

tu vida. Alternándose, te prestaban todos los alivios medicinales compatibles con su pobreza. Jesús te confortaba con palabras de vida eterna, María con cuidados y atenciones llenas de cariño. ¡Cuántas veces Jesús sostendría con sus manos tu cabeza desmayada! ¡Cuántas María secaría tu frente pálida y sudorosa! ¿Cómo no ibas a morir de amor viéndote, en tu agonía, sostenido por un Dios y consolado por su Madre?».

La piedad filial de Jesús le acogió en su agonía. Le diría que la separación sería corta y que pronto se volverían a ver. Le hablaría del convite celestial al que iba a ser invitado por el Padre eterno, cuyo mandatario era en la tierra: «Siervo bueno y fiel, la jornada de trabajo ha terminado para ti. Vas a entrar en la casa celestial para recibir tu salario. Porque tuve hambre y me diste de comer. Tuve sed y me diste de beber. No tenía morada y me acogiste. Estaba desnudo y me vestiste...».

Y el que durante toda su vida, en contraste con la rebelión de Lucifer, no había tenido otro pensamiento y otra pretensión que servir, se durmió como un niño en los brazos de Dios.

Su muerte es modelo acabado de tránsito tranquilo y lleno de consuelos, ya que entró en el reposo eterno entre los brazos de Jesús y de María. Por eso, los Soberanos Pontífices, especialmente Pío IX, León XIII y Benedicto XV, confirmando lo que la piedad cristiana había intuido desde hacía mucho tiempo, lo ofrecen a los cristianos como patrón de los moribundos, alentándolos a invocarle para que les libre del peligro de la muerte eterna y su vuelta al Dueño de la vida sea tranquila y sonriente, como la suya.

Jesús y María le cerraron los ojos, lavaron su cuerpo y lo envolvieron en un lienzo salpicado de mirra y áloe. Luego, vestidos de duelo, la cabeza cubierta con un manto, según la costumbre, acompañaron hasta el camposanto su cuerpo, conducido a hombros por un grupo de jóvenes.

Es lógico pensar que Jesús, que más tarde lloraría ante la tumba de su amigo Lázaro, vertería también amargas lágrimas en el entierro de su padre adoptivo. Y los que le vieran llorar, pronunciarían tal vez las mismas palabras que en Betania: *¡Mirad cómo le amaba!*

Los habitantes de Nazaret se unirían a la comitiva fúnebre. Parientes, vecinos, clientes, elogiarían a este justo que no había tenido otra ambición que honrar a Dios y amar a sus semejantes, a este hombre humilde cuya vida había sido una condena muda de los hinchados y los orgullosos, este trabajador silencioso que jamás hizo sombra a nadie, a este cabeza de familia dulce y pacífico que nunca se mezcló en querellas políticas, a este descendiente de David que, reducido a la pobreza, había aceptado sin quejarse la modestia de su condición.

Y mientras Jesús y María regresaban a su casa, que les parecería tan vacía y que durante ocho días –según el rito– permanecería con las puertas abiertas para recibir a los parientes y a los amigos que vinieran a consolarles, el alma de José entraría en el Limbo para anunciar a los justos, que esperaban allí el momento de entrar en el Paraíso de Dios, su próximo rescate: «El Redentor ha bajado a la Tierra, ¡pronto se nos abrirán las puertas de los Cielos!».

Y los justos se estremecerían de esperanza y de agradecimiento. Rodearían a José y entonarían un cántico de alabanza que ya no se interrumpiría en los siglos venideros: «¡Bendito seas tú, que nos anuncias al Salvador! ¡Bendito sea el Emmanuel, que has llevado en tus brazos! ¡Bendita sea la Virgen, tu santísima esposa!».

Capítulo XXVIII

EL GLORIOSO SAN JOSÉ

*Ya que Dios te ha dado a conocer estas cosas, gobernarás mi casa
(Gn 41, 40).*

La Iglesia no conserva ninguna tradición seria concerniente al lugar en que está enterrado San José, ni tampoco venera sus reliquias. Silencioso durante su vida y silencioso en la muerte, era lógico que también después se viera despojado de todo aquello que no es esencial a una verdadera gloria.

Era el santo por excelencia que había comprendido, en palabras de Bossuet, «que no hay mayor gloria que ocultarse en Jesucristo». Buscaba no lo que el mundo aplaude, sino lo que complace al Señor. Si en ese desaparecer ante la voluntad divina encontró lo que procura al alma sus mayores alegrías, tal cosa no fue más que el preludio de las maravillosas recompensas con que Dios le coronaría. Su glorificación debía edificarse sobre su abajamiento. Porque no había buscado aparentar, fue soberanamente exaltado. Porque amó la oscuridad, Dios, según su promesa, le rodeó de luz y le propuso a la admiración de todo el Universo. Pero, al mismo tiempo, quiso dejar a los hombres la tarea de descubrir su grandeza y adquirir una conciencia cada vez más luminosa de ella, como para verificar la profecía pronunciada por Jacob sobre el otro José del Antiguo Testamento: *Joseph accrescens*, José está destinado a subir.

María, sin duda, hablaría a San Juan y a los demás Apostóles de su querido esposo, que la había rodeado de tanto cariño y dedicación, y que ella había amado con toda su ternura virginal. Podría decirse que los primeros panegíricos de San José fueron pronunciados por ella.

Sin embargo, hay que reconocer que su culto era casi inexistente en la primitiva Iglesia. Al menos, no han quedado huellas de esa devoción. Un velo cubre su nombre y su recuerdo durante los primeros siglos cristianos. Se diría que quien durante toda su vida se complació en el silencio deseaba continuar siendo desconocido, una vez en el seno de la bienaventuranza celestial.

Esta aparente desatención de los primeros cristianos tiene una explicación muy sencilla. Mientras la Iglesia estuvo en período de formación y de combate, importaba, más que promover el culto debido al esposo de María, procurar que la virginidad de la Madre de Cristo fuese reconocida y honrada para que la divinidad de Nuestro Señor quedase firmemente establecida. Favoreciendo la devoción a San José, la Iglesia corría el riesgo de que alguien se equivocase y pensara que esos honores se le tributaban como padre de Jesús según la carne.

En efecto: mientras se puede constatar que los primeros cristianos profesaban devoción hacia otros santos, especialmente hacia Juan Bautista, los Apóstoles y los primeros mártires, parecen olvidar a San José. No es que no se le mencione en las homilías o que los grandes Doctores oculten sus prerrogativas como padre nutricio de Jesús. En algunos de ellos, como Orígenes, San Gregorio Nacianceno, San Juan

Crisóstomo y, sobre todo, San Agustín, encontramos ya el germen de lo que la mística y la teología desarrollarán más tarde. No se trata de la oscuridad absoluta, pero los elogios que se hacen de él no incluyen un culto de invocación.

Ese retraso contribuyó a rodear de un mayor brillo el pavés de honor sobre el que se alzaría un día, pues Dios, que le había tratado en la tierra con tanta deferencia, no podía permitir que durara siempre el silencio en torno suyo.

En el siglo XII, San Bernardo orientó los espíritus y los corazones hacia el Santo Patriarca, subrayando su incomparable santidad. No invita todavía a los fieles a rezarle, pero establece las bases de su culto, proponiendo sus virtudes a la admiración de los cristianos.

Más tarde llegaron los grandes heraldos del culto a San José. En el siglo XIV, el Cardenal Pedro d'Ailly que fue el primero en componer un tratado de teología sobre él, y su discípulo Gersón, canciller como su maestro de la Universidad de París, quien, en diversos tratados de rigurosa doctrina, enumeró las razones existentes para honrarle. Luego, un franciscano, San Bernardino de Siena, gran predicador del siglo XV, Isidoro de Isolani, dominico del siglo XVI, y la reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, contribuyeron con la influencia de sus enseñanzas, de sus escritos y de su ejemplo, a hacer popular la devoción a San José.

A partir de esa época, el culto de los cristianos al Santo Patriarca no ha cesado de aumentar y de enriquecerse. La Iglesia, por su parte, ha pagado con generosidad el tributo de homenaje que tanto tardó en concederle.

En la Carta apostólica *Inclytum Patriarcham*, de 7 de julio de 1871, Pío IX declara: «Los romanos Pontífices, nuestros predecesores, a fin de aumentar y promover cada vez más en el corazón de los fieles la devoción y la reverencia hacia el Santo Patriarca, y para animarles a recurrir a su intercesión con la mayor confianza, no se olvidaron, siempre que tuvieron ocasión, de otorgarle, bajo nuevas formas, señales de culto público. Entre esos Pontífices, basta con mencionar a nuestros predecesores de feliz memoria Sixto IV, que quiso que se incluyera la fiesta de San José en el Breviario y el Misal romanos; Gregorio XV, que decretó, el 8 de mayo de 1621, que la misma fiesta se celebrara, bajo doble precepto, en todo el universo; Clemente X, que, el 6 de diciembre de 1670, concedió a esa misma fiesta el rito doble de segunda clase; Clemente XI, quien por un decreto de 4 de febrero de 1714 enriqueció dicha fiesta con una misa y un oficio propios; y, en fin, Benedicto XIII, que el 19 de diciembre de 1726 ordenó que el nombre de San José se incluyera en las letanías de los Santos».

El mismo Pío IX, el segundo año de su Pontificado, extendió a la Iglesia universal, con rito doble de segunda clase, la fiesta del Patrocinio de San José, que se celebraba ya en varios lugares por concesión especial de la Santa Sede. Luego, respondiendo a innumerables súplicas procedentes de todos los países de la Cristiandad, declaró expresamente a San José Patrono de la Iglesia universal el 8 de diciembre de 1870. «Así como Dios estableció al Patriarca José, hijo de Jacob, gobernador de todo Egipto para asegurar al pueblo el trigo que necesitaba para vivir —decía el Papa en el decreto—, así también, cuando se cumplieron los tiempos en que el Eterno decidió enviar a la tierra a

su Hijo único para rescatar al mundo, escogió otro José, del cual era figura el primero, estableciéndole señor y príncipe de su casa y de sus bienes y constituyéndole guardián de sus más ricos tesoros».

León XIII, por su parte, en su Encíclica *Quamquam pluries* de 15 de agosto de 1899, desarrollaría las razones y los motivos especiales por los cuales José había sido designado protector de la Iglesia.

El patrocinio que le ha sido confiado le corresponde en razón de las funciones que ejerció junto a Jesús y María en la intimidad del hogar de Nazaret. Habiendo sido por voluntad de Dios el proveedor, el defensor de la Sagrada Familia, el guardián del Hijo de Dios y de su Madre, en quienes toda la Iglesia se encontraba presente en estado de germen, ¿cómo actualmente no continuará ejerciendo en el cielo con la Iglesia adulta la misión que ejerció en su nacimiento? Le corresponde, en efecto, velar por este cuerpo de Cristo que es la Iglesia como supo velar por el Niño Jesús, protegiéndola contra sus enemigos y procurando que crezca.

Actualmente, su culto florece en todo el pueblo cristiano. Pocas iglesias o capillas hay que no tengan un altar o una imagen suya. Innumerables son las casas religiosas, los hospitales, las Congregaciones, los colegios bajo su advocación. Le está consagrado un día a la semana, el miércoles, y un mes al año, el de marzo. Un número cada vez mayor de cristianos le rezan con un fervor y una piedad que lleva a algunos a ofrecerse en holocausto para que le sean dados en el seno de la Iglesia honores cada vez más grandes. Y a Roma llegan súplicas para que su nombre sea invocado después del de María en el *Confiteor* y se haga mención de él en el Canon de la Misa¹.

Sobre el destino triunfal del humilde José planean las palabras proféticas que pronunció el Faraón refiriéndose a su primer ministro (*Gn 41, 37 y ss.*): *Puesto que Dios te ha dado a conocer todas estas cosas, no hay nadie que sea tan inteligente y tan sabio como tú. Así pues, gobernarás mi casa y todo mi pueblo obedecerá tu voz...*

Y el Faraón, quitándose el anillo, lo puso en el dedo de José, y le hizo revestir con trajes de fino lino, y le puso en el cuello un collar de oro. Le hizo montar en el segundo de sus carros, y gritaban ante él: ¡De rodillas!

¹ Como es sabido, en el año 1962, Juan XXIII mandó incluir el nombre de S. José en el Canon de la Misa, a continuación del recuerdo de la Virgen; de ello habló en el Discurso de clausura de la primera sesión del Concilio Vaticano II, el 8 de diciembre de 1962: «Esté con nosotros siempre la Virgen Inmaculada. Que su castísimo esposo, José, Patrono del Concilio Ecuménico, cuyo nombre brilla desde hoy en el canon de la misa en todo el mundo, nos acompañe en el viaje, como acompañó a la Sagrada Familia con su ayuda querida por Dios».

Capítulo XXIX

EL MAYOR DE LOS SANTOS DESPUÉS DE MARÍA

El Faraón hizo montar en el segundo de sus carros a José, y gritaban ante él: «¡De rodillas!» (Gn 41, 43).

Fue una especie de lugar común entre los teólogos, a partir del siglo XVI, comparar la grandeza de San José con la de otros santos para precisar el lugar que le correspondía en la asamblea de los que Dios ha coronado en el cielo.

En sus discusiones citaban a menudo el texto precursor de San Gregorio Nacianceno, quien había escrito: «El Señor ha reunido en José, como en el sol, toda la luz y el esplendor que los demás santos tienen juntos».

Es indudable que cuando Dios predestina un alma a una misión le otorga todos los dones necesarios para su realización. Ahora bien, después de la de María, Madre del Verbo encarnado, ¿qué otra función sobrepasa o incluso iguala la de José, padre adoptivo de Cristo y esposo de su Madre? Comparándola, pues, a María, se decía justamente que después de ella ninguna criatura había estado tan cerca del Verbo encarnado y que ninguna, en consecuencia, había poseído en el mismo grado la gracia santificante.

León XIII, en su Encíclica *Quamquam pluries*, se hacía eco de esa misma opinión: «Ciertamente —dice—, la dignidad de Madre de Dios es tan alta que nada la puede sobrepasar. Sin embargo, como existe entre la Bienaventurada Virgen y José un lazo conyugal, no cabe duda de que éste se aproximó más que nadie a esa dignidad supereminente que coloca a la Madre de Dios muy por encima de todas las demás criaturas».

Por haber llevado en sus brazos a quien es el corazón y el alma misma de la Iglesia, se le consideraba más grande que San Pedro, sobre el que Jesús quiso edificar su Iglesia. Y por haber vivido durante treinta años en la intimidad de Cristo y en la meditación constante del espectáculo de su vida, se estimaba su grandeza superior a la de San Pablo, quien, sin embargo, había recibido la revelación de tan sublimes misterios. Se le consideraba también más grande que Juan el Evangelista, que había tenido el privilegio de posar una vez su cabeza en el pecho del Salvador, mientras que él había sentido a menudo los latidos de su corazón infantil. Y más grande que los demás Apóstoles, que propagaron el nombre adorable de Jesús, pero que José mismo le impuso...

Más difícil era tratar de colocarle por encima de San Juan Bautista, a causa de las palabras de Jesús: *En verdad os digo que no ha habido nadie más grande que él entre los hijos de mujer*. Dificultad que se resolvió diciendo que Jesús, al pronunciar estas palabras, quiso establecer una comparación con los profetas del Antiguo Testamento, los cuales anunciaban al Cristo futuro, mientras que Juan Bautista le anunció cuando ya había venido, mostrándole, por decirlo así, con el dedo. Puede decirse, por otra parte, que esas palabras de Jesús no tenían más objeto que comparar a Juan Evangelista, el

profeta más grande del Antiguo Testamento, con la nueva grandeza que confiere a un elegido la llamada al reino de los cielos, un reino del que la Iglesia representa la primera fase; por eso añadió Jesús: *Qui minor est in regno coelorum major est illo*. Que puede traducirse así: «Por grande que sea Juan Bautista, que cierra el Antiguo Testamento, su grandeza no es nada ante la del más pequeño de los cristianos».

La doctrina de la preeminencia de San José sobre todos los demás santos se presenta actualmente con garantías de seria probabilidad, y tiende a convertirse en enseñanza - comúnmente admitida en la Iglesia¹. La declaración de León XIII, antes citada, es particularmente reveladora en este punto.

Otros problemas concernientes a presuntos privilegios de San José que se le quieren atribuir como prolongación de los de María, siguen siendo objeto de discusión entre los teólogos. Hay que reconocer que sus conclusiones, cuando pretenden ser afirmativas, reposan sobre bases más débiles.

No se trata, por supuesto, de considerar a José exento del pecado original, pero algunos piensan que pudo ser santificado en el seno de su madre. Dicen que si este privilegio les fue concedido a algunos santos, como Jeremías y San Juan Bautista, no le pudo ser negado al esposo de la Virgen María, cuya grandiosa predestinación sobrepasa con mucho la de esos personajes. Tal es la opinión de Gerson, de San Alfonso María de Liguori y de muchos otros teólogos. La misión de padre adoptivo de Jesús, que le coloca tan cerca del Redentor, requiere, según ellos, que fuese santo antes de nacer. Los teólogos que profesan una opinión contraria objetan que, siendo la santificación desde el seno maternal un favor excepcional concedido sólo con vistas a una utilidad común, no le era necesaria a José antes de nacer, pues su oficio no comenzó realmente hasta que se convirtió en prometido de María. Suárez concluye razonablemente que no se podría abrazar la tesis de la presantificación del esposo de María –la cual no se apoya en ningún texto de la Escritura– más que si se pudiera respaldar con razones válidas y con la autoridad de la mayoría de los Padres de la Iglesia, lo que no es el caso.

Los pareceres están igualmente divididos cuando se discute si la concupiscencia se hallaba en José no suprimida, pero sí encadenada o paralizada por una gracia especial, hasta el punto de permitirle evitar todo pecado, incluso el venial. También en este caso hay que responder que nuestra admiración y nuestra devoción a José no nos obligan a suponer este privilegio. Se trata de una tesis indemostrable que no se apoya en ninguna razón seria. La concesión de un privilegio tan especial, tan absoluto, tan completo, no puede ser considerada como algo imposible incluso para un hombre venido a este mundo con la mancha del pecado original, pero tampoco puede ser objeto de una demostración teológica. Todo lo que se puede afirmar es que José, confirmado con la gracia desde sus esponsales con María, beneficiándose constantemente de la proximidad de la que había sido concebida inmaculada, y no habiéndose resistido nunca a las gracias actuales que recibía, vio aumentar constantemente en su alma ese tesoro sobrenatural; pudo elevarse así a un estado de tan eminente perfección que el pecado le fue extraño en la medida en que esto es posible para una criatura humana.

Algunos autores, entre ellos Suárez, San Bernardino de Siena, San Francisco de Sales

y Bossuet, e incluso varios Padres de la Iglesia, consideran como seguro que José fue uno de los santos de que nos habla el Evangelio (Mt 27, 52-53) que abandonaron sus tumbas tras la muerte de Jesús y se aparecieron a muchos en Jerusalén. Santo Tomás dice a este respecto que su resurrección fue definitiva y absoluta, y San Francisco de Sales llega a decir que «si es cierto –como debemos creer– que en virtud del Santísimo Sacramento que recibimos nuestros cuerpos resucitarán en el día del juicio, no cabe duda que Nuestro Señor haría subir al cielo en cuerpo y alma, al glorioso San José, que tuvo el honor y la gracia de llevarle a menudo en sus benditos brazos...». Los que comparten esta opinión hacen valer como argumento que Jesús, al escoger una escolta de resucitados para afirmar aún más su propia resurrección y dar más brillo a su triunfo, tuvo que incluir entre ellos y colocar en primera fila a su padre adoptivo; por otra parte, sin la ascensión gloriosa de José en cuerpo y alma, la Sagrada Familia, reconstituida en el cielo, habría tenido una nota discordante en su exaltación gloriosa.

Tales asertos son, sin duda, respetables, pero no tenemos ningún medio de verificarlos. Nada nos impide tenerlos por probables, como nadie puede obligarnos a aceptarlos. La opinión contraria tiene numerosos partidarios, que no admiten en el cielo actualmente otros cuerpos gloriosos que el de Nuestro Señor y el de su Santísima Madre.

En cuanto al título de corredor, que algunos creen poder atribuirle, hay que reconocer que procede de intenciones poco prudentes. José fue corredor sólo en la medida en que lo son todos los que voluntariamente unen sus méritos y sus sufrimientos a los del Salvador, con objeto, como dice San Pablo, de *completar lo que falta a la Pasión de Cristo*. Lo fue, eso sí, en mayor grado, por haber guardado, protegido y alimentado a la Víctima divina con vistas al Sacrificio de la Cruz, por haberle ofrecido anticipadamente al Templo como un bien que le pertenecía y por haber experimentado, a causa de Jesús, sufrimientos cuyo mérito satisfactorio aprovecha a toda la humanidad, rescatada por la sangre de Cristo.

Digamos, como conclusión, que para expresar la grandeza de José no es preciso adornarle con títulos sobreañadidos y de orden excepcional. Basta, pensando en la humildad con que quiso vivir, evocar las palabras de Jesús (Mc 18, 4): *El que se humille como un niño, ése será el más grande en el reino de los cielos*.

[1](#) Véase *Diccionario de Teología*, T. VIII, Col. 1516.

Capítulo XXX

MODELO DE LOS CRISTIANOS

Recurrimos a ti en nuestras tribulaciones, bienaventurado José... a fin de que, sostenidos por tu ejemplo y tu ayuda, podamos vivir santamente... (Oración de León XIII a San José).

Nuestros antepasados, sabiendo quizá mejor que nosotros que Dios no es extraño a ningún detalle, por pequeño que sea, de nuestro destino, se entretuvieron en estudiar el nombre de José¹, observando que todas las letras que lo constituyen son iniciales de virtudes primordiales del Santo: J, de justicia, O, de obediencia, S, de silencio, E, de experiencia, P, de prudencia y H, de humildad². Tal vez nos sintamos tentados a sonreír ante este candor que busca signos providenciales hasta en las letras de un nombre, pero hay que reconocer que esas virtudes caracterizaron, en efecto, el alma de José, tal como la tradición cristiana las refiere y enumera.

Todas las perfecciones evangélicas coexisten en su alma en admirable equilibrio, bajo el signo de una serenidad que se nos muestra como emanación de la divina Sabiduría.

La primera de las virtudes que colocó en su vida en un lugar de honor fue la obediencia. Siempre que el Evangelio nos habla de él es para mostrárnoslo en el ejercicio de la misma: *Así pues, levantándose, hizo todo lo que Dios le había significado*. «Levantarse», en el vocabulario de la Biblia, expresa la prontitud, la docilidad y la energía con que uno se entrega a la tarea que acaba de serle asignada.

José se nos aparece, pues, como el servidor que Dios conduce fácilmente, como el centurión del Evangelio al que se le dice «Ve», y él va, «Ven», y él viene, «Haz esto», y lo hace. Los hombres aún no conocían el Padrenuestro y ya José había pronunciado su frase central: «Padre, hágase tu voluntad». Había comprendido que, para los seres creados, la verdadera sabiduría consiste en vivir de acuerdo con su Creador, a semejanza del Hijo de Dios, que al venir a este mundo se ofreció en oblación: *Aquí estoy, Padre, para hacer tu voluntad*. Así, a cada consigna del cielo, se entrega a su cumplimiento como un niño, es dócil a todas sus llamadas, rápido en responder a todos los trabajos, a todas las pruebas, a todos los sacrificios. Ha puesto toda su vida en manos de Dios: está siempre a la escucha, al acecho de sus mandatos. No sabe adónde le conduce Dios, pero le basta con saberse conducido por él. Jamás desfallece en su misión. No regatea, no tergiversa, no objeta nada, no pide explicaciones. No se irrita, no se queja cuando se le trata aparentemente sin miramientos y sólo se ve iluminado en el último momento. No retarda el momento de entregarse. Va hasta el fin en el cumplimiento de su deber sin dejarse intimidar por nada.

La obediencia es propia de almas fuertes y humildes. Sólo Dios podría medir la profundidad de la humildad de José. Se sabía incomparablemente privilegiado por Dios, en razón de su misión, y, sin embargo, no se siente aplastado por la grandeza de su vocación, como tampoco piensa en envanecerse o en reservarse un puesto en el gran misterio de la Encarnación que domina la Historia; ni siquiera utiliza su título de padre

adoptivo del Hijo de Dios para destacarse y subirse en un pedestal. Allí donde otros hubiesen caído en el orgullo, él, que tan a menudo ha meditado el *Magnificat* de su esposa, se abaja más y más. En todo lo bueno que descubre en él no ve más que un don gratuito de Dios y de su liberalidad. Sólo se distingue de los demás por su profunda modestia y su discreción total. Más todavía que Isabel, se dice: *¿De dónde me viene la dicha que supone el que mi Dios y su Madre se dignen habitar en mi casa?* Y más también que Juan Bautista, añade: *Es menester que Jesús crezca y yo disminuya.*

Pone todo su empeño en servir a los designios de Dios y lo hace sin agitación, sin ruido, en un silencio tal que el Evangelio no nos transmite una sola palabra suya. En todas las situaciones singulares en que Dios le pone, permanece silencioso y tranquilo. Sabe que la tarea de un servidor no consiste en hablar, sino en escuchar la voz de quien le manda, y que el silencio es el ambiente propio de una vida que busca estar unida a Dios, conservar el contacto con Él.

No tenemos por qué lamentar no conocer ninguna palabra de José, pues su lección y su mensaje son precisamente su silencio. Se sabe depositario del secreto del Padre eterno y, para mejor guardarlo sin que nada se transparente, se envuelve él mismo en el secreto; no quiere que se vea en él más que un obrero que trabaja duro para ganarse el pan, temiendo que sus palabras obstaculicen la manifestación del Verbo.

Su desaparecer silencioso no expresa tan sólo su aceptación de los designios divinos; es también un rendido homenaje a las magnificencias de Dios, la expresión de su asombro frente a lo que ha querido hacer de él, un pobre hombre que nada merece. Se reconoce tan repleto de dones que sólo el silencio le parece digno de sus acciones de gracias. Las palabras le faltan para expresar su anonadamiento ante el misterio que se desarrolla en su casa. Necesita un recogimiento cada vez más profundo para meditar todas las gracias cuyo recuerdo guarda en su corazón.

Hay quien no ve en José, el silencioso, más que un pobre santo arcaico que vivió hace dos mil años en un oscuro pueblo y que no tiene nada que enseñar a los hombres de hoy. La realidad es, por el contrario, que muestra a nuestra época –la cual no brilla precisamente por su modestia y su sumisión– las enseñanzas más urgentes y necesarias. Ningún modelo con más verdadera grandeza. Actualmente no se estima más que la agitación, el ruido, el oropel, el resultado inmediato. Falta fe en las ventajas y la fecundidad del retiro, del silencio, de la meditación; esas virtudes primordiales no aparecen ya más que como prácticas periclitadas, esfuerzos perdidos para el progreso del mundo. Se rechaza todo lo que contraría un vulgar aburguesamiento. Todo contribuye, en nuestros días, a exaltar la independencia de la persona humana y a reivindicar unos pretendidos derechos. El gran sueño de muchos hombres es tener un nombre y cubrirse de oropeles, obtener distinciones, subirse a un estrado, tener una situación que obligue a los demás a inclinarse ante ellos.

José nos enseña que la única grandeza consiste en servir a Dios y al prójimo, que la única fecundidad procede de una vida que, desdeñando el brillo y las hazañas pendencieras, se aplica a realizar consciente y amorosamente su deber, por humilde que sea, sin buscar otra compensación que agradar a Dios y someterse a sus designios, no

teniendo otro temor que no servir bastante bien. Servidor por excelencia es aquel que, olvidándose de sí mismo, no vive más que para la gloria de su Señor y organiza toda su existencia en función de esa gloria. No busca una actividad incesante, porque es dentro de su alma donde no cesa de crecer su amor, siempre a la escucha de la voluntad divina, en espera de la menor indicación para actuar.

El mensaje de José es una llamada a la primacía de la vida interior, de la contemplación sobre la acción exterior y la agitación; nos habla de la urgencia de la abnegación, fundamento indispensable de toda fecundidad.

Nos enseña, finalmente, que lo esencial no es parecer, sino ser; no es estar adornado de títulos, sino servir, vivir la vida bajo el signo del querer divino y la busca de la gloria de Dios.

Sobre la santidad incomparable de José, fulgurante de esplendores ocultos, planean las palabras que pronunció Jesús: *Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado esas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los humildes (Mt 11, 25).*

¹ Ver especialmente Isidoro de Isolano: Suma de dones de San José. Tomo 1, p. 60 (2ª ed.).

² La P y la H corresponden a las dos últimas letras del nombre de José en latín: JOSEPH (N. del T.).

Índice

INTRODUCCIÓN	6
Capítulo I - JOSÉ PREFIGURADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	8
Capítulo II - LOS ANTEPASADOS DE JOSÉ	11
Capítulo III - JOSÉ DE NAZARET	14
Capítulo IV - JOSÉ, EL CARPINTERO	17
Capítulo V - JOSÉ, EL JUSTO	20
Capítulo VI - LA PREDESTINACIÓN DE JOSÉ	24
Capítulo VII - LA PROMETIDA DE JOSÉ	27
Capítulo VIII - LOS ESPONSALES DE JOSÉ	30
Capítulo IX - LA ENCARNACIÓN DEL VERBO	33
Capítulo X - LA DOLOROSA PASIÓN DE JOSÉ	36
Capítulo XI - EL ANUNCIO A JOSÉ	39
Capítulo XII - EL ESPOSO DE MARÍA	42
Capítulo XIII - BELÉN	45
Capítulo XIV - LA NOCHE TACHONADA DE ESTRELLAS	48
Capítulo XV - LAS PRIMERAS GOTAS DE SANGRE	51
Capítulo XVI - LA PROFECÍA DE SIMEÓN	54
Capítulo XVII - HACIA EL EXILIO	57
Capítulo XVIII - LA VIDA EN EGIPTO	60
Capítulo XIX - EL REGRESO A NAZARET	63
Capítulo XX - HALLADO EN EL TEMPLO	66
Capítulo XXI - LA TAREA PATERNAL DE JOSÉ	69
Capítulo XXII - LA SANTA CASA DE NAZARET	73
Capítulo XXIII - JOSÉ Y SU APRENDIZ	77
Capítulo XXIV - TAMBIÉN JESÚS EDUCA A JOSÉ	81
Capítulo XXV - LA «TRINIDAD» DE NAZARET	84
Capítulo XXVI - LOS ÚLTIMOS AÑOS	87
Capítulo XXVII - LA MUERTE DEL BUEN SERVIDOR	90

Capítulo XXVIII - EL GLORIOSO SAN JOSÉ	94
Capítulo XXIX - EL MAYOR DE LOS SANTOS DESPUÉS DE MARÍA	97
Capítulo XXX - MODELO DE LOS CRISTIANOS	100